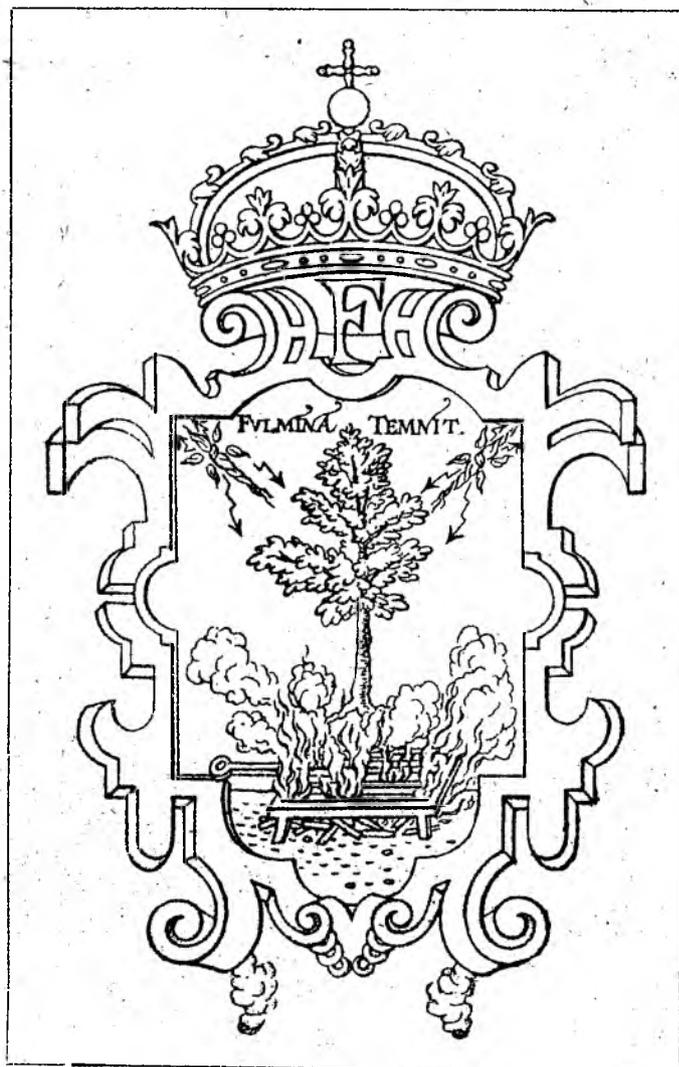


ESCORIAL



SUMARIO

Páginas

ESTUDIOS

| | |
|---|-----|
| MARQUÉS DEL SALTILLO (De la Real Academia de la Historia): Don Cristóbal Benavente de Benavides, Conde de Fontanar, Diplomático y Tradadista (1582-1649)..... | 319 |
| CARLO CONSIGLIO: Espronceda y Leopardi..... | 347 |
| JOSÉ CAMÓN AZNAR: Del Eros griego a la caridad paulina | 365 |

POESIA

| | |
|---|-----|
| PEDRO PÉREZ-CLOTET: Sonetos y elegías..... | 381 |
| VICENTE GAOS: «Arcángel de mi noche»..... | 387 |
| EN UN universo expansivo (Virginia Woolf: sus labores), A. M..... | 395 |
| VIRGINIA WOOLF: Jardines de Kew, trad. A. M.... | 401 |
| J. M. SÁNCHEZ-SILVA: Vuelta a empezar (cuento): | 411 |

NOTAS

| | |
|---|-----|
| Etopeya de Baltasar Gracián, por E. Correa Calderón..... | 429 |
| Sobre una poética de la sangre, por J. Romo Arregui..... | 441 |
| Memorias de A. de Tockeville, por A. M..... | 455 |
| José Sánchez Carreño: «La tierra amenazada», por José Luis Cano | 456 |

LIBROS

| | |
|--|-----|
| Iribarren y las tradiciones populares de Navarra, por Dámaso Alonso..... | 461 |
| Da Filosofía, de Delfim Santos, por Faustino de la Vallina..... | 463 |
| Mistral en la memoria, por J. L. Gómez Tello .. | 466 |

Silverio Aguirre, impresor - Teléfono 30366 - Madrid

*De este número se hicieron 100 ejemplares
numerados para los suscriptores de honor.*

DIRECCION:

JOSE MARIA ALFARO

SECRETARIA:

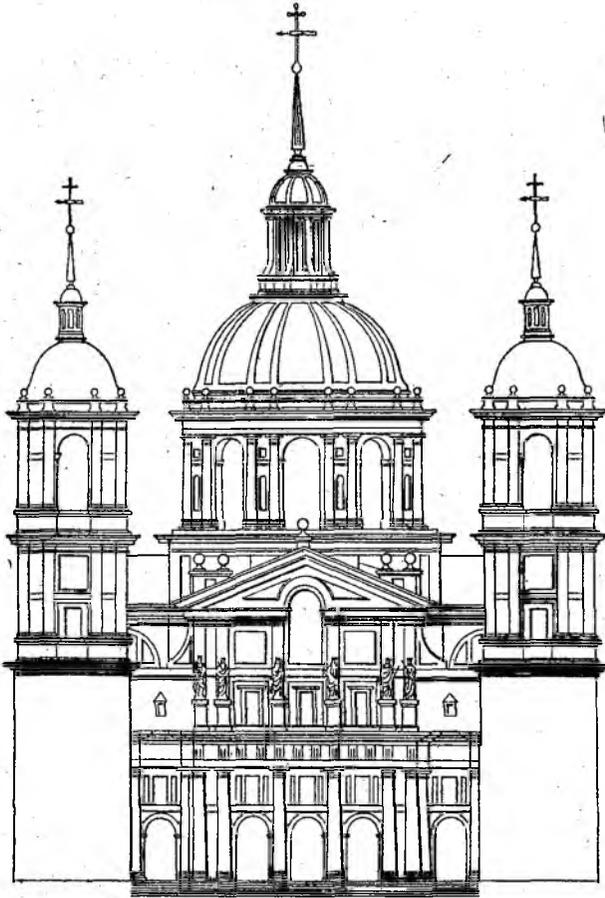
ALFONSO XII, 26

TELÉFONOS 14460 Y 14464

ADMINISTRACION:

CARRETAS, 10

TELÉFONOS 24730 Y 24739



Estudios

Marqués del Saltillo: *Don Cristóbal Benavente de Benavides, Conde de Fontanar, Diplomático y Tratadista (1582-1649).*—
Carlo Consiglio: *Espronceda y Leopardi.*—
José Camón Aznar: *Del Eros griego a la caridad paulina.*

DON CRISTOBAL BENAVENTE DE
BENAVIDES, CONDE DE FONTANAR,
DIPLOMATICO Y TRATADISTA
(1582-1649)

POR EL

MARQUES DEL SALTILLO
De la Real Academia de la Historia.

OPORTUNIDAD DE UN CENTENARIO.

COINCIDE este año con el tercero de la impresión en Madrid, por Francisco Martínez de la obra titulada *Advertencias para Reyes, Príncipes y Embajadores. Dedicadas al Serenísimo Príncipe de las Españas Don Baltasar Carlos de Austria, Nuestro Señor. Por D. Cristóbal de Benavente y Benavides, Caballero del Orden de Santiago y Administrador perpetuo de la Encomienda de Vallega en el de Calatrava, Señor de la villa de Fontanar del Consejo de Guerra del Rey nuestro Señor y su embajador que fué primero en Venecia y después en Francia.* Ocupa el título un gran neto de un cuerpo de arquitectura grabado por Noort, formado por un basamento, en cuyo centro destaca, en elegante cartela, el escudo del autor entre los plintos de dos pilastras de orden compuesto que ocultan las figuras de la Religión y la Prudencia con sus peculiares atributos decora-

dos con relieves de la Industria y la Elocuencia. Un entablamiento con frontón partido, cuyos extremos ocupan dos ángeles con guirnaldas de frutas a modo de sostenes del gran escudo de España en que termina. Merece fijar la atención sobre el autor y el contenido, cuya importancia acrece por la fecha en que se imprime, pues fué norma y guía de los negociadores de Munster y de los Pirineos. Sus máximas les sirvieron de orientación, su sentido práctico y cristiano de acicate y consuelo en ellas y hasta el estilo parece trascender en sus despachos. Con general aceptación merecida y acreditada corre por el mundo la obra de Paul Cambon: *Le diplomate*. Si las circunstancias y personalidad del sagaz embajador francés fueron grande parte para justificar la boga de que goza, no podemos desconocer el interés que para nosotros tiene el tratado del señor de Fontanar. Anterior en mucho en el tiempo, galano de dicción, abundante de propia experiencia con aparato de erudición a veces excesiva, fruto de sus lecturas y conocimientos clásicos, rebotante de sentido común y doctrina evangélica, es acreedor a señalar su coincidencia cronológica en este año de 1943, para recuerdo aleccionador de quienes hemos sido testigos de ella. Si a eso se añade la preterición en obras asequibles más o menos manuales del personaje en cuestión, a la evocación de la cronología se junta la justicia de la reparación necesaria siempre para el mejor conocimiento de nuestro pasado.

PERSONALIDAD DEL AUTOR.

Representante típico de su siglo fué D. Cristóbal Benavente de Benavides, que nació en Valladolid el 29 de diciembre de 1582, bautizado en la parroquia de San Miguel dicho día por el Bachiller Pedro Brabo. Su familia paterna era rama bastarda de los Condes de Benavente, de los cuales tomó el nombre del señorío, pero no el apellido. La materna reconocía como autor

al primer Duque de Medinaceli, D. Luis de la Cerda, de quien fué nieto el Licenciado Juan de Almazán, llamado así por haberse educado en la villa soriana de los Mendoza. Figuras destacadas en la Magistratura fueron sus ascendientes: el Licenciado Bartolomé de Benavente, su padre, nació en México el 23 de agosto de 1543, cuando desempeñaba la Fiscalía de aquella Audiencia el suyo, llamado como el nieto Cristóbal de Benavente, natural de la villa de los Pimenteles, de que tomaron nombre, casado con doña Isabel del Rincón, muerta en La Habana el 14 de julio de 1550 (1).

El apellido se formó por la unión de Pedro de Benavente el Rico, tronco de los nombrados con Leonor Díez de Benavides.

Fué el Licenciado Bartolomé de Benavente, Fiscal de Nava-

(1) "Item declaro que yo me casé y velé, según orden de la Santa Madre Iglesia, con doña Isabel del Rincón, hija legítima del Licenciado Antonio Ruiz del Rincón, primero oficial de México, y de doña Catalina de Vega, su mujer, naturales de Medina del Campo y de Segovia. Y al tiempo que me velé con la dicha doña Isabel, mi mujer primera, yo tenía y valía mi hacienda poco más o menos de diez mil ducados en posesiones y deudas y bienes muebles y semovientes, oro y plata, y bienes raíces y minas y esclavos y ganados. Y con ella no me dieron dote, ni yo lo recibí por su bondad y honestidad. Y del dicho matrimonio hubo muchos hijos e hijas, los cuales se murieron antes de la muerte de la dicha doña Isabel del Rincón, excepto doña Petronila y Cristóbal María Benavente, mis hijos, que murieron después de la muerte de la dicha su madre en Sevilla la dicha doña Petronila el año de mil y quinientos y cincuenta años, y se enterró en el Monasterio de San Francisco, de la dicha ciudad, en el capítulo de los frailes, en el claustro, a mano izquierda, y el dicho Cristóbal, el año pasado, de quinientos y cincuenta y seis, y está enterrado en el Monasterio de San Pablo, de la dicha ciudad de Sevilla, en la capilla de los Espinosas. Y me han quedado vivos, después de la muerte de doña Isabel, dos hijos y dos hijas, los hijos se llaman, el mayor, Bartolomé Augusto Benaventano, y las dos hijas, la una dexé en México, a criar, en poder de doña Francisca del Rincón, su tía, hermana de su madre, mujer de Lope de Mendoza la Cerda, difunto, la cual se llama doña Isabel de Benavides, y la otra está conmigo, que se dice doña Leonor de Benavides." Testamento en Valladolid a 13 de septiembre de 1557, ante Francisco Cerón.

rra, Oidor de Granada y Consejero de Indias, pasando antes por la Alcaldía de Casa y Corte. Su mujer, madre de nuestro biografiado, fué doña Ana de la Cerda, hija de un médico reputado, el Licenciado Juan de Almazán de la Cerda, nieto natural del Duque D. Luis de la Cerda, nació en Medinaceli y se avecindó en Madrid, donde tuvo casas propias frente a la puerta de los Escalones de la iglesia del Convento de la Merced, cuya era la capilla llamada del Ecce Homo en dicha iglesia.

La capilla fué labrada y dotada por el Sr. Juan de Almazán de la Cerda y su hijo D. Andrés, abuelo y tío de D. Cristóbal, por escritura de 25 de mayo de 1593, ante Melchor Ruiz. Casó en Madrid con D.^a Inés de Frías y Luzón, de ilustres linajes de esta villa, y ambos fueron sepultados en la capilla nombrada, cuando pasaron de esta vida, en 1590 y 1578, respectivamente.

La boda de la hija del médico renombrado, pues lo fué del Príncipe Don Carlos y de la Princesa Doña Juana, se celebró la noche del 10 de agosto de 1573, en la iglesia del Real Monasterio de San Lorenzo, honrándolo con su presencia la madre del Rey Don Sebastián, apadrinados por D. Cristóbal de Moura.

Además de él, nacieron de este matrimonio D. Bartolomé de Benavides, alumno de la Universidad de Sigüenza, Canónigo de Lima en 1620, Arcediano de aquella Catedral, Catedrático de Prima de la Universidad de San Marcos, Obispo de Oaxaca en 1638, muerto en el desempeño de su oficio pastoral el 14 de febrero de 1652. Su hermano, que le premurió, le dedica un recuerdo en sus codicilos, pues en ellos hay una cláusula relativa al mismo que dice así: "El dicho D. Bartolomé de Benavides de la Cerda, Obispo de Guajaca, mi hermano, desea sumamente venir a morir a España, y yo se lo he aconsejado y pedido, y ofrecídole si le faltare caudal para sustentarse, que le daré por su vida el goce del juro de tres mil ducados de renta sobre el servicio extraordinario o ordinario de Guadalajara. Mando que si viniere y necesitare dél, se execute así, y que por el tiempo que le gozase

se suspenda el empleo del dicho juro en el segundo mayorazgo, pero en cesando el goce de dicho Sr. Obispo se ha de continuar el dicho empleo con las alcabalas de Cabanillas.”

Y D. Juan Benavente de Benavides, que fué el mayor, nacido en Granada, Caballero de Santiago como su hermano y Veedor general del ejército de Cataluña. Ingresó don Cristóbal, el año 1626, en la Orden de Santiago, cuyo título de Caballero lleva la fecha de 29 de julio de 1626. Por otra Real cédula de 12 de junio de 1627 se le autorizó para profesar en Venecia, donde a la sazón estaba, y que la recibiera un Prior de San Agustín por no existir allí fraile de Santiago. La Administración de la Encomienda de Vallaga, en la Orden de Calatrava, no consta la fecha en los Registros de la Orden, por ellos sabemos que sucedió a D. Antonio de Mendoza, a quien se concedió el 21 de noviembre de 1610, y por su muerte pasó a D. Juan Alonso de Carreto, por título de 24 de agosto de 1650 (2).

La casa en que nació, en Valladolid, estaba situada detrás de la parroquia de San Miguel, y en la actualidad ha desaparecido, lo mismo que el templo. La levantó D. Bartolomé para dotar al linaje de cómodo alojamiento en la villa castellana; en ella trabajaron, como ocurría entonces, canteros montañeses, cuyos nombres conocemos. La puerta principal, de cantería, la labró Gerónimo Laso y Juan de Valdeastras, que cobraron por ella 5.500 reales. Las columnas del patio lo fueron por Mateo de Oncejo, cuyo trabajo importó 1.550 reales. El herrero, Miguel Vaquero, se ocupó de todo lo referente a rejas y balcones, que fueron veintidós, y costaron 8.641 reales. Julián Beltrán Cerrajero tuvo a su cargo la clavazón de la puerta principal, en setecientos treinta y cuatro reales. El albañil fué Illán de Benavides, que corrió con todo lo referente a los materiales. “El año de mil y quinientos cincuenta y dos —decía— compré las casas en que

(2) A. H. N. Orden de Calatrava. Leg. 2.142.

al presente vivo junto a San Miguel, que lindan con casas de Francisco de Espinosa, por la parte del Hospital de la Misericordia, y por la otra parte con casas de Zamudio Alguacil, y por detrás con corrales de Hernando Quevedo, y por delante con la iglesia de San Miguel.”

Muy joven comenzó su carrera a las órdenes del jefe honorífico de su casa, el Conde de Benavente, así lo afirma en su testamento: “Declaro que por el mes de septiembre del año pasado, de seiscientos dos, salí de Valencia a servir al Rey Nuestro Señor, acompañando al Señor Don Juan Alonso Pimentel de Herrera, Conde de Benavente, que iba a ser Virrey de Nápoles, y después fué Presidente de Italia, del Consejo de Estado de S. M. y Mayordomo Mayor de la Reyna Nuestra Señora, de cuya Casa descienden mis abuelos paternos; desde entonces he continuado al Real Servicio con mucho gasto de mi hacienda en continuas peregrinaciones y muchas postas que he corrido, y en ocasiones de armadas y empresas de Levante y Berbería, con el Señor Marqués de Santa Cruz, ya sirviendo de Vehedor General de los Ejércitos de Flandes y de el Palatinado, y Superintendente de estos dos ejércitos y del Consejo y Junta de guerra de dichos Estados de Flandes, haciendo muchos señalados servicios a S. M. en materias políticas y en las de hacienda, ahorrando algunos millones de escudos, esponiéndome a muchos peligros por defender su Real Patrimonio, como es notorio. Después le serví de Escribano de Ración y del Consejo Colateral de Nápoles; después serví en la Embajada de Venecia siete años con satisfacción de S. M., como consta de sus Reales Cartas que me ha escrito, en los cuales dichos siete años la dicha República de Venecia hizo dos ligas contra S. M. Una para la guerra de la Valtelina y otra para la de Mantua, y con haber sido tiempos tan escabrosos, por la gracia de Dios, a mi persona y familia, ni al servicio del Rey Nuestro Señor, no le sucedió ningún desaire de los que otras veces se han visto. En el cual dicho tiempo y los dos años de

peste rigurosa padecí muchos trabajos y gasté mucha hacienda a mis hijos. Después me mandó S. M. fuese desde Venecia a servirle de Embajador cerca de la persona del Rey de Inglaterra, pasando por Alemania, y aunque lo intenté, la peste me cerró los pasos, y hube de tomar la derrota por Italia y España, y llegando a Barcelona me mandó Su Majestad viniese a Madrid a darle cuenta de graves negocios que el Príncipe de Equembergue, Duque de Cremau, valido del Emperador, me comunicó en Trieste de parte de S. M. cesaría, y habiéndolo hecho y dado algunas causas para escusarme de ir a Inglaterra, S. M. (Dios le guarde), las aprobó y me mandó fuese como Embajada al Rey de Francia, estando las dos coronas muy próximas a rotura, y representándome el Sr. Conde de Olivares, Duque de Sanlúcar, el grande beneficio de la cristiandad y servicio del Rey Nuestro Señor, que se podía seguir de esta jornada me ayé obligado a obedecer y tanto más cuanto Su Majestad hizo de mí mayor confianza, honrándome con un amplísimo poder para asentar paces o ligas con cualesquier príncipes de Europa, que por ser el más amplio que he visto y que puede ser de grande honra a mi posteridad me ha parecido incorporar en esta escritura, que es como sigue:

”Don Felipe, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de Los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas de Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, islas y tierra firme del Mar Océano; Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y Milán, Conde de Aspurg, de Flandes, Tirol y Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina, etc... Por cuanto para los efectos que se pueden ofrecer de mi mayor servicio y del bien reposo común de la cristiandad, podría ser necesario que D. Cristóbal de Benavente y Benavides, de mi con-

sejo de guerra, y mi embajador ordinario al Rey Cristianísimo, mi hermano, tengo poder mío para que, pidiéndolo, las ocasiones que se ofrecieren pueda mover y proponer cualesquiera tratos de paz entre las dos Coronas, o concurrir y venir en mi nombre a los que se le propusieren por el Rey Cristianísimo y asentar con él y con cualesquiera Príncipes de Europa que le pareciere algunos otros tratados de paz universal y las levas y Confederaciones que fueren convenientes a este fin, y capitular sobre ellas con entera facultad y autoridad, teniendo yo como tengo entera satisfacción de que en lo que tratare y asentare se gobernará con la prudencia y celo de mi servicio y del mayor bien de la religión católica que ha [tenido] siempre en los negocios que han pasado por su mano; por tanto, en virtud de la presente, concedo tan cumplido poder, comisión y facultad como es y puede ser necesario para lo referido, y cada cosa y parte de ella, y para que por mí y en mi nombre pueda asentar y firmar cualquier tratado de paz y confederación que le pareciere, condiciones justas y razonables, así con el dicho Rey Cristianísimo, como con cualquier otros Príncipes que juzgare convenir y obligarme a mí al cumplimiento de lo que así se concertare y capitulare, y declaro y doy mi fe y palabra Real que todo lo que fuere hecho, tratado y concertado por el dicho D. Cristóbal de Benavente y Benavides, mi Embajador, desde agora para entonces, lo consiento y apruebo, y lo tengo y tendré por firme y valedero en todo tiempo, según la forma en que lo asentare y concertare, y me obligo a estar y pasar por ello como por cosa hecha en mi Real nombre y por mi voluntad y autoridad Real puntualmente, sin falta de dilación alguna, y juntamente me obligo a que ratificaré y aprobaré en especial forma con las fuerzas, juramentos y demás requisitos necesarios que en semejantes casos se acostumbra en los tratados y capitulaciones que así se concluyeren en virtud de este poder para que todo ello individual y generalmente sea válido y estable en todo tiempo, de que mandé despachar la presen-

te firmada de mi mano, sellada con el sello Real y refrendada del infrasquipto, mi Secretario de Estado en Madrid a veinte de noviembre de mil seiscientos y treinta y dos años: Yo el Rey: Andrés de Rocas. Este poder le acompañó Su Majestad (Dios le guarde) con una carta que me sirviese de instrucción en que me manda me valga de él alargando o acortando en las congruencias y mayores ventajas según la calidad de los tiempos o progresos que hubiesen tenido sus Armas, a que respondí estuviere cierto que si yo usase de él sería para grandes glorias suyas. Después me mandó S. M. pasar a Flandes a servir cerca de la persona del Señor Infante Cardenal Don Fernando, como lo hice los años de mil y seiscientos y treinta y cinco y treinta y seis, en aquellas dos tan peligrosas campañas donde invadieron unidamente franceses y holandeses con sesenta mil hombres el País Bajo, donde no había más de ocho mil para su defensa, remito a las relaciones de su Alteza el fruto que halló en mi servicio y asistencia hasta principio del año de mil y seiscientos y treinta y siete, que por orden de S. M. y licencia de S. A. me embarqué en Dunquerque para España, donde llegué derrotado y casi perdido, y en todo el tiempo de mis servicios, que son treinta y seis años, me ha parecido siempre quedaba corto y no llegaban las fuerzas a lo que se extendían mis deseos y obligación. Pero la grandeza de S. M. (Dios le guarde) ha sido tanta, que en muchas cartas me ha consolado mostrándose bien servido de mí y animándome a suplicarle se sirviese de hacerme la dicha, merced y honra de un título de Marqués de un lugar mío de Castilla para que quedase a mi posteridad en testimonio de haberle sido gratos mis servicios, y porque se facilita más lo suplicó la Cristianísima Reina de Francia al Rey Nuestro Señor como a su instancia le había dado otro a algún antecesor mío, y S. M. (Dios le guarde), respondió de su propia mano a la dicha Señora Reina lo haría así por pedírselo Su Majestad como por merecerlo yo

como parece por la dicha carta, que queda entre mis papeles, mediante lo cual suplico y encargo a los dichos mis testamentarios y mando a mis hijos y herederos soliciten el despacho de esta merced porque quede a mi posteridad este premio de mis continuados servicios y peregrinaciones.”

Premió Felipe IV sus largos servicios el año 1645, por Real Cédula en Madrid el 17 de febrero, refrendada de Antonio Carnero, concediéndole el título de Conde de Fontanar, digna recompensa a sus afanes nobiliarios, no disimulados, pues en la escritura de capitulaciones de su hijo D. Melchor con la Señora de Minaya, D.^a Josefa Polonia Pacheco y Córdoba, se incluyó una cláusula para solicitar la merced de título de Marqués sobre la villa señorial de los Pachecos (3). Lográndolo con evidente satisfacción sobre el propio señorío de la villa de Guadalajara por él adquirida pocos años antes. Altamente honrosa por la mención de su carrera fué la Cédula de concesión, redactada en estos términos: “Don Felipe Quarto de este nombre por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, etc. Por hacer bien y merced a vos D. Christóbal Benavente de Benavides, teniendo consideración a lo que el Licenciado Benavente de Benavides, que fué del Consejo de Indias del Rey Don Phelipe Segundo, mi Señor, mi abuelo sirvió a Su Majestad, y que vos, a imitación suya, lo habéis continuado desde el año de mil y seiscientos y cuatro, pasando a Nápoles con el Conde de Benavente, que fué Virrey y Capitán General de él, con cuya orden os embarcastes para las facciones de aquel año. Y el de cinco con el Marqués de Santa Cruz en el viaje que hizo a Levante en la interpresa de Estanche, habiéndoos señalado en la primera hilerá, por cuyos servicios el Rey, mi Señor, mi Padre, os nombra por su Veedor General en Flandes y en el Consejo de Guerra de

(3) Escritura en Minaya, el 24 de agosto de 1643, ratificada el 26 de septiembre en El Escorial.

aquellos Estados. Y el año de seiscientos y veinte por ausencias del Marqués Spínola se os encargó la distribución de mi Real Hacienda, y habiendo venido de Holanda y enviado razón de aquellos países, el Rey, mi Señor, se dió por servido de vuestro celo. Y el de seiscientos y veinte y tres os nombró en el cargo de Escribano de Raciones del mismo Reino de Nápoles y en el Consejo Colateral de aquel Reino. Y por diferentes cartas mías desde el año de seiscientos y veinte y seis hasta el de veinte y nueve, los Serenísimos Infantes Doña Isabel y Cardenal Don Fernando, mi Tía y Hermano, que hayan gloria, se dieron por servidos de vos en diferentes materias que pasaron por vuestra mano. Y el año de seiscientos y veinte y cuatro pasásteis a servirme en la Embajada de Benecia, aprovando yo siempre vuestras acciones por las quales os nombré en plaza de mi Consejo de Guerra. Y el año de seiscientos y treinta y uno, por mi orden, pasastes a Inglaterra, y el de treinta y dos a Francia a servirme en la Embajada ordinaria, y estándolo continuando os di poder para asentar con el Rey Christianísimo u con otros qualesquier Príncipes de Europa qualesquiera tratados en materia de liga u de paz. Y el de seiscientos y quarenta por vuestra inteligencia os mandé me fuédeses a servir en el Consejo de Cantabria. Y teniendo también consideración a la calidad de vuestra Casa, por más honrar y sublimar vuestra persona, es mi voluntad que aora y de aquí adelante vos el dicho D. Christobal y el posehedor que fuere de la dicha vuestra Casa, cada uno en su tiempo, perpetuamente para siempre jamás, os podáis llamar e intitular, os llaméis e intituléis, y os hago e intitulo a vos y a ellos Conde de Fontanar.” Dada en Madrid a 17 de febrero de 1645. Yo, el Rey. Yo, Antonio Carnero, Secretario del Rey, Nuestro Señor, le hice escribir por su mandato (4).

Casó en Valladolid con una rica heredera descendiente del

(4) A. H. N. Osuna Fontanar. Leg. 70.

Conde Justiniano Nelli, enviado en España de la República de Sena, D.^a Leonor Nelli de Rivadeneira, hija del opulento caballero vallisoletano Fabio Nelli de Espinosa y de D.^a Violante de Rivadeneira. Las capitulaciones se otorgaron ante el escribano de Valladolid, Vázquez de Barreda, el 28 de febrero de 1612, representando a los novios el Marqués de Aguilar D. Juan Luis Fernández y Manrique, a quien dió poder el primero en Madrid el 22 de aquel mes ante Francisco Testa y el abogado de la Chancillería Hernando Suchete, comisionado de D.^a Leonor por instrumento notarial del mismo día de la escritura de capítulos matrimoniales. Aportó al matrimonio cuarenta mil ducados que le dejó Fabio Nelli, y contra su entrega movió pleito la hermana menos favorecida, D.^a Damiana; sin lograr sus pretensiones por fallo de la Chancillería (5).

Siete hijos produjo la fecunda unión de ambos, muriendo niña Melchora y malogrado el primogénito D. Christobal, en plena juventud. Las hembras, salvo la mayor, D.^a Ana, mujer de D. Luis de Villavicencio, Fiscal del Consejo de Guerra, viuda monja carmelita en el convento madrileño de Santa Ana, fueron las demás también religiosas: D.^a Violante, en el de Consolación de Descalzas; D.^a Isabel, en las Descalzas Reales, y D.^a Leonor, en las Mercedarias de Don Juan de Alarcón; todas renunciaron sus legítimas en su padre al tiempo de profesar, según las Constituciones de sus Ordenes respectivas (6).

El primogénito fué D. Melchor de Benavente de Benavides, que continuó la descendencia. Muerta D.^a Leonor Nelli el 3 de septiembre de 1637, pasó a segundas nupcias con D.^a Mariana de Córdoba Carrillo, cumplidos los sesenta años, pues tenemos

(5) Ejecutoria de 30 de septiembre de 1615, refrendada de Mateo Bárcena.

(6) D.^a Violante, por escritura de 9 de julio de 1644, ante Francisco de Cartagena. D.^a Ana, ante el mismo, el 7 de enero de 1645. D.^a Isabel y D.^a Leonor, por cartas de 18 de septiembre de 1647 y 4 de julio de 1648, que testimonió Cartagena.

la fecha del inventario que hizo de sus bienes al pasar al segundo matrimonio, fechado en Ocaña el 30 de junio de 1644. Daba la coincidencia de ser su segunda mujer la madre de su nuera habida en su primer matrimonio con el Señor de Minaya, D. Gaspar Pacheco Jarava. Solos los padres de los contrayentes, decidieron para resolver la situación, juntar sus existencias como lenitivo a ella y desquite ventajoso a la incipiente vejez y desamparo en que quedaban.

EL MAYORAZGO.

La renuncia de las legítimas de las hijas fué parte importante para constituir una masa de bienes que garantizase la institución vincular. Según declaración propia, estimaba cada una de aquéllas en diez mil ducados, a que se añadía la mejora de tercio y quinto para completar su dotación. Había D.^a Leonor Nelli otorgado poder para hacerlo a su marido (7). Y ambos obtuvieron la facultad Real correspondiente por Real Cédula de Felipe IV, dada en Madrid el 9 de noviembre de 1637, refrendada por D. Sebastián de Contreras. Lo llevó a cabo por escritura en esta Corte el 2 de enero del siguiente año. Poseía algunos vínculos de sus ascendientes que, por la permanencia de Indias, y fuera de los lugares en que radicaban, habían tenido bastante menoscabo, como era el de su abuelo paterno, fundado en Valladolid el 30 de noviembre de 1582; el de sus abuelos maternos, instituído por el Sr. Andrés de Luzón el 11 de octubre de 1564. Dos circunstancias peculiares de la fundación revelan su buen sentido: la una, relativa a la limpieza de sangre de las personas con quien casaran los poseedores, pues establecía: “Siem-

(7) La escritura fué de 31 de agosto de 1637, por testimonio de Francisco de Cartagena, escribano que intervino siempre en los actos de D. Cristóbal.

pre fué mi voluntad y intención que nuestros hijos y descendientes casen con gente limpia de sangre que no sea linaje de judíos, moros ni herejes, ni penintenciados por el Santo Oficio de la Inquisición. Encargo a los dichos mis hijos o hijas y descendientes, que con mucho cuidado procuren siempre casarse con gente de limpia sangre y conserven la nobleza y limpieza que su madre y yo les dejamos, y aunque mi intención era si contraviniesen a este precepto privarles de la sucesión y ponerlo aquí por cláusula expresa, habiendo considerado que los que la han puesto han infamado su posteridad con ella, porque el sucesor siguiente en grado ha puesto pleito diciendo que el tal poseedor se casó con gente de dichas razas no han salido con el pleito y las dichas casas quedaron con ruin nombre y fama. Me ha parecido mejor no poner la dicha pena, sino contentarme con hacerles esta amonestación, confiando que con ayuda de Dios lo han de guardar y cumplir.”

Y previniendo la falta de sucesión, caso de ocurrir, declaraba los bienes libres, aconsejaba con admirable caridad repartieran los bienes en vida o en muerte, como se hacía en la primitiva Iglesia, entre pobres vergonzantes y en casar huérfanas. Sin dejar ni fundar capellanías ni obras perpetuas, que lo tenía por vanidad, estimando ser más grato a Dios remediar las necesidades presentes, dejando a su providencia el socorro de las venideras.

Completaba en aquel tiempo la importancia de una familia la posesión de un señorío, primer escalón de la jerarquía nobiliaria, que había de servir para titular sobre el mismo, hasta el punto de considerarse imprescindible la posesión de un lugar con jurisdicción, para que en él recayera la denominación adecuada. Los tiempos eran propicios para ello. Cundía entonces, con más exacerbación que nunca, la aspiración de aldeas y lugares a eximirse de la jurisdicción de las villas de que dependían. Y al mismo tiempo el Fisco vió en ello un saneado recurso para aumentar sus decaídos ingresos. Era la segunda época del pro-

ceso histórico de los señoríos, iniciado con la desamortización eclesiástica, previo acuerdo con Roma y la necesaria autorización que permitía las desmembraciones a cambio de una indemnización en las rentas de la Corona. Y uno de tantos ejemplos fué la aldea de Fontanar, que pertenecía a Guadalajara, eximida de la ciudad, fué erigida en villa con propia jurisdicción por Decreto del Consejo de Hacienda de 14 de septiembre de 1626, y escritura del 16 de marzo de 1637, mediante la cantidad de 53.140 reales de plata doble, los encontraron, como era frecuente, en vellón, y al reducirlos a plata se convirtieron en 70.138 reales, que fué necesario tomar a censo de D.^a Teresa de Mendoza, viuda de D. Francisco de Tejada, a la cual los debía la villa. Apurado el Consejo con deuda e intereses, recurrió a Felipe IV pidiendo licencia para vender el señorío y jurisdicción a quien les facilitase la suma correspondiente. Obtenida aquélla por Real Cédula de 31 de enero de 1636, entabló negociaciones con don Cristóbal, en cuyo favor otorgó la venta por escritura de 21 de diciembre de aquel año, ante Francisco de Cartagena. Dió poder a Juan de Espinosa para tomar posesión de su flamante señorío, quien lo hizo el treinta de aquel mes ante Pedro Román y Pedro de Ayllón, Alcaldes ordinarios de la villa, la cual ratificó la venta en la misma fecha ante el escribano de Junquera Pedro Bermejo.

LA OBRA: FUENTES Y LECTURAS.

Su afición a la Historia contribuyó mucho a ello, y llega a confesar que de haber conocido el libro de D. Juan de Vera sobre el Embajador lo hubiera excusado (8). Ya tuvo análogo escrúpulo en la traducción de Tácito, suspendiéndola después de los tres libros primeros, por haberse enterado lo había hecho

(8) Vera y Zúñiga (D. Juan Antonio de): *El Embajador*. Sevilla, 1620.

D. Baltasar de Alamos Barrientos. Criterio de excesiva modestia que de imperar en el campo de las buenas letras, nos habría privado de muy excelentes obras. Sin embargo, la estancia de la Corte en Valladolid dió ocasión a elaborarla, pues en 1608, el Marqués de la Laguna y el Duque de Uceda le manifestaron cómo el Duque de Lerma pensaba emplearlo en embajadas. “Siendo menos entonces mis años que los de Guichardino cuando empezó este exercicio, y pareciéndome que había de ser éste mi oficio, fuí juntando materiales para él y hice gran número de cartapacios, que después enseñé en Flandes, el año de seiscientos y diez y ocho, a Federico Marselaer, hombre de buenas letras que había escrito un breve tratadillo de embaxadores, de cuatro o cinco pliegos de papel en todo, y reputándose por uno de los pocos que habían escrito en la materia, pues me confesó que solos había visto a Conrado Bruno y Alberico Gentil, y no sé si otro.” Se refirió al mayor número que a su noticia había venido de otras obras y el conocimiento de las mismas como Carlos Pascasio: *De Legato*; Alberto Pío, Alberico Gentil: *De Legationibus*; Hertmanus Lehirmerus, Cristophóro Varzeriquins, Torcuato Tazo: *Del Mensagier*; Octavio Magio: *De Legato*; Francisco Lebayer: *Legatus seu de Legatronibus*; Hermolao Bárbaro, Bartolomé Philipo: *De Legationibus aut Legatis*; Crates y Demetrius Falerius: *De la change et dignité dell' Ambassadeurs*, impreso en París; Philo Judens: *De Legatione ad Caium Coesarem, De privilegiis Legatorum*; Cornelio Brandino: *De Legatis*, y Conrado Bruno: *De Legationibus*. “La cual noticia —añade— le convidó a sacar el mayor volumen, que después dió a la estampa; si bien con el defecto de no tener noticias de embajadas, negocios, ni manejos públicos, que son, en mi entender, tan necesarios, que a mí me ha emperrado tantos años a no reducir a mí toda esta mole indigesta, que tenía juntada, porque no se me imputase que trataba materia especulada en centones de escritos, que son (aunque útiles) hombres muertos, que enseñan menos que los

vivos. Esperando a que la práctica me librase de los errores que veo censurar en otros, particularmente en los nombres propios de provincias, ciudades y ríos, que aunque no se aparten de la verdad de la Historia, no dejan de hacer un poco de disonancia.”

Conocemos su biblioteca, lo que nos facilita el saber sus elementos de información. Por desdicha, el inventario adolece de imprecisión en algunos casos, cuando la descripción se hace sin especificarlos: “Veinte y dos cuerpos de libros en latín, de un mismo cuerpo, encuadernado en tabla. Nueve cuerpos de libros en francés. Treinta y cuatro tomos de libros pequeños de diferentes materias. Once cuerpos de libros en latín.” En cambio, nos revela el gran número de obras históricas de que constaba: *La Historia*, de Garibay; *Los anales de Aragón*, de Zurita; *Crónica del Rey Don Jaime* por Antón Beuter; *Las Crónicas del Rey Don Alfonso VII, Don Alfonso XI y del Rey Don Manuel*; Ambrosio de Morales: *Crónica de España*, Lucio Maríneo Sículo; *La historia de Avila*, de Ariz; Pedro Mexía: *Historia de los Césares, Crónica del Gran Capitán*; Calvete de Estrella: *Viaje de Felipe II a Flandes*. Las obras del Beato Alonso de Orozco; *Flos Sanctorum*, de Villegas; obras de Juan de Mena; obras de Fray Luis de Granada; *Demostraciones Católicas*, por Fray Juan Bautista Fernández; *Vida del P. Ignacio de Loyola*, de Rivadeneyra; *El Gobernador cristiano, La política para Corregidores y Señores de Vasallos*, de Bobadilla; *La Libra*, de Grivilio Vezzalini; la *Historia Pontifical, El Viaje del Infante Cardenal*. Entre los libros extranjeros: *La historia de Venecia*, de Andrea Maurocheni; *Historia de Luis XIII, Vida y hechos de Pío V*, el libro de Marcelaer *Teatro de nuestro tiempo*, en francés; *La historia de la Administración*, del Cardenal Richelieu; *Historia*, de Paulo Jovio; *Rerum Moscovitarum*, que es la obra del Barón Se-gismundo de Herberstain Neyperg, y Guettenhag: *Rerum Moscovitarum Commentariü, Russioe quoe nunc eins metropolis est*,

Moscouioe, brevisima descriptio, impresa en Basilea en 1556. Abundaban los escritores latinos, y su manejo frecuente lo acreditaba un *Vocabulario*, de Nebrija, muy usado, como eran Tácito, Valerio Máximo, Josefo, Séneca, Lucano, Plutarco y otros.

Con esta provisión de varios elementos pudo redactar su tratado, donde las referencias son muchas; las indicaciones de su información abundan, y el aparato científico para la redacción es el pertinente, aunque como hemos dicho, el estilo se resienta del fárrago de citas y del alarde de erudición profana y religiosa, con mengua de la claridad, de la hilación del relato y del sentido recto. Pero la viveza, donosura y gracia compensan esos defectos y hacen grata su lectura y a menudo provechosa. Sirvan para ejemplo aquel caso que relata de la costumbre que tenían los Sultanes de recibir a los embajadores, aunque el gracejo corra a cuenta de D. Diego Hurtado de Mendoza, actor de la anécdota:

“Está, de ordinario, el Gran Señor, sentado en unas almohadas sobre una alfombra, y el Embajador llega y se hinca de rodillas, y habiendo ido D. Diego de Mendoza como Embaxador del Emperador Carlos Quinto, por no hacer esta sumisión, dobló su capa y se sentó sobre ella, y al tiempo de despedirse, advirtiéndole se olvidaba la capa, dixo que los Embaxadores del Emperador, y juntamente Rey de España, no acostumbraban llevar la silla en que se sentaban. Cuyo hecho bizarro agradó tanto al turco que, estimándole en mucho, le dixo le pidiese mercedes, y él le pidió le diese algunos libros griegos originales de los Santos antiguos Padres de la Iglesia. Y él lo hizo con tanta magnificiencia que los mandó buscar por toda la Grecia, y se los dió casi todos en gran cantidad, y hoy se conservan en la librería de San Lorenzo el Real de El Escorial, habiéndolos dado el dicho D. Diego al Rey Phelipe Segundo, y entre éstos el original del *Apocalipsis*, de San Juan.”

CUALIDADES DEL EMBAJADOR.

Aparte la clasificación de las embajadas sagradas, bélicas, pacíficas, libres, oficiosas y residentes, siguiendo a los antiguos tratadistas, las reduce en su tiempo a dos clases: ordinarias o extraordinarias, cuyo nombre indican la denominación de cada una.

Es mejor que las embajadas ordinarias las desempeñe uno solo, pues de lo contrario “como se han de recibir visitas y tratarse en ellas muchas materias, no pueden estar juntos ni tan ajustados en las conversaciones privadas los discursos de los unos con los otros, que muchas veces no discrepen algo”. De lo cual deducía se imaginaba desconfianza entre los príncipes y ministros, y creían era artificio y engaño lo tratado con ellos. En la conclusión del negocio, para sentar paces o estipular el tratado, es mejor el mayor número, porque autorice y realcen el momento solemne de la estipulación. Consecuente con lo espuesto, trata de la forma, lugares y solemnidades con que se reciben los embajadores y donde los tienen ordinarios los príncipes de los mayores Estados de Europa. Su elección la estimaba tan importante, que de su acierto dependía la conservación de su Estado, lo que corrobora con esta afirmación: “El Rey Católico Don Fernando fué de los de su tiempo, y aún quizá de muchas edades el que de mejores sujetos se sirvió en este empleo, prometiéndose de ellos las glorias y utilidades que sacó de sus negociados, que fueron frutos debidos a la atención con que los eligió y a la prudencia con que los cultivó.” La designación es de trascendencia y debe estar en armonía con el asunto de la embajada; si se tratara de cosas belicosas la encaminará mejor el que profesase el arte de la guerra. Si cosas de paz, comercio y casamientos, le vendría mejor a quien ha tenido manejo de república pacífica y habitado años en Cortes de Príncipes. Cuando se trate de materia de Derecho, el versado en él, y si de asistir a un Concilio, el teólogo docto que haya seguido Escuelas y leído Cátedras. Para

terminar lo relativo a la elección, no oculta, en armonía con los tiempos y la práctica política de entonces, que el enviado acredite estar muy en la gracia del Príncipe y de su Valido. Pues los honores que se le rinden en la Corte extranjera redundan en mayor grandeza del Príncipe; son mayores cuando le juzgan partícipe de la gracia de éste. Combate la opinión de Lebayer, contraria a la suya, y la razona de este modo: "Si el Príncipe o su Valido tratasen familiarmente, los hombres conocerán mejor sus talentos y buenas cualidades con la experiencia propia que con las relaciones de otros; que las más veces se hacen con amor o odio, y las que se hiciesen con cualquiera de estos afectos, necesariamente han de ser erradas. Siempre creeré será más a propósito el que el Príncipe o su Valido conocieren con sus propias noticias y experiencias por capaz, que el que le representen suficientísimo por relaciones, pues en sus juicios propios no hay engaño ni pasión, y en los ajenos puede haber mucho de lo uno y de lo otro."

Las cualidades externas son: la edad, la grandeza de ánimo, la elocuencia, la facecia y graciosidad, que examina y refiere por menudo. En cuanto a la primera, no hay regla fija, sigue el parecer de Platón de ser superior a treinta años, porque con menos años le faltarán las experiencias necesarias para los negocios, y mayor no tendría fuerza ni salud para los continuos trabajos. Como la prudencia ha de resplandecer en el enviado del Príncipe, y tiene corta vida, como nacida de la experiencia, sólo podrá poseerla quien la haya alcanzado con el tiempo.

La grandeza de ánimo y la riqueza le harán enemigo de la avaricia, y consecuentemente, no se atreverán a corromperle, o si lo hicieren no saldrán con su intento.

Sobre la elocuencia discurre ampliamente por lo muy necesaria que le será para replicar en la negociación y emplearla en el discurso. Su tesis la expone así: "No por eso le quiero filósofo austero, retirado de la comunicación de los hombres, ni retórico

verboso que use de figuras, ni exquisitos vocablos ni entendidas disgresiones, ni que todo su estudio lo ponga en las flores del lenguaje. Pero tampoco le quiero hombre sin estudio de buenas letras; lo que más importa es que use palabras cortas y graves, como lo son las de los Príncipes cuya persona representa. Sus discursos sean breves, adornados más de razones y sentencias que de flores de buen lenguaje y verbosidad; en esto hay gran error en las Cortes de los Príncipes, donde los elocuentes y decidores son reputados por sabios, y no es eso lo que se debe buscar, sino la prudencia y sabiduría fundada en actos del entendimiento.” Parte de la elocuencia es la facecia, que no se debe excusar, pues la sal y donaire facilitan los negocios; en íntima relación con ello está la presteza en las respuestas, don natural que es difícil de adquirir.

En la última de las cualidades externas incluye la de la buena persona, buen talle y agradable aspecto. “Si bien no se debe hacer juicio total por el aspecto, pues bien puede haber hombre defectuoso en lo exterior que sea de aventajados talentos en lo interior.” Pone el ejemplo de Agesilao. De las cualidades internas que habrán de resplandecer en el embajador, la primera es la fidelidad, sin la cual nada podrá obrar que no sea pernicioso a su Príncipe. Por eso no aprueba el recurso de algunos Príncipes de mandar embajadores a aquellos a quienes no miran con buenos ojos, pareciéndoles que por este camino se desembarazarán de ellos. La prudencia, de la cual se ocupó como derivada de la edad, la reconoce y estima como el timón en el bajel, que sin ella nada se puede obrar sin peligro. La cultura histórica la exige como muy necesaria, no sólo para los negocios políticos, pero para las materias militares, que le ocurrirán muchas veces. “A los militares les servirán mucho las historias por los varios casos y sucesos que hallarán en ellas para gobernarse con mayor acierto.” El valor lo reputa muy necesario, “pues ha de andar entre naciones muchas veces bárbaras y peligrosas, atravesando con

gran peligro por montañas y asperezas, por ríos y mares peligrosos, quien no se conoce valor en sí no se encargue de semejantes embajadas” (9).

Complemento de la anterior, y consecuencia lógica, es lo relativo a procurar los Príncipes que sus embajadores sean gratos y bien vistos en la provincia donde van a residir.

CONDUCTA DEL EMBAJADOR.

Las extraordinarias a que llamaron los antiguos ilustres, como son las relativas a casamientos, paces, obediencia al Pontífice, piden gran ostentación, que consiste en gran número de camaradas, deudos de la casa, cuya cabeza lleva esta Embajada, casi siempre se encargan a los mayores señores del Reino. Hace un recuento de las de su tiempo, entre las cuales cita la del Condestable a Inglaterra, del Marqués de la Laguna a Flandes, del Duque de Feria a Roma y Francia, del Marqués Ambrosio Spínola a Alemania, de D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, a Francia, y para el mismo país las del Marqués de Leganés, Conde de Oñate y Marqués de Castel Rodrigo, y la de D. Francisco de Melo a Génova. “Osténtase —dice— la grandeza con multitud de criados, de libreas, de carrozas, de acémilas, reposteros, recámara, plato y gasto suntuoso, que todo corresponde a la grandeza del Príncipe que le envía, y la del que la ha de recibir. Para esto suelen los Reyes y Príncipes dar crecidas ayudas de costas a sus súbditos, y ellos ponen de su casa gruesas cantidades, no permitiendo ya en estos tiempos los grandes empeños de los Príncipes y súbditos competir a porfía por vencer aquéllos en liberalidad, y éstos en moderación.”

Podría ilustrarse cuanto dice el autor con ejemplos posterior-

(9) Cap. VII, págs. 142 y 154.

res que confirman la tradición de servicio en las grandes casas. Sirva, entre otros, el del Duque de Medinaceli, D. Luis Antonio Fernández de Córdoba y Spínola. Encargado de la embajada extraordinaria a Nápoles para representar a Fernando VI en el bautizo del Príncipe heredero de aquella Corona, pidió facultad para tomar a censo sobre sus mayorazgos un millón de reales. Concedida el 5 de septiembre de 1741, refrenada de D. Agustín de Montiano Luyando, tropezó con la dificultad de no encontrar quien quisiera dar a censo cantidad tan importante, prefiriendo emplearla de un modo definitivo. Se modificó la primitiva Facultad Real en el sentido de dársela para vender con fecha de 12 de aquel mes, y valiéndose de ella, lo hizo al mayorazgo de Pontejos de las dehesas de Hieruelas, Arroyo de Cuevas y Pedregoso del Estado de Tarifa por escritura en Madrid el 18 de enero de 1748 (10).

Las embajadas ordinarias no son de tanto lucimiento, ni llevan tanto número de caballeros que acompañen, pues no conviene desacomodar hombres grandes. Muy provechoso sería le acompañasen de su familia algunos parientes de reconocida prudencia, cuyos consejos le sean útiles y en muchas ocasiones necesarios: "Pues el comprenderlo todo no es de la jurisdicción del hombre, sino de la de Dios." Y desarrollando esta idea, dice luego: "Y no tendría por pequeño beneficio del bien público que los Príncipes enviasen con sus embajadores ordinarios y residentes algunos caballeros mozos, en quien se vayan criando, como en tiernas plantas, unos excelentes embajadores, que donde los han usado les ha salido muy bien." Había de ello ejemplo entre nosotros, pues el Duque de Feria, en tiempo de Felipe II, llevó a Francia a D. Iñigo de Mendoza, a Juan Bautista Tassis, a D. Diego de Ibarra y el Comendador Moreo; al Conde de Oñate lo acompañaron D. Felipe de Guevara, su hijo y el Marqués

(10) A. H. N. Cons. Leg. 4335, núm. 40.

de la Fuente del Torno; con el Marqués de Flores Dávila, fué a Inglaterra el Letrado Juan Pedro de Arenillas, que fué luego del Consejo de Indias, y D. Lorenzo Ramírez de Prado estuvo con el Marqués de Mirabel en Francia (11).

La conveniencia de ser rico es tratado con su buen criterio, inclinándose a que lo sea. “Porque si la hacienda es heredada, la compañía casi siempre buena educación, y si es adquirida, denota industria, y si es bien gastada denota ánimo generoso. Siendo rico tendrá más medio de ser liberal y, consecuentemente, granjeará más amigos, que con eso se atraen los ánimos, y a la fama de su liberalidad acudirá mucha gente a su casa, de los cuales con facilidad, con la frecuente conversación y continuados beneficios, podrá fácilmente sacar lo que quisiere.”

La grave cuestión de si ha de ir acompañado de su mujer la plantea con la debida extensión. Los inclinados a la negativa hablan de la condición ligera de las mujeres, en los negocios son muy coléricas, faltas de prudencia, llenas de curiosidad, inconstantes y ligeras en hablar y, si fuera deshonesta, no sólo afrenta al marido sino que le vende publicando sus secretos. Los contrarios ponderan la crueldad de dejar a la mujer en viudez y soledad, privados ambos del fruto del matrimonio que son los hijos, contrariando la ayuda que supone la mujer para el hombre, compañera de su destino, consuelo de la adversidad, delectación de la prosperidad, alivio en las cosas peligrosas. La solución que propone es reveladora de su prudencia y ponderación:

(11) No parece que anduvo muy diligente el Marqués-Embajador en liquidar su cuenta con el sastre, pues hemos encontrado una escritura de 14 de enero de 1622, por la que Pedro de Monforte, sastre, otorga carta de pago de ochocientos veintiocho reales, a cuenta de mil seiscientos cincuenta y siete que le debía D. Antonio de Zúñiga y Toledo, Marqués de Mirabel, Embajador de S. M. en Francia, de cuenta fenecida de hechura de vestidos y recaudos hasta el día que se fué a Francia.

A. P. Oficio de Juan de Santillana, 1622, f.º 63.

“Yo dejaría al prudente juicio del embajador que reconozca si tiene mujer de capacidad tal que la pueda comunicar sus cuidados y más secretos pensamientos, teniéndola por consejera o compañera en un tal peligroso oficio como es el de embajador, que muchas mujeres ha habido y hay muy capaces de secretos y de prudencia varonil” (12).

Capital transcendencia tenía entonces, y todos los despachos de los diplomáticos de la época lo revelan el sitio y preeminencia en los actos públicos, en los que procurará no innovar nada, sino atenerse al uso establecido. En los banquetes debía observar gran moderación y evitar en lo posible la asistencia, procurará cuando concurra a ellos no excederse en el hablar, en el comer y mucho menos en el beber. “Los que se han seguido a los banquetes y al beber demasiado, si los hubiese de referir haría un largo volumen, para que nuestro embajador huiga de ellos, pondré algunos ejemplos desdichados sucedidos en ellos.” Con su natural inclinación a la Historia cita ejemplos tomados desde el *Libro de los Reyes* hasta Diógenes Laercio. No omitiremos el caso del Conde de Gondomar, Embajador a Jacobo II; lo invitó a unas fiestas, y para presenciarlas tenía prevenidas dos ventanas: una a mano izquierda de la suya, pero en el mismo plano, y otra encima, que la estimaba por superior a la que ocupaba la que le destinaba, en correspondencia a su estimación. Elijó Gondomar la primera, dejando para el embajador francés la de arriba, causándole harta pesadumbre, hasta pedirle excusara su asistencia por motivos de salud. Y no consiguiéndolo, le amenazó con el gran séquito de franceses que tenía hasta quitarle la vida. Le respondió nunca daría su vida más gloriosamente que en defensa del lugar correspondiente a su Rey.”

Menos interés tiene cuanto se refiere a los privilegios e inmunidades, así como de su casa y familia y de la jurisdicción del

(12) Cap. XI, pág. 224.

Príncipe donde reside sobre ellas. Con el valor del enviado del Príncipe en defenderlas y cómo debe apoyar éste sus acciones. Como son en casos en los que no ha podido consultar y no suelen contenerse en su instrucción. Los apoyarán los Príncipes y mantendrán a los embajadores, porque lo merece el celo y riesgo con que obraron, de no hacerlo quedarán desacreditados, sin el valor y confianzas convenientes para seguir en su puesto. Con muy discretas razones aborda cuanto se refiere al problema: “Si el embajador puede mentir por evitar grandes daños o por convenir al mayor acierto de su negociación.” Su criterio pasa a exponerlo en estos términos: “Graves teólogos, y de no moderada opinión, traen la cuerda tan tirada cuanto flojan los políticos, de quien el mundo hace aprecio. El conciliarlos o modificarlos no lo he juzgado por empresa fácil, y confieso he estado por dejarla al juicio de los doctos y fundados, pues el mío solamente se viste de una corta lición de letras humanas y de algunas experiencias adquiridas en Cortes de Príncipes y diversas naciones donde he peregrinado.” Sienta, por principio, que nunca debe el cristiano mentir, aunque de ellas resulten grandes bienes. Y añade: “El no mentir es precepto negativo que obliga en todo tiempo, y así nunca puede mentir. El hablar verdad no es precepto, es virtud, la cual se debe y puede ejercitar siempre que se pueda, en todo o en parte, como más convenga. Por eso recomienda la anfibología y las mentales restricciones que aprueban los sacros cánones y gravísimos autores: “Los intereses de los Príncipes son tan diversos, la malicia de los tiempos ha venido a tal estado, pervertiéndose la sinceridad de los primeros siglos, que si se ha de profesar la verdad y tratarla en su pureza, el Príncipe que lo hiciese y sus Ministros serán reputados en la tierra por una deidad soberana” (13).

El capítulo final, pletórico de contenido, queda reducido a

(13) Cap. XI, pág. 475.

una promesa no cumplida, cuya decepción subyuga el ánimo del lector, ansioso de encontrar un panorama de la época, diestramente trazado por la pluma del autor: "Del estado en que queda el mundo cuando esta obra se destina a la estampa y la buena o mala inteligencia que conservan unos Príncipes con otros." Siguen unos renglones anunciándolo por póstumo para publicarlo después de su muerte, aunque ya redactado. La razón es obvia: "en él, se dice con cristiana libertad, lo que han obrado los más de los Príncipes de Europa en los años que he sido testigo de sus acciones, espérello pronto el lector, pues ya pueden ser breves mis días". No lo fueron tanto prolongándose hasta el 18 de noviembre de 1649, en que acabó su existencia. El año anterior, como si estuviese advertido de su cercano fin, otorgó dos codicilos ante el escribano madrileño Francisco Suárez de Rivera, en ellos se revela la obsesión por el mayorazgo, hasta el punto de mencionar, sólo de pasada, su segundo matrimonio y las cláusulas que antes hemos insertado relativas a su hermano el Obispo mejicano (14).

En el primero se contiene la declaración y llamamiento a favor del hijo segundo del Conde de Benavente cuando acabara su descendencia, sobre lo cual insiste en el segundo, con idea dominante, cuando dice: "Por cuanto en dicho codicilo, de 8 de abril de este año, otorgado ante el presente escribano, hay una cláusula en que doy facultad a los señores Condes de Benavente para nombrar en ciertos casos sucesor de mi casa, declaro se haya de entender con esta limitación: que el último poseedor de los llamados en mi testamento y última disposición en quien se acabasen mis líneas le doy poder y facultad para que nombre el que le pareciese de aquellos mismos que ordenaba a nombrar el señor Conde de Benavente, y si el tal último sucesor de mis líneas

(14) Escrituras del 8 de abril y 12 de octubre de 1649. Protocolo 6240 y 42.

no dejase hecho el tal nombramiento, después corra la libre facultad que di a dicho señor Conde de Benavente en dicha cláusula." Esa preocupación inspiradora del último acto de su vida tuvo efectos años adelante. Cuando su bisnieto D. Alejo Manrique de Guzmán murió el 17 de octubre de 1734, no olvidó llamar a la sucesión al segundo de la casa ducal de Benavente. En ella ha permanecido desde entonces unido e incorporado hasta la disgregación de los títulos que formaban la casa de Osuna-Benavente a la muerte del último y famoso de sus poseedores.

Madrid, diciembre de 1943.

ESPRONCEDA Y LEOPARDI

POR

CARLO CONSIGLIO

AL principio del año 1942 tuve ocasión de escribir que acaso el centenario de la muerte de José Espronceda había llegado demasiado pronto. Desde luego, añadía, un centenario no se puede desplazar a capricho y tiene que caer en la fecha destinada, pero, en este caso, si se hubiese podido retrasar algo, me parece que Espronceda hubiese salido ganando.

La realidad es que si en la vida, el agitado poeta de Almen-dralejo no fué muy feliz, después de su muerte ha tenido muy poca suerte: sus biógrafos se han apresurado a enriquecer con episodios más o menos fantásticos y no siempre halagadores su ya bastante movida existencia, y sus críticos se han dedicado principalmente a señalar sus defectos y a enumerar con exacta crueldad sus numerosos modelos. Cuando alguno de ellos, polemizando con sus antecesores, ha querido discutir y rechazar una presumida derivación artística, muy raramente lo ha hecho para devolver originalidad al poeta español, sino que muchas veces buscaba otra paternidad para sus creaciones. Ahora bien, si cien

años deben bastar, en general, para dar una sistematización definitiva a la fisonomía crítica de un escritor, el 1942 hubiera podido ofrecer una buena ocasión para devolver la paz a la agitada memoria de Espronceda; pero ya se podía adivinar que los tiempos no eran maduros para ello. Porque si se empiezan a notar en la crítica española los primeros albores de una revalorización del Romanticismo, se trata sólo de tímidas tentativas. Y es que el mal romántico del siglo XIX ha provocado acaso los efectos más dañinos en este mismo siglo XX, y la generación actual sufre aún de una reacción antirromántica demasiado violenta para juzgar sin pasión a un poeta del género de Espronceda. No hay contemporaneidad espiritual entre él y la juventud de hoy; pero, sobre todo, demasiadas páginas suyas provocan aún hoy un ímpetu de rebeldía, que ora atañe a la forma, ora al contenido de su obra.

Pues bien, es evidente que para poder juzgar con serenidad hará falta encuadrar su crisis espiritual a la luz de las condiciones de su tiempo, y sólo cuando se haya separado su verdadero y personalísimo acento del mal literario y político de su generación, será posible, de un lado, valuar el peso de su contribución a la poesía romántica, de otro, asignarle el lugar que indiscutiblemente, fuera de cualquier tendencia, ha merecido entre los verdaderos poetas.

Así ha pasado el año del centenario sin que se definiera, ni siquiera de manera provisional, la fisonomía crítica de Espronceda.

Pero quizá los estudios —ni muchos, en verdad, ni muy extensos— que en torno a él han florecido en el pasado año, puedan contribuir a abrir el camino para una más exacta valoración crítica de Espronceda, estableciendo, de una vez para siempre, el valor de los influjos que sobre él pudieron ejercer los innumerables poetas que hasta ahora han sido señalados como sus

fuentes de inspiración. El último capítulo del libro *Espronceda*, de Narciso Alonso Cortés (1), podrá servir de óptimo guía.

Sustancialmente, estimo que tratándose de las fuentes de Espronceda se imponga una consideración previa: el poeta extremeño no parece que tuviese demasiados escrúpulos para imitar, ya porque se dejase llevar del entusiasmo hacia una obra que le gustaba, y a cuyo influjo se abandonaba hasta el punto de identificarse a veces con su autor, ya porque le pareciese lícito (no olvidemos, después de todo, que el "plagio" es una invención jurídica moderna) apropiarse alguna entonación o expresión bien lograda de otro poeta e insertarla en sus versos. (Piénsese, por ejemplo, en las dos octavas de Lista —la VIII del fragmento primero y la XII del fragmento tercero de *El Pelayo*— incorporadas por él íntegramente a su canto; y considérese también el subtítulo que lleva el poemita *Oscar y Malvina* —imitación del estilo de Osián—.)

A la luz de esta consideración, la crítica erudita puede continuar la paciente labor de reconstrucción de las fuentes de Espronceda, sin inferir con ello ofensa al poeta, y esta obra de estudio y de investigación la merece con toda justicia un poeta que bien puede ya ser considerado como un clásico de la literatura española.

Atesorando todos estos hallazgos, la crítica estética habrá de buscar después la verdadera fisonomía poética de Espronceda, primero en aquellas mismas simpatías y tendencias que le hacían elegir como texto ya uno ya otro poeta; luego en sus rasgos peculiares, que se revelan en la misma imitación y que lo distinguen de sus modelos; y, en fin, en cuanto de inconfundiblemente suyo, por ímpetu o por abandono, por exaltación o por melancolía, puede encontrarse en su obra.

(1) N. Alonso Cortés: *Espronceda. Ilustraciones Biográficas y Críticas*. Valladolid, 1942.

Ahora bien, a propósito de las fuentes, es de interés hacer notar que si hasta ahora Walter Scott, Macpherson, Beranger, Goethe, Rousseau, Víctor Hugo, y sobre todo Byron (a más, naturalmente, de numerosos autores españoles) han sido señalados como los precursores de Espronceda en tal o cual asunto, poquísimas y vagas indicaciones he encontrado hasta el presente sobre la afinidad que tiene su poesía con la lírica leopardiana. Así, mientras cada uno de los otros poetas que antes he citado, ha sido considerado alguna vez como inspirador directo de tal o cual fragmento poético de Espronceda, por lo que se refiere a Leopardi se habla solamente de comunes afinidades románticas (2).

Claro es que, si por ejemplo, al leer el romance "A la noche" pudieran venirse a la mente consonancias leopardianas, resultaría de poco fundamento la comparación que pudiera establecerse, pues es evidente que se trata sólo de una vagamente común inspiración poética. Si la "Despedida del Patriota Griego de la Hija del Apóstata" nos hace vagamente pensar en "Consalvo", esto se debe exclusivamente a aquel aire romántico que se difunde formalmente en la composición leopardiana. Y de la misma manera, si admitimos con Bonilla que la cuádruple raíz del romanticismo es: "la *duda*, como primer principio del pensamiento; el *dolor*, como realidad positiva en la vida; el *placer*, como ilusión del mundo; la *muerte*, como solución de todos

(2) *Espronceda. Poesía lírica*. Selección y prólogo de N. Alonso Cortés. Ed. Ebro, 1941, pág. 19; y véase, particularmente, además de la obra de A. Farinelli: *Il romanticismo nel mondo latino*. Torino, 1927, un ensayo de Luisa Barral: "El pesimismo de Espronceda", en *Revista Crítica Hispano-Americana*. Madrid, 1918, IV, 89-134. En Italia han escrito sobre Espronceda: P. Mazzei, que citaré más adelante; L. Siciliani, en *Studi e saggi*, Milano, 1913; B. Caravaglios: *El canto a Teresa*, con traducción y comentario. Napoli, 1933. Hay que añadir la voz "Espronceda" en la *Enciclopedia Italiana*, tomo XIV, debida a la documentada pluma de Mario Casella, y las traducciones, citadas por Mazzei en el apéndice de su trabajo.

los problemas”, nos explicaremos fácilmente cómo en la obra de Espronceda muchas expresiones nos traigan a la memoria el recuerdo de Leopardi, pero sólo donde éste hace algunas concesiones al romanticismo y tales semejanzas pueden encontrarse en casi todos los poetas de aquel tiempo.

Pero, aun si quisiéramos dejar a un lado el:

*¿Do las armas están? ¿Dónde el sonido
del escudo batido?*

del “Oscar y Malvina” que llama a la memoria del leopordiano:

*dov'è la forza antica
dove l'armi, il valore e la costanza?*

la Elegía “A la Patria” no puede por menos de hacer surgir en nuestra mente otros recuerdos de la canción a Italia.

Ya los latidos iniciales se asemejan, con la paralela pintura de las dos naciones en ruina. La personificación menos decidida que la que se da en Leopardi, no impide a Espronceda hacer llorar a su Patria:

*Lágrimas viertes, infeliz ahora,
soberana del mundo...*

donde Leopardi había escrito:

*Piangi, che ben hai donde, Italia mia,
le genti a vincer nata
e nella fausta sorte e nella via*

(Vv. 18-20.)

Y tras una digresión completamente personal, torna el poeta español a las invocaciones retóricas y se repite la coincidencia con imágenes leopardianas:

*Tendió sus brazos la agitada España,
sus hijos implorando;
sus hijos fueron, mas traidora saña
desbarató su bando.
¿Qué se hicieron tus muros torreados?
¡Oh mi Patria querida!
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
tu espada no vencida?*

*Nessun pugna per te? non ti difende
Nessun de' tuoi?...*

(Vv. 36-37.)

Dove sono i tuoi figli?

(V. 41.)

*O Patria mia, vedo la mura e gli archi
e le colonne e i simulacri e l'erme
torri...*

(Vv. 1-2.)

Y las semejanzas con Leopardi se hacen siempre más acentuadas donde en Espronceda retorna la personificación:

*Mas ora, como piedra en el desierto
yaces desamparada...*

que recuerda el

Siedi in terra negletta e sconsolata

(Del v. 15.)

Y otra reminiscencia de la canción "All'Italia" se podría ver en "Guerra", donde dice:

*Rumor de voces sienta,
y al aire miro deslumbrar espadas
y desplegar banderas;
y retumban al son las escarpadas
rocas del Pirineo...*

que hace pensar en el

*Odo suon d'armi
e di carri e di voci e di timballi...*

*Io veggio, o parmi,
un fluttuar di fanti e di cavalli,
e fumo e polve, e luccicar di spade
come fra nebbia lampi.*

(Vv. 41-42 y 45-48.)

Una especie diferente de afinidad puede acaso apreciarse al leer el himno "El Sol". Desde el punto en que el poeta, pasado el primer arrebatado lírico, inicia la descripción del camino del sol: "Tranquilo subes del cenit dorado", y a lo largo de la reseña de la teoría de los siglos que el sol ha visto transcurrir, hasta llegar a la pregunta anhelante "¿Y habrás de ser eterno, inextinguible, etc.?", todo el tono nos recuerda singularmente a Leopardi. Pero cuando queremos fijar esta impresión en cotejos directos, falla toda investigación. Algún indicio hay, sí, pero referido a la luna, en el "Bruto minore", y recuerdos ya un poco más precisos en la "Ginestra" y en el "Tramonto della luna". Pero estas poesías fueron publicadas por vez primera en el año 1845, esto es, cuando Espronceda ya había muerto. Maz-

zei (3) ha señalado apuntes del fragmento final del himno "El Sol" en el Himno de Foscolo, y no me detendré a examinar aquí tal indicación. Ciertamente que el fragmento final está ya fuera del tono leopardiano. Por el contrario, las afinidades vuelven a aparecer en las poesías más sinceramente líricas. La poesía "A una estrella" nos parece una *contaminatio* de motivos leopardianos. Las "Ricordanze" ¿no comienzan acaso con un

Vaghe stelle dell'Orsa...?

Y la comparación entre el poeta y el lucero ¿no recuerda en su estructura el leopardiano "Passero solitario"?

• Pero, sobre todo, en esta poesía se nota otro núcleo de semejanzas con uno de los motivos leopardianos, semejanzas que se renovarán leyendo el *Canto a Teresa*. Como es sabido, Leopardi, que al contrario de Espronceda fué muy tímido, ya que no absolutamente reacio en materia de amores, tuvo en su vida una sola verdadera pasión por la noble dama florentina Fanny Targioni Torretti. No se puede decir que la bella señora rechazase el devoto amor del infeliz poeta; antes bien, lo aceptó como un sencillo homenaje a su belleza y como una aventura romántica que añadir a aquellas otras que alimentaban su frívola vida. El poeta, turbado por los celos, humillado, lanzó contra ella la terrible poesía "Aspasia", en la que atribuye no sólo a ésta, sino a todas las mujeres, la imposibilidad de comprender la elevación de un verdadero amor. La poesía, áspera y grave, tiene acentos como estos:

*Raggio divino al mio pensiero apparve,
donna, la tua beltà...*

*Vagheggia
il piagato mortal quindi la figlia
della sua mente, l'amorosa idea,*

(3) P. Mazzei: *La poesía di Espronceda*. Firenze, 1935.

*tutta in volto, ai costumi, alla favella,
pari alla donna che il rapito amante
vagheggiare ed amar confuso estima.*

Y nos parece volver a encontrar, con tonos bastante diferentes, pero con contenido semejante, los versos esproncedianos:

*Una mujer adoré
que imaginara yo un cielo;
mi gloria en ella cifré
y de un luminoso velo
en mi ilusión la adorné.*

Como decíamos antes, estos acercamientos se hacen más numerosos y un tanto más significativos en el *Canto a Teresa*. También en esta composición, las reminiscencias leopardianas, podrían derivar de otras fuentes.

*Amore, amore assai lungi volasti
dal petto mio.*

había escrito Leopardi en la *Vita solitaria*, y Espronceda:

*Donde volaron ¡ay! aquellas horas
de juventud, de amor y de ventura...*

y todo el discurso poético del español recuerda análogos sentimientos expresados por Leopardi en otras manifestaciones de su obra: las ilusiones de la juventud desvanecidas con el tiempo son motivo de canto en la lírica "Al conte Pepoli", en "Il Risorgimento", en "A Silvia", en las "Ricordanze". Se trata, pues, de sentimientos paralelos que podrían por esto marchar cada uno

por su propia cuenta; pero con "Aspasia" parece que se hace posible algún acercamiento más preciso.

Si Espronceda canta:

*Mujer que amor en su ilusión figura,
mujer que nada dice a los sentidos,
ensueño de suavísima ternura,
eco que regaló nuestros oídos...*

*... ¡ay! aquella mujer, tan sólo aquélla,
tanto delirio a realizar alcanza,
y esa mujer tan cándida y tan bella
es mentida ilusión de la esperanza:*

los versos leopardianos, que antes hemos citado, vuelven a hacérsenos presentes, y más adelante aún otros versos vienen en nuestro socorro:

*Perch'io te non amai, ma quella Diva
che già vita, or sepolcro, ha nel mio cuore.
Quella adorai gran tempo;*

etcétera.

Un poco después vuelve Espronceda a llorar sobre las ilusiones desvanecidas:

*Los años ¡ay! de la ilusión pasaron;
las dulces esperanzas que trajeron
con sus blancos ensueños se llevaron.*

.....
*y de afán tanto y tan soñada gloria
sólo quedó una tumba, una memoria.*

que se asemeja al patético final de "A Silvia":

*Anche peria fra poco
la speranza mia dolce: agli anni miei
anche negaro i fati
la giovinezza...
... Tu, misera, cadesti; e con la mano
la fredda morte ed una tomba ignuda
mostravi di lontano.*

Y, sin embargo, llegados a este punto, hemos de confesar sinceramente que la investigación nos ha ofrecido bien pocas y débiles pruebas de un directo influjo leopardiano sobre Espronceda, teniendo presente la afinidad de los temas tratados por ambos poetas. Pero viene en nuestro auxilio, con indicaciones bastante más significativas, otra composición, acaso la más bella del poeta extremeño: "A Jarifa, en una orgía".

Consignaremos aquí, paso por paso, la semejanza entre los textos de los dos poetas, a fin de que puedan servirnos para llegar, si es posible, a una conclusión. Las poesías leopardianas que traemos a este cotejo son "Le Recordanze", "La vita solitaria", "A sè stesso", "Il canto di un pastore errante". Huelga decir que el ambiente en que la fantasía esproncediana ha situado sus versos no tiene correspondencia alguna en el poeta italiano.

Quizá no nos determinemos a pensar en las "Ricordanze" por sólo los versos:

*¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
mentida ilusión de niño
que halagó mi juventud.*

o por estos otros:

*Yo quiero amor, quiero gloria,
quiero un deleite divino,
como en mi mente imagino,
como en el mundo no hay;*

o por el solo coincidir de algunas palabras, si más tarde la estrofa:

*Muere, infeliz: la vida es un tormento,
un engaño el placer: no hay en la tierra
paz para ti, ni dicha, ni contento,
sino eterna ambición y eterna guerra*

no atrajese a nuestro recuerdo otros versos de la misma lírica leopardiana, y por esta vez, añadiendo también a las afinidades de conceptos una singular semejanza de tono:

*O speranze, speranze; ameni inganni
della mia prima età!...
... Fantasmi, intendo,
son la gloria e l'onor; diletti e beni
mèro desio; non ha la vita un frutto,
inutile miseria.*

Un poco más adelante, los versos:

*joh! cesa; no, yo no quiero
ver más, ni saber ya nada:
harta mi alma y postrada,
sólo anhela descansar.*

*En mí muera el sentimiento,
pues ya murió mi ventura,
ni el placer ni la tristura
vuelvan mi pecho a turbar.*

recuerdan el canto "A sè stesso":

*Or poserai per sempre,
stanco mio cor. Perì l'inganno estremo,
ch'eterno io mi credei. Perì. Ben sento,
in noi di cari inganni
non che la speme, il desiderio è spento.
Posa per sempre. Assai
palpitasti. Non val cosa nessuna
i moti tuoi, né di sospiri è degna
la terra. Amaro e noia
la vita, altro mai nulla; e fango è il mondo.
T'acqueta omai.*

(Vv. 1-11.)

La "Vita solitaria" podría haber entrado como fuente de imitación en esta obra de Espronceda por aquel tanto de idílico que asoma a los versos españoles y por la descripción acostumbrada de los sueños juveniles. Pero acaso, también en esta parte, bastaría apelar solamente a las "Ricordanze".

Las aproximaciones más concluyentes se hacen, sin embargo, posibles a base del "Canto notturno di un pastor errante". Cuando, siempre refiriéndonos a la poesía "A Jarifa", leemos:

*¿Por qué murió para el placer mi alma,
y vive aún para el dolor impío?
¿Por qué, si yazgo en indolente calma,
siento, en lugar de paz, árido hastío?*

*¿Por qué este inquieto, abrasador deseo?
¿Por qué este sentimiento, extraño y vago,
que yo mismo conozco un devaneo,
y busco aun su seductor halago?*

*¿Por qué aun fingirme amores y placeres,
que cierto estoy de que serán mentira?*

*¿Por qué en pos de fantásticas mujeres
necio tal vez mi corazón delira,*

*si luego, en vez de prados y de flores,
halla desiertos áridos y abrojos,
y en sus sandíos y lúbricos amores
fastidio sólo encontrará y enojos?*

no sólo vuelven a nuestra memoria aquellos acentos de "Canto notturno":

*perchè giacendo
a bell'agio, ozioso,
s'appaga ogni animale;
ma, s'io giaccio in riposo, il tedio assale?*

sino que hasta se nos representan en las expresiones y en las palabras ciertas semejanzas más definidas:

*e un fastidio mi ingombra —la mente
son lunge —da trovar pace o loco—*

Podemos ahora tratar de llegar a alguna conclusión.

Establezcamos antes de todo ciertas fundamentales diferencias entre los dos poetas. En primer lugar, hasta cuando afronta

temas románticos, Leopardi es indudablemente un clásico en la forma y en la esencia: su poesía es cual ninguna otra acabada, limada, corregida; su pensamiento se desliza flúido y compacto. ¿Y quién no ve que la mutabilidad, la inestabilidad, diremos casi el desorden de Espronceda, se rebela *a priori* a un acercamiento al poeta italiano? Así, pues, si el impulso imitativo pudo aproximarle alguna vez a Leopardi, el hervir de su fantasía y la rebelión a toda regla, la misma inestabilidad de su meditar, lo llevarían a alejarse rápidamente de su modelo. Sería, por consiguiente, imposible encontrar semejanzas más acabadas. Desde este punto de vista, la falta de un mayor paralelismo no es contraria a la tesis de posibles derivaciones leopardianas en Espronceda.

Y se nos presenta ahora otro aspecto del problema. ¿Pudo el poeta español conocer la producción leopardiana? La cronología de las primeras publicaciones nos haría pensar que sí. Ya hemos hecho exclusión de toda posible derivación de la "Ginestra" y del "Tramonto della Luna", publicadas después de la muerte de Espronceda; pero los demás textos leopardianos aquí citados, están comprendidos en las ediciones boloñesas del 1824 y 1826, en la florentina de 1831 y en la napolitana de 1835.

Dividamos las canciones examinadas en tres grupos: las patrióticas, que hemos ya visto cómo recuerdan el "Canto a Italia", de Leopardi. Este lleva fecha de 1818, publicado en el mismo año y vuelto a publicar en el 1824. Cuando Espronceda en 1829 escribía su *Elegía* en Londres, en aquel centro, donde entre otros vivían italianos ilustres (Foscolo había muerto sólo dos años antes), no debía ser desconocida la obra leopardiana. Derivaciones de la canción "All'Italia" son, pues, posibles en ésta y en las otras composiciones citadas de Espronceda; diría casi probables, dada la notable semejanza de ciertas expresiones, sino se pudiese alegar en contra aquel tal "énfasis" retórico que si,

*

como pretende M. García Blanco (4), fué una característica esencial del poeta, no falta, ciertamente ni siquiera en las primeras poesías del joven italiano, y especialmente en esta en cuestión, erizada de patéticos vocativos e interrogativos.

El segundo grupo (dejemos aparte el himno "Al Sol", de escaso relieve para este parangón) está representado por las poesías en que se habla de Teresa. Son indiscutibles aquí la semejanza en el argumento y en las situaciones; pero precisamente esto nos hace ser más desconfiados al establecer comparaciones. En casos análogos, dos poetas de la misma época (¡y una época prepotente en el imponer tonos a sus literatos!) ¿no reaccionarían líricamente de manera análoga? Ninguno de los elementos existentes en Espronceda (sueños de juventud, ilusiones, amor ardiente hacia un sujeto no digno, amargura, desilusiones, tedio, etc.) son tan esencialmente leopardianos que impongan una forzosa derivación de él. Aparte de que muchos pertenecían al común bagaje de la poesía del tiempo, nada impedía al poeta español sacarlos de su invención, pues tan naturalmente brotan de los hechos y de la meditación. Conociese o no Espronceda los textos leopardianos, las semejanzas son vagas y genéricas en estos casos. Haberlas apuntado podrá servir sólo a la historia de la poesía romántica, no a la historia íntima de Espronceda. Pero el caso de "A Jarifa" puede considerarse de manera diferente. Aquí parece que las "Ricordanze" y el "Pastor errante" hayan verdaderamente entrado, en cualquier modo, en la génesis de esta atormentada lírica. Particularmente me impresiona el tono de la poesía. Quizá "A Jarifa" es la más profunda y sentida de las composiciones esproncedianas. ¿Se acordó él al componerla de Leopardi, leído acaso algún tiempo antes y probablemente admirado? ¿O tenía presentes las obras del poeta italiano? O, en fin,

(4) M. García Blanco: *Espronceda o el énfasis*. En ESCORIAL, número 34, agosto 1943.

¿en su obra más madura, la vía de la poesía le condujo inconscientemente a acercarse al gran poeta italiano en el tono más suyo e inconfundible? Quizá esta tercera sea la verdadera respuesta; y no sería pequeña casualidad que dos temperamentos tan diversos, por razón de un íntimo tormento, tradujesen en cante su angustia; hechos semejantes sólo por el común caudal de poesía en que los dos espíritus eran ricos.

DEL EROS GRIEGO A LA CARIDAD PAULINA

FOR

JOSÉ CAMÓN AZNAR

SAN Pablo concibe el Cristianismo realizado en comunidades. Sus plurales admoniciones no van nunca dirigidas a saciar soledades ni a encender originalidades. Concibe la unidad en Cristo a través de grupos hacinados geográficamente. Las diferentes epístolas abanderan patrias distintas. Cada tierra localiza iglesias cuyo primer postulado es el de la común participación en la gracia. Estas comunidades las crea la unidad de fe y también la unidad de extrañeza. A través de toda la pasión de caridad que hay en sus Epístolas se advierte el orgullo del señalado con índices, del rodeado con orla de soledad. Del que siente la incapacidad de ser perseguido porque allí, en su corazón, está el refugio inextinto de sus perseguidores. Las prédicas de San Pablo exigen una cierta estabilidad comunal de los fieles y una latente situación persecutoria, o a lo menos de recelo en el medio social en que brotan.

No solamente no se propugna la destrucción de los núcleos

persecutores, sino que hay una secreta necesidad de campos marginales donde poder ejercitar el amor. El mismo arrebató que victimaba cristianos requería luego gentiles. No es posible sugerir la grandeza del espíritu sin una posible transmutación en ese espíritu de todo lo sombreado por el genio del mal. Y San Pablo legitima su ardoroso cristianismo con su primer ardor gentilicio.

Al que está en Dios la única forma posible de su vida es la caridad. Cada paso es una donación. Para San Pablo, convertir al Cristianismo era convertir al Espíritu. Todo en él es fuego de caridad, es decir, misión deífica. Nos encontramos ante la personalidad quizá más trascendental, esto es, más caritativa que ha producido la humanidad. Casto, violento, intelectual, tenido por loco "a causa de sus muchas lecturas". El espiritualismo helénico, explotado en puras nociones intelectuales, se colorea ahora de pasión humana y nos entraña en las Ideas eternas, antes inaccesibles a nuestra intimidad. Gracias al sufrimiento de Dios podemos participar en su gloria. Dios, para amar, ha de amarse a sí mismo, pero a través de su Hijo, del Hombre. Es por una vía de martirios como se va fraguando la carne de Cristo. Y es Dios, degollado como un cordero, el que ha caído sobre nuestros brazos. No pide sino que no ahuyentemos la sangre que mana de su cuello. Que nos bañemos en ella y nos transustanciamos así en su divinidad. Y San Pablo, con este misterio, como tuétano de su conciencia, va incendiando las costas rocosas del mar augústeo. Sus cartas, como ángeles con antorchas, caen sobre las pequeñas comunidades que se irradian frenéticas de proselitismo. En ellas es denostado todo lo que se interpone entre el hombre y el Espíritu. Es natural que aquellos pueblos cuyo íntimo descontento se manifestaba por esa curiosidad, "por esa pasión de novedad" que San Pablo acusaba como característica de los griegos, vieran su salvación en una doctrina cuyo primer relieve era la libertad del hombre. La paz romana dejaba sin

blanco los ímpetus hazañosos que encontraron campo para su ardor en la novedad religiosa que Pablo clamaba. En sus palabras no había excitaciones a la rebelión, porque no había enfrente tema digno de ser violentado. La última razón de la imperial soberanía, aun sobre los espíritus, era la ley. San Pablo, intemporal y absoluto, manejando sólo conceptos eternos por su virtualidad en el espíritu, repudia la ley por lo que tiene de forma muerta, de letra endurecida. "Nos justificamos por la fe, no por la ley"; "la ley obra ira." "Donde no hay ley no hay transgresión." "En lo que juzgas a otro te condenas a ti mismo." ¡Cómo guiarse por preceptos si tenemos en nuestro corazón la llave de la Omnisciencia! ¡Cómo servirnos de normas como pasarelas para ciegos cuando tenemos dentro de nosotros toda la luz! Sumidos en Dios, cada pensamiento tiene perfil y consistencia de ley. "Uno es ley de sí mismo." Somos nosotros en el Espíritu los que nos fabricamos una tabla de valores con arreglo a la cual seremos salvos o precitos. "Nada hay inmundo en el Señor. Mas aquél que piensa ser inmunda alguna cosa, para él es inmunda." Todo el subjetivismo moderno no ha llegado a conclusiones tan audaces e insólitas como las paulinas. No solamente se encuentran dentro de nosotros las nociones y valoraciones del mundo exterior, sino que, admitiendo realidades ajenas, las hace válidas por la posesión de sus esencias. Lo que no se encuentra sustancial y formalmente incluido en nuestra intimidad con la absoluta voluntariedad de su posesión, lo está por medio de la fe.

Para San Pablo sólo existen dos posibles actitudes vitales: la fe y la caridad. Por la fe poseemos lo extrínseco, todo lo que nuestros deseos son capaces de ambicionar. El volumen humano se extiende hasta allí donde alcance nuestra capacidad de ambición. No solamente somos aquello que queremos ser, sino que el mundo exterior se compone según la estructura de nuestros deseos. En nosotros radica el presente y todo el futuro. Acceden

las cosas a su realización por las vías de nuestra intimidad. Palabras formidables éstas, cuya fecundidad no acertamos a prevenir en su totalidad: “la fe es la sustancia de las cosas que se esperan”. Nuestra grandeza no tiene más límite que el de nuestros sueños. Y el mundo, a su vez, está inscrito en la curva de nuestros anhelos. Somos precisamente aquello en que ponemos la fe. Nuestra realidad es la de nuestra creencia. No se moldea nuestro ser con preceptos, sino con aspiraciones. Inútilmente intenta la ley regular nuestra expansión vital. La fe nos incorpora a nuestra personalidad todo aquello que somos capaces de creer. “Nos justificamos por la fe, no por la ley.” Es decir, somos nuestra fe, algo vivo, superable y no en encallado en pétreos preceptos que nos evitan el esfuerzo de amar.

Sólo con un subjetivismo tan extremado y absoluto puede practicarse la caridad tal como el Apóstol la concibe. Mientras existan accidentes que se interpongan entre mi pasión y los demás seres, mi efusión tendrá su cauce. Y San Pablo persigue anátesis, asimilación de los contrarios, negación del propio ser en el ser de los demás. Este “gozaos con los que se gozan y llorad con los que lloran”, determina la única forma posible de comunidad cristiana. Sólo unida por estos vínculos paulinos de caridad es posible que una colectividad de hombres deje de ser una suma de violencias.

La expresión de esta caridad nos conduciría al más absoluto de los nihilismos si San Pablo no actuara siempre en el seno del Espíritu. La moral tolstoiana no ha acertado con una tal cabal expresión de entrega: “Yo me he hecho a los flacos flaco...” Pero la moral paulina no ahorra esfuerzos ni futuros. En el centro de la caridad está la acción. Un rumor de abejas se levanta de las comunidades cristianas. Es preciso elaborar con nuestras manos el bien inmediato, accesible a mi hermano. Al alcance de mi esfuerzo habrá siempre alguna necesidad que satisfacer, alguna

lámpara humilde que encender. "Ninguno busque su propio bien, sino el del otro."

Nuestra personalidad no radica ya en los límites, sino en la capacidad de abatir precisamente esos límites, en la posibilidad de colocarlos más allá de todos los seres extraños. Sus voces se levantan como banderas organizando muchedumbres. Y estas muchedumbres, no suplicantes, cabe gradas herméticas como en el mundo clásico, sino conformando en su misma efusión y anhelo coral el ámbito divino, la forzosidad de la gracia. Cada hombre apoya su voluntad de divinización en la fraterna adhesión a otros hombres. Surgen así las comunidades no por imperativos locales, sino por una necesidad de ansias plurales de caridad. Jesucristo exige para la perfección la comunión en todas las humillaciones. La reunión de los fieles pasa, pues, de ser una casual agrupación ante la misma divinidad, a constituir un rito de adoración a esta divinidad.

Cabe a San Pablo la gloria de haber formulado la caridad con las palabras más exhaustivas y apremiantes. De haber concebido y organizado el mundo cristiano en comunidades y de haber elaborado las imprecaciones con que estas multitudes podían comunicarse con la divinidad. El ateísmo no es en el fondo más que incapacidad de formular peticiones y quejas a Dios. San Pablo ha nutrido a las bocas de los hombres de palabras voraces de espíritu, de frases en cuya curva cabe la grandeza y también el dolor de Jesucristo.

El supuesto humano de la nueva religión es la comunidad. Por primera vez se impone al hombre el amor como un deber religioso. El amor es el ámbito del nuevo Dios y la única forma posible de recepción de una divinidad que trasvasa todos los límites, criaturas suyas. ¿Cómo hacerse abismo de este Ser que tiene siempre horizontes como orla de su manto? La única forma de enajenarse en el infinito es amar este infinito. Amor es trueque de sustancias. Realización en la cosa amada, despliegue

de nuestra personalidad hasta los temas de atracción amorosa. Entre la divinidad y nuestro corazón rebosante se levantan obtusas, demoníacas, fatales, las cosas inertes y soberbias. La única manera de blandearlas, de convertirlas en cauces abocantes al seno del Espíritu, es amarlas. Quedan así imantadas al infinito, llameantes hacia vocaciones divinas, deshuesadas de obcecadas intrascendencias e insolidaridades. El amor es en el Cristianismo la forma del conocimiento. En el mundo clásico el instrumento del pensar era la dialéctica. Por el discurso, las cosas van dejando caer capas de materia hasta que la razón sutil deja al descubierto el nervio vivo de la Idea, hilos de luz que forman la trama del universo. Al justificarlas lógicamente, las cosas se decantan en el pensamiento y nuestra magnitud vital se ensancha hasta allí donde puede haber protagonistas de un proceso mental. Lo desconocido es negado, y lo extraño tiene categoría de bárbaro. El misterio no se presenta como manifestación del infinito, y por lo tanto capaz de ser asimilado en los éxtasis que nos trasustancian con ese infinito, sino como concreción de unos poderes que actúan marginales a toda posible experiencia humana.

Nuestra personalidad se extiende hasta los fines del conocimiento. Más allá quedan todas las fuerzas oscuras cercando a nuestro destino y conmoviendo enigmáticamente sus rutas. Por eso en las tragedias griegas los personajes golpean siempre puertas cerradas. La identificación de lo incomprensible con el mal origina el que esta cultura helénica que por su voluntad de conciencia parece debía estar inundada de claridad, se encuentra, por el contrario, cruzada de augurios, de sombríos presentimientos, en una constante expectación de misterios. Sobre las cosas pasan como vientos estremecidos nuncios de sangre. Y sus bocas proféticas exhalan palabras que quedan colgando como ceños sobre el frontis de los palacios. Por eso hay en la literatura griega una especie de *horror vacui*, de terror numérico a afrontar te-

mas que más o menos puedan simbolizar el infinito: el mar, las noches, el dios que destronará a Zeus. En las orillas de lo inconmensurable, el griego huye despavorido como si cada ola fuese la frente de un monstruo. Tras una sirte, una isla encantada, una princesa fregona, unos hombres a quienes vencer, términos, en fin, que puedan ser enumerados, recorridos, y cuyo acaecimiento determine en total una vida. La lucha no es de ejércitos, sino de guerreros. El inmenso rumor del combate fraccionado en pequeños desafíos y en *clags* de astas quebradas. La masa del misterio no irrumpiendo en la intimidad en forma de aluvión del infinito. de noche oscura, de pánica soledad sugeridora de directas y terribles transfusiones con lo absoluto, sino disimulada por destinos contrarios, por cadáveres, por sanguinosos episodios locuaces. Al espíritu sobrecogido de clarividencias sustituye la imaginación con su deleite de historias. Al avanzar por este desierto tan ancho como el rostro de Dios, el griego va lanzando delante de sus pies estructuras novedosas que lo encandilan y le ocultan los horizontes espaciosos. "Sois como niños", le decía a Solón un sacerdote egipcio.

En cuanto suprimamos lo absoluto de la ingencia de fenómenos espirituales y físicos en que estamos inmersos, surge la mitología. Si se volatiliza ese fondo de infinito en que se realizan las formas, quedan unas apariencias concretas, disyuntas, capaces de contradicciones y afición, en suma, de narraciones. Ya todos los seres se levantan dramatizados por sus incompatibilidades, insolidarios en su limitación, radicando precisamente en su razón de ser, en su finitud y perecimiento, sus únicas posibilidades de peripecia, esto es, de vida. Las apariencias más hinchadas con vientos de infinito se conjugan con nuestras posibilidades de comprensión y divertimento. La mitología así es una forma de eliminar trasmundos de enormes interrogaciones, de ignorar el misterio, de suplantar nuestra vocación de infinitos por una ejemplaridad divina de accesibles debilidades y fortalezas. Las

entidades actuantes sueltas del légamo de infinito que las hacía tres veces santas y venerables quedan entregadas en manos de los hombres, propicias a ser manejadas con gracia e improvisación de aventuras, disciplinadas en los versos y en los parascenios. La lluvia y el amor son sugeridos por pasiones que puedan ser descritas con palabras, por casuales arrebatos que los hombres comprenden. Así el arte griego es el arte de la adjetivación. Cada cosa va dejando tras sí la huella humana de un adjetivo que las perenniza en el futuro de la sensibilidad, pero que, en cambio, nos impide intuir su esencia a través de su pura desnudez. La cosa queda así reclinata en el alvéolo de una parcialidad humana, ligada al destino de la palabra reveladora. Así, Hera, la que adormece con deleites cósmicos al dios que sujeta con sus manos hazes de águilas, queda golosamente accesible al tener como único atributo "la de los brazos blancos". El principio femenino, con su informe y húmeda tenebrosidad, se decanta así en una matronil criatura de actitudes caseras. Los anchos elementos han entrado de esta manera en el acceso del conocimiento desposeídos de misterio pero desenzualizados también. No se han incorporado al acervo humano por el amor, por esa atracción que sin aprehenderlos en la nitidez de su ser los va envolviendo, sin embargo, en apasionado contacto hasta quedar conglomerados en su totalidad, sino por sus episodios descriptibles.

Uno de los temas tópicos de los pintores del Renacimiento es la representación del amor cristiano y del amor profano. Este lo encarna siempre una mujer desnuda. ¿No es digna de meditación esta forma tan primaria de efigiar el sentimiento más antinatural, de elaboración más esforzada, aquél cuya espiritualidad en su ápice se desvanece en lo inefable? Hay dos maneras de entrañarse en el pulso del universo: una angélica, cenital; otra infernal, telúrica. El mundo griego se sintió siempre proclive a esta última, incapaz de superar las voces de la tierra. Heroicamente se hacía amarrar al tronco inmutable del canon, pero la

voz de las sirenas reblandecía sus piernas que se fundían rítmicas con el limo primigenio. En su mitología se advierte una incesante pugna bélica entre las divinidades chtónicas y las solares. Aun dentro de una misma personalidad, los dos aspectos se encarnizan motivando esas historias contradictorias que protagoniza el mismo dios. Las flechas de Apolo convertidas en larvas que enferman carne de guerreros. La divinidad con alas en los tobillos y serpientes en las manos. Y, sin embargo, ¡qué ansia de luz! ¡Qué gran esfuerzo patético por emerger las sombrías cabezas nucleadas y los pechos confusos del oscuro bloque telúrico!

Analizando la elaboración de las divinidades griegas, observaremos en todas ellas un primer germen subterráneo que, poco a poco, se va envolviendo de materia luminosa. Entre las cavernas volcánicas y las cimas del Olimpo hay una ruta familiar a los dioses. El eros griego se halla aposentado en este elemental fondo genésico. Se sustancializa con las cosas en lo que éstas tienen de telúrico, de fuerza de gravedad, de aptitudes subterráneas. Por eso, en la imaginería prexiteliana, a pesar de tener los miembros frágiles y los hombros alzados, un triste ensimismamiento bestial dobla su cabeza delicada y distrae su mirada. El eros griego aspira a llegar al corazón de cada ser no humanizándolo, sino fundiéndose con el unánime temblor semencial de la creación. Significa la fidelidad a la voz de la tierra, una misteriosa pero lúcida conciencia de elementalidad, el abandono a ese fuego central que provocó rítmicas galopadas de pezuñas de los semidioses ambiguos.

La más profunda explicación de este eros se advierte considerando que está adscrito al cortejo de Dyonisos. El dios que cabalga sobre panteras, embriagado, arrastra tras sí a todos los seres en un furor rítmico, cuyo temblor arranca de las raíces del universo. Sobre la piel frenética corre sangre de heridas, pues la muerte acompaña siempre a las leyes de la tierra. De las piernas bailadoras asciende un vaho que quiebra las pupilas. Al

culto chtónico se llega a través del ansia de los muertos. La pervivencia en el mundo helénico se asegura no por la inmortalidad, sino por el entrañamiento en el abismo de la muerte, por la participación en el eterno congelamiento e inanidad. Porque en este estadio cultural la muerte no tiene una simple significación negativa, sino que presenta valor de tránsito. Las muertes son episodios del proceso chtónico, a través de las cuales nuestra submisión en la tierra se va haciendo cada vez más profunda. Es el mismo temblor de la savia ascendente el que sacude a los cuerpos antes de derumbarse secos sobre las vocaciones telúricas. El mimo al cadáver es el respeto al ser misterioso que ha entrado en las vías de las germinaciones. El eros griego aspira a consustancializarse con las cosas a través de la muerte. Se solidariza con su capacidad de perecimiento, con el germen telúrico que hay en el corazón de cada ser. Por eso esa tristeza de flor tronchada que hay en esas obras eróticas y esos aledaños de bestialismo que circundan al complejo amoroso. No son criaturas de luz, sino monstruos de carne vegetal, conmovidos y solitarios como torrentes, con cuernos fragantes y ancha risa de fruta. Seres que en los crepúsculos se sumen en los bosques, unánimes a las formas casuales y abruptas de la tierra recrecida. Las estatuas enamoradas presentan esa melancolía de no poder transformar en pasión cenital, en pneuma, en alada materia esencial, esa pulpa de tierra que es su piel. Esta piel que se estira añorante del fragor germinativo del humus.

Pero no cedamos a la tentación de los vapores que nos sumen en nuestro delirio, en nuestro rítmico desfallecimiento. Ante nosotros tenemos la tarea de afrontar precisamente todo lo que es extraño a nosotros por su calidad de extrañeza. Vamos a incorporar la totalidad cósmica a nuestra intimidad por vía de amor. Por el camino de Jesucristo, que es verdad y vida. La fórmula del amor cristiano rectifica absolutamente el eros gentil. A la psiquis, con sus bellas y torpes alas de pétalos, sustituye el pneuma, más que aire, soplo, espiración por la boca de

Dios. Una palabra de Cristo da la clave de la nueva pedagogía: "Yo soy el camino." Es decir, entre las cosas —humanas y divinas— y la realidad hay un nexo, una ruta, que es Dios. La misión cristiana la cumplimos internándonos en los entes ajenos. Y cuanto mayor sea nuestro volumen de divinidad, más acopio de fenómenos extraños realizará nuestra intimidad. El deseo de extrañamiento, el anhelo de asimilación, esa afición por la incógnita que caracteriza a las almas próceres, es signo de gracia, participación en la tarea divina. Ese camino que me comunica con el ser ausente está fraguado en carne de Cristo. Y la única manera de consustancializarme con El es la de entrañarme en su atributo, en suma, convertirme en amor. La palabra de Cristo se consume al ser el amor lo que me relaciona con el mundo. Cuando este amor, para verterse sobre seres ajenos, se convierte en caridad. Después de esta trasmutación en cristicidad queda consolidada ya la unidad sustancial. Todo es capacidad amatoria, formas diversas de encarnación del mismo sentimiento. Pero la absoluta discriminación del amor y del eros exige que ese amor no sugiera contaminación con la cosa amada. Que el espíritu del hombre se filtre de aficiones materiales precisamente por el amor a la materia. Que se mantenga intacta la personalidad y la vocación ineludible y singular de cada ser. Para esto es preciso convertir el amor que en sí mismo nos llevaría a un fatal trueque de sustancias, en caridad. La caridad es el amor desde arriba, desde el espíritu del hombre. Se ama y se compadece. Nos conmovemos con los árboles fatigados por los vientos, y esta calidad nos libera de transfusiones telúricas. Y he aquí explicada la situación humana en la nueva religión. Desde el momento que el amor hacia los otros hombres es amor de caridad, surge la comunidad. El amor de caridad se afina en lo que en nosotros hay de solidario. Se realiza una conformidad de vocaciones que conglomerará a los tocados por este amor. Por esto las primeras voces apostólicas tienen una recepción coral.

Resuenan entre pórticos, son bisbiseadas en las tinieblas, pero siempre ante un haz de corazones unánimes. Son comunicadas por esos mensajeros con petasos y sandalias de leguas, que llevan cartas graves, con palabras como gotas de fuego que han de mantener alertas y puras las primeras comunidades. ¡Comunidades fundidas por el beso de paz y los manjares de simposios celestiales!

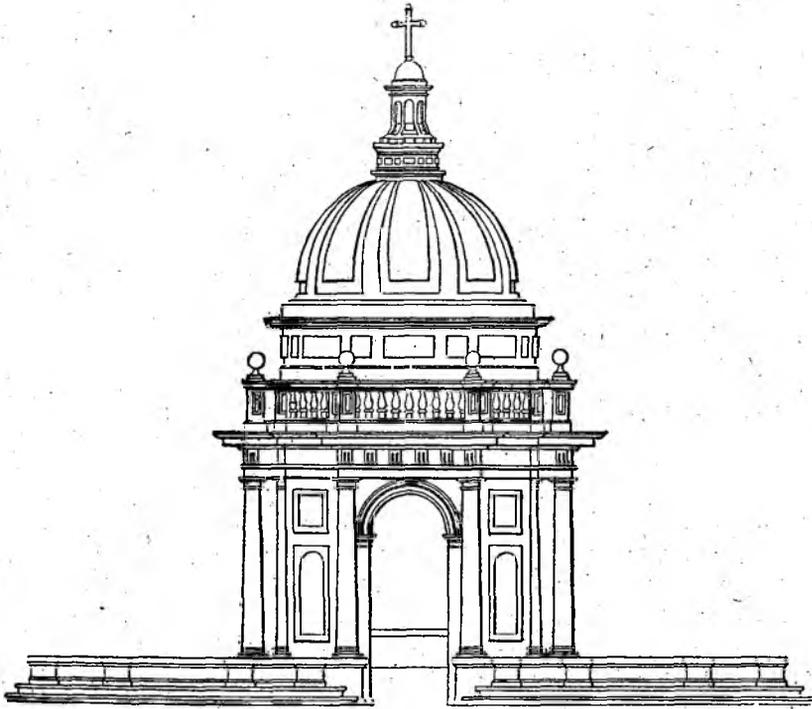
No es posible imaginar una comunidad sin prevenir un ámbito físico que la contenga. Y he aquí ya formada con esa sola exigencia la basílica cristiana. Las divinidades clásicas no presentan más relación con los hombres que su morfología antropomorfa y sus destinos tan análogos. Realizan entre sí sus olímpicas aventuras con la misma técnica de acción directa que los humanos. Es lógico que sus moradas sean también paralelas formalmente a las de los hombres. Por eso la *cella* tiene proporciones y estructura de habitación, con una sola exigencia radicante en la esencia de la religión pagana: la de su hermetismo. La puerta de acceso arquitrabada como la de las viviendas, y opaco el resto de las superficies murales. La columnata circundante, en lugar de flexibilizar, de hacer más porosa y receptiva la arquitectura exterior, la articula como entidad consustancialmente unida al edificio, resultando éste así más orgánico, perfecto y concluso. La absoluta artificiosidad del juego de masas y vacíos de los pórticos da a las creaciones arquitectónicas griegas un carácter autónomo y total. Realizan una síntesis cósmica de la mentalidad helénica. Ninguna formación artística menos naturalista que estos templos. El estilobato los secciona de toda contaminación telúrica. Las aristas de los fustes agreden las tentaciones de los aires cerúleos que los rodean. Las columnas como barrotes encierran la intimidad del monumento, su sentido esotérico, único y absoluto. Sobre el espinazo del tejado, la masa cenital se quiebra y distribuye sin posibilidad de pregnar la fá-

brica con su luz. Así el templo se levanta enterizo, perfilado, consciente de su integridad cósmica, de su destino total e insolidario. En cambio, el templo cristiano presenta como primera forzosidad su habitación para la comunidad. Esto condiciona su accesibilidad, su entrañamiento con las seducciones colectivas, su posibilidad de adaptación a las exigencias temporales de cada sentimentalidad.

El naturalismo de la religión cristiana se vió contradicho para los efectos estéticos por tres siglos de persecución que determinaron las modalidades estéticas y quizá sociales de la nueva religión. Las palabras de Cristo están batidas de aire libre y de anchas imágenes campesinas, de dulce emoción paisista y elemental. Los versículos bíblicos se elaboran con vides, con palmas, con higueras maldecidas, con trigos, con nocturnos olivos. Y tras ese espantoso mediodía que presenció la agonía de Dios, los discípulos se reunieron en sombríos interiores para recordar. “Y estando las puertas cerradas donde los discípulos se hallaban reunidos por miedo a los judíos” (San Juan, cap. 20, ver. 19). ¡Nostalgia de colinas redondeadas en las rutas de Jesús, de coloquios al borde de los lagos! Pero los ángeles pavorosos cruzan los espacios con racimos de nubes negras y furias silbantes. Para recibir el cuerpo de Cristo la tierra se ha abierto temblorosa en emulación de grietas. Y los discípulos, tras las puertas cerradas, sienten los relinchos de la tempestad rodar sobre las terrazas de Jerusalén y experimentan en sus agrios desconsuelos el primer atributo de la verdad: el de ser perseguida. Pero la presión de las palabras de Cristo asfixiaba aquellos pechos habituados a respirar durante tres años aire recio de nieves perpetuas. Y estas palabras prietas de bendiciones sobre el universo se resolvían en rutas de nuncios, en lenguas de fuego, en cayados, en frenesí de buscadores de pueblos y de corazones decepcionados y nostálgicos. El mundo marchito se siente rayado por un astro nuevo que transfigura

*

en luz hasta las bestias de la tierra: el amor. Y con el amor ha surgido, junto al Padre, el Hijo. Y con el Hijo el Hermano, nuestro hermano. El eros ha quedado transformado en caridad. Y es San Pablo el que ha lanzado esta caridad como programa vivo e inextinguible de la nueva humanidad.



Poesia

Sonetos y elegías, por Pedro Pérez-Clotet;
«Arcángel de mi noche», por Vicente Gaos;
*En un universo expansivo (Virginia Woolf:
sus labores)*, por A. Marichalar; *Jardines
de Kew*, por Virginia Woolf, trad. A. M.;
Vuelta a empezar (Cuento), por J. M. Sán-
chez-Silva.

SONETOS Y ELEGIAS

POR

PEDRO PEREZ-CLOTET

1

QUIERO tenerte aquí, siempre escondida,
tras la desnuda fronda del camino,
para sentir más hondo tu destino
de pulso audaz, al borde de la vida.

*Presa difícil, ay, pasión rendida,
entre avispada luz y ufano trino,
cómo amanecerá tu repentino
candor en el abril de cada herida.*

*Te quiero siempre aquí, disimulada,
como nube que ensancha el turbio río,
sin revelar su beso en la corriente;*

*te quiero siempre así, vuelo y morada;
quiero en las vanas aguas de mi brío
la oculta nieve henchida de tu frente.*

*Toda la noche en ti, su ardiente prisa
de estrella, nube, flor, cuando el estío;
toda la noche en ti, su acento frío,
cuando la nieve ordena su sonrisa.*

*Toda la noche, en vilo, en mansa piedra,
sobre tu esbelto tallo, ¡oh pobre techo,
teja de vana sombra, adusto lecho,
donde la luz más vívida se arredra!*

*Qué soledad de noches derramada
sobre una lenta vida, que amanece
ya en limitado cauce, y que se mece
sobre el poniente inmóvil de la nada.*

*Qué soledad de noches, desvalida
pulsación de caminos, tu madura
festividad, tu cántico y tu altura,
sobre azules montañas esculpida.*

*Y qué ciego tumulto de jardines,
que se enlazan a tréboles y ríos,
al dilatado campo, en arduos bríos
—truncados por el cielo— de confines*

*remotos, de alba y luces virginales,
parados en su pleno mediodía...
Pero el campo se fuga con su día,
las aguas, con sus tiernos manantiales.*

*Y quedas en tu edad, recién nacida,
techo de vida fiel y helado muro;
quedas en tu verdad de sueño oscuro
que a más honda pureza te convida.*

3

*Desde tu soledad, por agonía,
¿no ves en el camino de tu duelo
la constante presencia de mi anhelo,
como activa y urgente compañía?*

*¿No olvidas, en tu olvido, la porfía
de ese empeñado abismo de tu cielo?
¿No sentirás, si sientes mi desvelo,
si así mueres, tu estéril rebeldía?*

*Piensa que en el abismo puede alzarse
cualquier cima de luz inesperada,
donde el eco pretenda eternizarse;*

*que aun de la muerte en la febril caída
puede la sangre, al verse despeñada,
soñar la aurora nunca conseguida.*

4

*¡Oh torre, almena, helada pesadumbre
—tanta pompa en el pasmo de su herida—,
reposada en la airosa servidumbre
de una historia en paisaje florecida!*

*Qué extraño aliento anula tu cansado
fervor, que ni en soñar su silencioso
cielo se adiestra ya. Qué aire enlutado
roba el confín que labra tu reposo.*

*Tu soledad más pura y duradera
yace, tan alta, incierta y desangrada,
por más altiva, en triste primavera
de olivo y dura yedra renovada.*

*Cada humano verdor, fresco latido
que prolonga tu mítica memoria,
te hunde más en la sombra del olvido,
ceñido a su leyenda perentoria.*

*Silba el agudo viento, que amenaza
mármol, granito, cumbre de maleza;
cada sillar al viento se solaza,
perdido en su dogmática grandeza.*

*Tu dorada vejez, flor venturosa
de una dulce nostalgia, cuenta, ansía
su gloria en el ardor de cada rosa
que esmalta tu recóndita agonía.*

5

*Hoy te he visto llorar desconsolada
frente a tanto recuerdo... Qué ventura
tener cerca tu cielo que murmura,
y saberte a tu ausencia esclavizada.*

*Llora, sí, entre la múltiple y alada
voz que tiembla en la grávida espesura
de tanta soledad, donde madura
la frágil plenitud de tu alborada.*

*No dejes de llorar hasta la aurora,
que así en tu falsa voz, por mí, te quiero:
en la mentira fiel de mi montaña:*

*dura nube si el alba la enamora,
ruiseñores de nieve en el enero,
llanto de piedra y flor si el sol la baña.*

« ARCANGEL DE MI NOCHE »

POR
VICENTE GAOS

I

LA FORMA

“Verso libre, verso libre.
Librate, mejor, del verso,
cuando te esclavice.”

ANTONIO MACHADO.

*M*AS no, soneto, tú no me encadenas,
conduces mi pasión, riges mi anhelo,
cauce de mi hondo río en este suelo,
lecho feliz, mi vida entera ordenas.

*No me encadenas, me desencadenas,
órbita, estrella mía, libre cielo,
amor, errantes astros, sabio vuelo,
música de la sangre por las venas.*

*La luz, la luz... Delante está el camino,
por él iré hasta ti, por él espero
poder precipitarme en mi destino.*

*Oh vida recta y fiel, así te quiero.
Recta, fiel, estelar, fuego divino,
ciega flecha, universo verdadero.*

2

ARMONIA DEL MUNDO

*¿Quién dice que este mundo es miserable?
Ya nada sé del sufrimiento humano.
Instante hermoso y cruel, cielo en la mano,
infinito momento irrenunciable.*

*Deja que el ángel del deseo me hable
y no me hables del dolor, hermano.
¡Cuanto llamáis humano es ya tan vano
a la luz de esta hora inexpresable!*

*Dejadme, porque ya no aspiro a nada.
El mundo rueda fiel, gira seguro.
Arrebato de amor, hora exaltada.*

*El mundo ya no puede ser más puro.
No os entiendo ya, dicha alcanzada.
No, para mí este mundo no es oscuro.*

MI DEMONIO

*Recuerdo, sí, recuerdo que quisiste
hacerme tuyo, esclavizarme un día,
cambiar el sino de la estrella mía.
Recuerdo bien el daño que me hiciste.*

*Pero, Señor, tú te compadeciste
de verme ya en la noche oscura y fría,
y con tu sabia mano de armonía
a tu ordenado cielo me volviste.*

*Hubo un momento en que yací en tu sima,
demonio mío, breve noche oscura.
Tu poderosa mano sentí encima*

*de mí. Mas, oh, vencido tú, a qué pura
seguridad me levanté, a qué cima.
El mundo recobraba su hermosura.*

A UNA ADOLESCENTE ENTERRADA

*Ahora que en medio de esta paz reposas,
cuerpo de tierra, aurora detenida
cuando la juvenil luz de tu vida
aun había de arder en tantas cosas,*

*tu corazón se descompone en rosas,
pero en otra existencia prometida
tu sangre, luz que fluye sin medida,
encenderá otras noches más hermosas.*

*Ay, más hermosas que esta noche oscura
en que el mundo ha quedado convertido
para mi corazón, desde tu ausencia.*

*Pues yo del mundo toda la hermosura
en ti cifraba, en ti, que así has huído
—dejándome—, a tu eterna adolescencia.*

5

NOCHE DEL AMOR

*Ay, qué podré decirte, dulce amada,
joven virgen feliz, que no conoces
en un cielo cerrado, suaves roces,
el peso del amor, noche entregada.*

*Desde este corazón, isla olvidada
—oye del mar sus clamorosas voces—,
me elevaré hasta ti, que desconoces
la flecha que en lo oscuro está clavada.*

*Los cuerpos se revuelven, tan certeros
—guiados del amor—, como esos astros
que, arriba, sólo ven tus ojos puros.*

*Orbita de pasión y verdaderos,
resplandecientes e infalibles rastros...
Celestes nuestros cuerpos, aunque oscuros.*

6

INEXPRESABLE

«Sólo, el silencio y Dios cantan sin fin,»

ANTONIO MACHADO.

*Ya ni quiero decirte que te quiero.
Silencio del amor, noche entregada,
sí, tácita, inmortal noche estrellada,
mano de Dios y canto verdadero.*

*Aéreo silencio. Nada espero
poder decirte, porque el hombre nada
sabría expresar, mas queda, así, expresada,
con callar, la expresión de lo señero.*

*Voz del amor o voz de Dios. Nadie hable.
Oh, el infinito cántico del cielo,
solas palabras de lo indescifrable,*

*conseguida expresión para mi anhelo
de altitud o pasión, inexpresable
arrebato de amor, vertical vuelo.*

ARCANGEL MIO

*Oh, mírame sin ti, ciego Tobías,
vagando hacia la orilla que no veo,
orilla que no veo y en que creo.
Sí, tú eres el arcángel de mis días.*

*Con tus alas de luz ahora me guías.
Oh río luminoso del deseo.
Tras de las leves nubes te entreveo,
piadoso sol de mis mañanas frías.*

*Luz tuya, tuya... Pon tu suave mano
sobre mi pobre frente de tinieblas.
¿De qué mundo este roce soberano?*

*No, no estoy solo. Dame, oh Dios, que puebla
de tantos astros el espacio arcano,
solamente esta luz para mis nieblas.*

MI CREACION .

*Ay, ambiciosa lengua que quisiste
dar luz, con tu palabra creadora,
a la entraña del mundo abrasadora.
Ay, qué poco, qué poco conseguiste.*

*Quisiste darle luz, sólo le diste
leve penumbra que Tu luz ignora.
Oh mundo no alcanzado y pobre aurora,
y empeño en que, tenaz, te destruiste.*

*Cosa imposible fué rebelión mía,
intento de negar a Dios y al mundo,
relámpago infeliz, ángel caído.*

*Yo no sabía, no, yo no sabía
que sólo Tú, con tu callar profundo,
dabas al universo su sentido.*

EN UN UNIVERSO EXPANSIVO

(VIRGINIA WOOLF: SUS LABORES)

POR

ANTONIO MARICHALAR

UN biógrafo de Virginia Woolf concluía su semblanza destacando estas palabras que escribió ella misma y que justifican el carácter impresionista de su ensayismo literario: las novelas de hoy día —y se refiere naturalmente a las suyas— no son ni siquiera libros; son simples cuadernos de notas. Otros las utilizarán para escribir las obras maestras del día de mañana.

No olvide, pues, quien haya leído a Virginia Woolf esto que a ella misma no le pasó inadvertido, y en donde evidentemente radica todo su patetismo. Hoy, que tanto se habla de una “vuelta a las cosas”, de una “vuelta a los hechos”, ante el temor de las rutas falaces a que conduce, muchas veces, la pura teoría, conviene tener esto presente: la vida ofrece una compensación en esta naturaleza imperturbable que se da por igual al feliz como al infortunado, mas no por eso deja de ser un recurso en caso semejante, un asidero a la fatiga producida por tanta decepción como aportan las ideas confusas. Pero interesa no caer en otra maraña: nada hay más peligroso, en este sentido, que la naturaleza si trae consigo la amenaza de su panteísmo adormecedor, o la resignación estoica, ya que ésta no es, en rigor, sino una mínima teoría.

Virginia Woolf era hija de Leslie Stephen, y él le transmitió, sin duda, un concepto ético, estético y positivista del mundo: El individuo no es, ni para un espíritu insular como el suyo, unidad aislada, sino un "tejido social" al que no se puede conocer más que identificándose a él. Con esta teoría runroneándole en torno, Virginia Woolf se puso, desde niña, a tejer laboriosamente la trama real de sus mejores sueños, y así fué tendiendo la red, tenue, pero consistente, en cuya trabazón se mantendría su alma británica.

No es maravilla que al primer estremecimiento de un cielo —ya hecho previamente añicos por su impresionismo puntillista— Virginia Woolf se pusiera a temblar y enloqueciese. Dicen que fué al principio de la guerra: el primer bombardero desconectó, con su zumbido, su sistema nervioso. Y Virginia Woolf, la razón perdida, huyó hasta anegarse en el agua más próxima, y aun dicen que se ahogó por entre los lirios y las tuberosas no quedando de ella ni el nenúfar de su aliento último.

Como la dulce hermana de Laertes, también Virginia Woolf pereció entre las ramas sumergidas. Sostenida algún tiempo por los brazos de las flores o los abullonados del vestido, hubo al fin de ceder y ser Ofelia la que había estado a punto de convertirse, como Dafne, en frondosa naturaleza. Esta inglesa, de cabello partido y perfil pre-rafaelista se suicidó sin querer, como aquel personaje de una novela suya —*Mrs. Dalloway*—, víctima de la manía fija que determinó en él la anterior guerra. En Virginia Woolf, que describió, de modo tan ingenuo, alfos y rododendros, apuntaba, no obstante, entre brumas y aromas, alguna prefigura suya. Todo, en su obra, delataba ese pánico nacido del panteísmo que hierve en la selva. En la misma novela, Clarissa siente el rumor íntimo de un tumultuoso rebrilleo de flora tropical y huracanada, y a veces hasta "un monstruo, una fiera, rebullir en ella y en su alma, en el fondo de ese bosque abarro-

tado de hojas, garras hincándose y el rumor de ramajes que se quiebran”.

La técnica impresionista de su procedimiento literario acusa esa férvida desintegración de un estado desesperadamente agónico, pero que se recubre todavía con las más irisadas galas de esplendor, en el que apunta ya un conato de fermentación, dentro del embriagador bordoneo.

Siempre me he representado a Virginia Woolf como esa figura de la primavera que nos pintan soplando en sus dedos delicados un vilano que esparce al viento. Al primer golpe de cierzo se ha pulverizado ella misma también, sin dejar huella.

Se había nutrido, esta Arakné laboriosa, de eso que es en Bergson un interminable fluir fin de siglo y del divisionismo de Proust; y ella, mujer, consiguió diluir tal universo expansivo. Eddintong hubo de dar la fórmula, y hasta algún novelista eslavo la pólvora. Mas hasta que pegó la guerra un día su manotazo, toda esta tela sutilísima se mantuvo en vilo.

Para entonces, Virginia Woolf se había dejado ir. Y aun, de tanto hilar, se le había ido el hilo. Sus últimos ensayos denotaban un delirio extremado, un tremebundo azoramiento. Desvariaba en sus últimas afirmaciones, queriendo asirse a panaceas —no en todos tan ingenuas como en ella— y por no hacerle frente a la verdad, se evadía deshojando ella misma su propia textura. La vimos perdidiza y sin la fe bastante a encontrar una salvación verdadera. Y se fué, tenue mariposa, dejando únicamente el polvillo de su pavor trémulo. Como el confeti en su *Orlando*, como la espuma de su ida *Al faro*, como la pompa de jabón que fué su obra toda, deslustrada e inaprehensible, su propia personalidad se atomizó en fuerza de ser literalmente femenina. Se disgregó en el aire por faltarle esa otra entefeza, también propia de la mujer, pero contraria al feminismo.

M. Turnell, comentando un libro de ensayos póstumos de Virginia Woolf, observa que esta autora cayó en el vicio que

achacaba ella misma a otros autores, y no hizo sino repetirse desde una cierta fecha; así, el declinar de su talento empieza con la publicación de *Orlando*, en 1928; *The Waves* es ya un índice de sus deficiencias; *The Years* resulta ilegible, y *Between the Acts* ilustra la desintegración de su talento. Y conste que este juicio es de un ferviente admirador de *The Common Reader*...

No era este crítico el único en advertir esa desviación, ni en desviarse, a su vez, de las últimas publicaciones de esta escritora. Entre tanto, ella vagaba ya sin tino. Virginia Woolf, la que, en las portadas de sus libros, divulgó aquel lobo feroz, del cual iba a ser ella triste Caperucita, era, más y mejor que autor, personaje de novela. Y pudo servir, como sirvió su padre, de modelo a la paleta de un Wats o a la ficción de un Meredith. Traía, ingénita, una frágil imprecisión, una miopía espiritual que, a la primera alarma, iba a precipitar su propia corrupción entre encharcados cañizos. Como en los lienzos de Odilon Redon, en sus páginas vagan fugaces fosfenos: relumbres fatuos que iluminan el tejido sin trama del sueño de una noche de verano.

Virginia Woolf, la razón perdida, nos hizo pensar siempre en esa desasida razón que se obstina en perder, a su vez, a cuantos en ella se obcecan. "Si el loco perseverase en su delirio daría con la cordura al fin", escribió un demente genial: William Blake. "Aquel que persevera en su razonamiento, enloquece", parece haberle contestado Chesterton, enemigo de la razón pura. En tanto, Virginia Woolf pegaba en los cristales, buscando una salida, y sólo conseguía fascinar con las flores que produjeron sus revuelos en el cristal empañado. La abeja laboriosa andaba alucinada; su sombra era luz a través de la niebla.

Quiso ir a las cosas, pero las cosas la perdieron en la maravillosa expansión de su falaz panteísmo. Cuídese, el que lea entre sus líneas, de la seguridad que ofrecen los hechos; el estoicismo es, por pagano, un recurso para apoltronarse entre dos orejas que ciegan perspectiva. No hay panteísmo que no lleve al trá-

game agua o al trágame tierra. Alerta, pues, con los sustitativos. Cuidado con las vueltas. Una vuelta a la naturaleza conduce, muchas veces, al regazo gazmoño de Madame de Warrens. Y la fatiga a formas que parecen sublimes y son mera ñoñez colectiva. No basta aborrecer de las doctrinas y precaverse contra las teorías: “La metafísica es el arte de despistarse metódicamente”, decía Michelet, y él se dejó ir, en el terreno del historiador, a las más personales teorías. No basta pedir hechos. Pidiéndolos, el Positivismo se hartó también de delirar: hable Compte y sus lucubraciones pseudo-místicas.

No olvidemos que es, hoy, un filósofo de la angustia quien con mayor urgencia pide la vuelta a las cosas. La vuelta al hombre no ha podido, por sí, hacer pie en éste, al fin barro move-dizo. Y he aquí, de nuevo, al puro metafísico sumido en palúdico romanticismo.

Bien está, bien, la vuelta a las cosas; a ellas hay que volver, mas con la precaución de que no se nos vuelvan. La mera realidad —si no es revelada— no pasa de ceniza; pero lo más engañoso en ella es que, a veces, está aún tibia.

JARDINES DE KEW

POR

VIRGINIA WOOLF

DEL macizo ovalado de flores irrumpía un buen centenar de tallos que se abrían en hojas diversas, en forma de corazón las unas o en forma de lenguas otras, haciéndose al extremo otros tantos pétalos rojos, azules o amarillos, con la superficie moteada de color; y de aquella penumbra —roja, azul o amarilla— de su garganta, emergía una vara erguida y áspera de polen dorado, que terminaba en una pequeña cachiporra. Eran los pétalos bastante voluminosos para que la brisa del verano acertase a mecerlos, y entonces las luces —rojas, azules o amarillas— pasaban, una sobre otra, tiñendo buena parte de la tierra oscura con manchas de abigarrado color. Caía la luz, bien sobre la pulida superficie gris de algún canto rodado, bien sobre la concha veteada de un caracol, o bien, si caía dentro de una gota de lluvia, empezaba a expandir, con tal intensidad de azul, de rojo o de amarillo, los tenues muros del agua, que se veía a punto de estallar y desaparecer del todo. Pero la gota permanecía, un segundo, en aquel gris plateado, y la luz iba acomodándose sobre la carne de alguna hoja, revelando todas las ramificaciones de la

fibra bajo la superficie, y seguía de nuevo su camino, extendiendo la iluminación en amplios espacios verdes, bajo la cúpula que formaba aquella hoja semejante a una lengua o a un corazón. La brisa se agitó, entonces, más vivamente por encima, y el color vino a proyectarse en el aire y en los ojos de los hombres y de las mujeres que paseaban —durante aquel mes de julio— por los Jardines de Kew.

Las figuras de esos hombres y de esas mujeres deambulaban haciendo un movimiento curiosamente irregular: no muy distinto del de las mariposas, blancas y azules, que de macizo en macizo, cruzaban zigzagueando la verde pradera. El hombre iba como unos seis pasos delante de la mujer, y paseaba con aire indiferente, mientras ella seguía más decidida, volviendo tan sólo la cabeza, de vez en cuando, para cerciorarse de que los niños no se quedaban demasiado atrás. El hombre mantenía de intento esa distancia con la mujer, aunque inconscientemente quizá, ya que deseaba seguir absorto en sus pensamientos.

“Hace quince años vine aquí con Lily —pensaba—. Nos sentamos en un sitio, por ahí, cerca del lago, y pasé toda aquella tarde, calurosa, suplicándole que se casara conmigo. ¡Cómo volaban las libélulas en torno nuestro! Qué claramente veo la libélula y la hebilla cuadrada de plata en la punta de su zapato. Y mi amor, mi deseo fijo en la libélula; había alguna razón para que yo pensase que si se posaba allí, en esa hoja —en aquella tan ancha y con una flor encarnada en el centro—, que si la libélula, digo, se posaba allí sobre la hoja, ella había de decirme que sí al instante. Pero la libélula no hacía sino dar vueltas y no se posaba nunca en parte alguna —¡claro que no, y afortunadamente que no, pues de otro modo no estaría yo, ahora, aquí, paseando con Leonor y con los niños!—. ¿Dime, Leonor, piensas alguna vez en el pasado?

—¿Por qué me lo preguntas, Simón?

—Porque yo he estado pensando en el pasado. He estado

pensando en Lily, la mujer con la cual hubiera podido casarme...
¿Por qué callas? ¿Te importa a ti que yo piense en el pasado?

—¿Y por qué había de importarme, Simón? ¿No piensa uno acaso siempre en el pasado todas las veces que se va por un jardín en el que hay hombres y mujeres tendidos bajo los árboles? ¿No son, acaso, el propio pasado de uno mismo y todo lo que queda de él, esos hombres y esas mujeres, esas sombras tendidas bajo los árboles?... ¿No son nuestra felicidad? ¿No son la realidad nuestra?

—Para mí, una hebilla cuadrada de plata y una libélula...

—Para mí, un beso. Imagínate seis niñas, hace veinte años, sentadas delante de sus caballetes, junto a un lago, pintando los nenúfares: los primeros nenúfares rojos que vi en mi vida. Y, de súbito, un beso, aquí en mi cuello. Tanto tembló mi mano ya, toda la tarde, que no pude pintar más. Saqué mi reloj y quise detener la hora en la cual pudiera pensar, siquiera cinco minutos, en ese beso tan precioso: el beso de una anciana de pelo gris que tenía una verruga en la nariz, la madre de todos los besos de mi vida. Vamos; ven Carolina, ven Humberto.”

Rebasaron el macizo de flores; iban, ahora, los cuatro juntos y, bien pronto, se perdieron entre los árboles, pareciendo casi transparentes al ser anegados por la luz y la sombra que cubría sus espaldas con trémulas manchas de forma irregular.

En el macizo ovalado de flores, aquel caracol cuya concha se había teñido de rojo, de azul y de amarillo durante dos minutos o cosa así, parecía, ahora, como moviéndose levemente en su concha, y entonces daba comienzo su tarea sobre los terrones de esa tierra menuda que se deshacía y rodaba cuando él pasaba por encima. Diríase que tenía una metá definida delante de él; y era bien distinto, en este respecto, de aquel insecto verde y angular, raro y zancudo, que trataba de cruzar frente a él, deteniéndose un segundo, con la antena trémula, cual si estuviera sumido en honda deliberación y que, de pronto, se lanzaba del lado opuesto de un

modo rápido y extraño. Pero, antes de alcanzar su meta, entre tallo y tallo, había de salvar el caracol laderas oscuras que tenían profundos lagos verdes en sus concavidades, árboles, planos como espadas, que se mecían desde la raíz hasta el extremo, rocas redondas de piedra gris, amplias superficies rugosas de una tenue y crujiente contextura. Mas había decidido si tenía que circunvalar el toldo arqueado de una hoja muerta, o bien arremeter contra ella, cuando delante del macizo hubieron de pasar los pies de otros seres humanos.

Esta vez se trataba de dos hombres. El más joven de los dos traía una expresión de tranquilidad que acaso era artificial; levantó sus ojos y los fijó muy detenidamente ante él, en tanto que su compañero hablaba; y tan pronto como terminó de hablar su compañero, miró de nuevo al suelo, y así estuvo abriendo a veces sus labios tras una larga pausa, y otras veces permaneció sin abrirlos en absoluto. El mayor de esos dos hombres tenía un modo de andar curiosamente desigual y tembloroso, manoteando y echando atrás la cabeza bruscamente, algo así como un caballo enganchado, que se impacienta de tanto esperar delante de una casa; pero en el hombre, esos gestos eran muestra de pura irresolución: baldíos. Hablaba casi incesantemente; se sonreía a sí mismo, y empezaba a hablar de nuevo, como si esa sonrisa hubiese sido ya una respuesta. Hablaba acerca de los espíritus: los espíritus de los muertos, los cuales, según él, seguían, incluso en ese momento, revelándole toda suerte de cosas extrañas sobre sus experiencias en los cielos.

“El cielo fué conocido de los antiguos con el nombre de Tesalia, Guillermo; y ahora, con esta guerra, la materia espiritual rueda entre las colinas como rueda el trueno.” Hizo una pausa; pareció escuchar, sonrió, agitó una mano y continuó hablando:

“Tienes una pequeña batería eléctrica y un trozo de goma para insular, mejor dicho, para aislar, bueno para insular —vamos a dejar los detalles, no merece la pena de entrar en ellos

si no han de ser comprendidos— y, en resumen, la maquineta está en una postura adecuada a la cabecera de la cama, digamos en una mesa de caoba a propósito. Una vez que todo está debidamente terminado por los obreros bajo mi dirección, la viuda aplica su oído y conmina al espíritu con la señal convenida. ¡Mujeres! ¡Viudas! ¡Mujeres enlutadas...!”

Diríase que en este momento, vislumbró, a distancia, el vestido de una mujer que, en la sombra, parecía de un negro amorado. Se quitó el sombrero, llevándose la mano al corazón, se apresuró hacia ella susurrando y gesticulando febrilmente. Pero Guillermo le tiró de la manga y apuntó a una flor con la contra de su bastón, a fin de llamar la atención del anciano. Después de mirarla durante breves instantes, y con cierta confusión, el anciano acercó el oído a ella, y como si respondiera a una voz que desde allí le hablase, comenzó a describir bosques del Uruguay, que había visitado cientos de años antes en compañía de la más bella mujer de Europa. Se le hubiera podido oír susurrar acerca de los bosques del Uruguay, ensabanados con los cerúleos pétalos de rosas tropicales, ruiseñores, playas, sirenas y mujeres ahogadas en el mar, mientras se iba dejando dar empujones por Guillermo, en cuyo rostro la expresión de estoica paciencia se iba haciendo cada vez más profunda.

Siguiendo sus pasos tan de cerca que acaso podían estar conturbadas por aquella gesticulación, venían dos ancianas de la clase media más modesta; una de ellas alta y solemne, la otra pizpireta y de mejillas sonrosadas. Como la mayoría de las gentes de su clase, eran muy sensibles a la fascinación de cuantos signos de excentricidad advirtieran, sintomáticos de una mente alterada, tanto más si provenían de personas principales; pero se hallaban demasiado lejos para discernir si los gestos eran simplemente excéntricos o bien de un loco francamente. Después de haber observado durante unos momentos, y en silencio, la espalda del anciano, apresuraron el paso enérgicamente y,

mirándose de reojo, trataron de ordenar aquel complicado diálogo que llegaba hasta ellas:

—Nell, Bert, Lot, Cess, Phil, Pa, dice, digo, dice ella, digo, digo yo, etc.

—Mi Bert, Sis, Bill, Abuela, el viejo, azúcar,

Azúcar, harina, arenques, verduras.

Azúcar, azúcar, azúcar.”

La mujer más voluminosa miró —al través de ese mosaico de palabras que caían sobre las flores frescas, firmes y erguidas, en la tierra— con extraña expresión. Las miró como mira un durmiente que, al despertar de un sueño profundo, viera un candelabro de cobre, reflejando la luz de un modo insólito, y que cerrando y abriendo los ojos luego y sin dejar de ver el candelabro, de nuevo despierta al fin, por último y del todo, y fija su atención ya con toda su fuerza en el candelabro. Así la mujer voluminosa se detuvo frente al macizo ovalado y dejó de escuchar lo que estaba diciendo la otra. Se quedó, ahí, parada, dejando que las palabras sólo cayeran sobre ella, y basculando luego hacia atrás la parte alta de su cuerpo, y después lentamente hacia delante, estuvo contemplando las flores. Al fin propuso que deberían de buscar un sitio apropiado para sentarse y tomar el té.

El caracol, entre tanto, había llegado a considerar todos los métodos posiblemente propicios para alcanzar su meta y no hacer, empero, la circunvalación de la hoja muerta, ni pasar por encima de ella. Sin contar con el esfuerzo necesario para superar la hoja, le asaltaba la duda de si aquella débil contextura que vibraba con tan alarmante crujido cuando no hacía sino acercarle las puntas de sus cuernos, sería capaz de resistir todo su peso de caracol; y esto le determinaba finalmente a deslizarse por debajo, pues que había un punto por donde la hoja se alabeaba desde el

suelo lo suficiente para darle entrada. Acababa de insertar la cabeza en la abertura y estaba considerando el alto techo oscuro y acostumbrándose a la luz fresca y tenebrosa, cuando otras dos personas vinieron a pasar más allá de la hierba. Esta vez eran jóvenes ambas: un muchacho y una muchacha. Estaban los dos en la primera mocedad, o mejor aún, en ese tempero que precede a la primera mocedad: ese tiempo previo a aquel en el cual el capullo terso y rosa de la flor rompe su estuche engomado y las alas de las mariposas crecidas ya, permanecen, no obstante, inmóviles al sol.

“—Suerte que no sea viernes —observó él—.

—¿Por qué? ¿Crees en la suerte?

—Los viernes te obligan a pagar seis peniques.

—¿Qué son seis peniques? ¿No vale esto seis peniques?

—¿Esto? ¿Qué es a lo que llamas esto?

—Nada; ya sabes lo que quiero decir.”

Tras cada una de esas frases, emitidas por voces monótonas y desentonadas, venían largas pausas. La pareja permaneció al borde del macizo, y juntos apretaron la contera del quitasol dentro de la tierra blanda. La acción y el hecho de que la mano de él se apoyase encima de la de ella expresaba sus sentimientos de un modo peculiar, y esas breves, insignificantes palabras expresaban algo también: palabras eran con alas harto breves para un cuerpo tan denso de sentido, impropias de llevarlas lejos, y por eso se posaban así, torpemente, sobre los objetos más vulgares en torno, y en los cuales su tacto inexperto resultaba tan tosco; pero ¡quién sabe —pensaban, en tanto que el quitasol se adentraba en la tierra— qué abismos no llevaban ellos ocultos en sí mismos y qué pendientes de hielo habrían de brillar al sol del otro lado! ¿Quién sabe? ¿Quién lo habrá visto antes? Y en tanto que él se preguntaba qué clase de té le darían a uno en Kew, presintió que había algo detrás de aquellas palabras de ella, que permanecían allí, así, erguidas y firmes; y la neblina se alzaba

suavemente y descubría, ¿qué formas serían esas?, unas pequeñas mesas blancas y unas camareras, que, de hito en hito, la miraban a ella fijamente y después a él; y habría una cuenta que pagaría él con una moneda contante y sonante de dos chelines, y esto sería real, completamente real, se dijo a sí mismo, manoseando la moneda en su bolsillo, real para todo el mundo, excepto para él y para ella; pero hasta a él empezó a parecerle real; y entonces... mas era demasiado turbador todo esto para quedarse pensando en ello durante más tiempo, y sacando, de un tirón, el quitasol de la tierra sintió impaciencia por encontrar el sitio donde habrían de tomarse el té y tomarlo con otra gente, como hace la gente.

“—Vámonos, Trissie; ya es hora de que tomemos el té.

—¿Pero, dónde se puede tomar el té? —preguntó con un trémolo en la voz, mirando vagamente en torno y dejándose llevar por el sendero de césped, renqueando el quitasol y volviendo la cabeza a un lado y a otro, hasta olvidarse del té y aun deseando irse sin más, recordando las orquídeas y los geráneos entre las flores silvestres, una pagoda china y un pájaro con cresta carmesí. Pero él la obligaba a seguir.

Y así, una pareja tras otra, haciendo los mismos movimientos irregulares y sin propósito, pasaban más allá del macizo y eran envueltos por sucesivas capas de vapor verde azulado, en el cual sus cuerpos tenían en un principio sustancia y una pincelada de color; pero poco después la sustancia y el color se disolvían en la atmósfera verde azulada. ¡Qué calor hacía! Tanto calor que hasta los zarzales preferían andar a saltos como los pájaros mecánicos, a la sombra de las flores, haciendo largas pausas entre cada movimiento, y las blancas mariposas, en vez de volar sin rumbo, bailaban una sobre otra formando con sus albas escamas oscilantes el contorno como de una columna de mármol truncada por encima de las más altas flores; los tejados de vidrio del invernadero brillaban cual si un conjunto inmenso de ruti-

lantes sombrillas verdes se hubiesen abierto al sol y en el zumbido del aeroplano, la voz del cielo estival, murmuraba su alma fiera. Amarillo y negro, rosa y blanco de nieve; formas de todos esos colores, hombres, mujeres y niños, se vislumbraban, durante un segundo, en el horizonte, y entonces, al ver la capa amarilla que yacía sobre el verde, vacilaban acabando por buscar la sombra bajo los árboles, y disolviéndose todo como gotas de agua en lo amarillo y verde de la atmósfera, moteándolo todo levemente de rojo y azul. Parecía como si todos los cuerpos toscos y pesados se hubiesen hundido en el calor inmóvil y permaneciesen acurrucados, pero sus voces se desprendían de ellos cual llamas quietas sobre los gruesos rollos de cera de las velas. Voces. Voces, sí. Voces sin palabras, rompían el silencio, de súbito, con honda satisfacción, con pasión de deseo, y —en las voces de los niños— con fragancia de sorpresa. Rompían el silencio. Pero, en rigor, no había silencio; durante todo este tiempo el motor de los autobuses hacía girar sus ruedas y cambiaban sus velocidades. Como un inmenso nido de cajas chinas, cinceladas, de acero, que girasen incesantemente unas dentro de otras, así murmuraba la ciudad; y por encima de todo ello las voces gritaban estentóreas y los pétalos de miriadas de flores regaban de color el aire.

Trad. A. M.

1919 (de: *Monday or Tuesday*, 1921).

VUELTA A EMPEZAR

(CUENTO)

POR

J. M. SANCHEZ-SILVA

I

«**M**ARGA, querida, nunca te he hablado gravemente. No hubiera sabido. Y, para una vez que he de hacerlo, ya ves, tampoco puedo y tengo que recurrir a este deplorable procedimiento de las cartas, tan limitado, tan estúpido, tan dramático.

Tú bien conoces mi resistencia a creer en el drama. Me parece una creación puramente humana. Sin embargo, a veces las cosas, que no quieren dejar escapar su última posibilidad de aparentar una importancia de que carecen, saben revestirse de un terrible dramatismo.

Hace mucho tiempo que nuestras cosas, Marga, llamémoslas así, van por camino distinto de aquél que nos propusimos ingenuamente hacerles aceptar. Quizá tú, con esa bondad femenina que tan a menudo subsiste merced a la piedad del disimulo, no hayas deseado darte cuenta; pero, en el fondo, en

ese fondo que pocas veces nos atrevemos a afrontar, reconoces que no somos felices. Ha pesado mucho sobre nosotros la terrible fe insegura propia de la juventud. Tal vez hayamos creído ambos en algo que no existía; tal vez hayamos creído demasiado poco en algo que existía excesivamente. No sé. Pero tu vida precisa de un ritmo que yo no puedo darle. Hay algo detenido en ti que detiene extrañamente todo cuanto te circunda. Te gusta el recuerdo, te adormece la añoranza; vives, querida, un poco hacia atrás.

Cuando nos casamos, seguramente nos conocíamos infinitamente menos que a muchas de las personas indiferentes que nos rodeaban. En seguida empezaste a relacionar todo lo nuestro con lo otro, con lo de tus antepasados y los tiempos de tus antepasados. Cuando nos nació Pape yo le vi ingresar en el vago cuadro familiar como a una persona intrascendente, de la cual se nos ha hablado mucho y no siempre con oportunidad. Pero no se trata ahora de hilvanar un dudoso tejido de desafinidades. Se trata, Marga, de que los cinco años que llevamos juntos parecen habernos desatado definitivamente. Se trata, sobre todo, de que yo te he estado engañando de un modo miserablemente persistente durante un año sin saber recoger de mí la hombría que me restaba para decírtelo a tiempo. Ahora ya no me queda otro recurso que, semejante a esta confidencia tardía, situarme tan lejos de ti y de mí antiguo yo como en realidad he creído estarlo siempre.

No temo, afortunadamente, el efecto que en ti produzca esta carta, y por eso he acudido a su expediente. Conozco de sobra esa silenciosa y aisladora virtud del *ralenti* que descompone los hechos en sus infinitos elementos y otorga como recompensa un sufrimiento fragmentario; pero te deseo suerte con tu familia hasta convencerla de que lo que ella designará con el estrepitoso nombre de "horrible escándalo" apenas afecta a otro que a mí. Tampoco, por fortuna, me acucia otra clase de problemas.

Pape será feliz contigo y crecerá adosado a ti plácida y tibiamente como ciertas plantas acuáticas crecen junto a determinadas murallas venerables. Estoy seguro de que pronto será una de esas cosas que luego han de llamarse personas respetables. La situación no ofrece resquicio por donde la verdadera desgracia penetre. Pape es rico por ti y por mí, y sobre todo por mi padre, que lo benefició al morir por su primogenitura.

Nada más, Marga. Creo que te favorezco antes que perjudicarte. Mi *tempo* golpeaba con demasiada frecuencia tu impasibilidad; ahora podrás escuchar mejor las voces arcaicas de tu corazón y el pobre Pape aprenderá sin obstáculos la arenga que tu bisabuelo pronunció en la batalla de los Castillejos. Tu madre y tus hermanas serán evidentemente felices, y en nuestra enorme casa oscura podrá oírse con prodigiosa nitidez el innumerable tictac de los relojes. Procuraré rehacer mi vida en otro clima más apropiado y extraer de mí las partículas aun salvables. Perdóname todo el mal que te haya hecho y procura olvidarme o, al menos, incluirme para siempre en el inmenso mundo placentero que para ti forman exclusivamente los recuerdos.”

Una extraordinaria fatiga le descendía por los hombros. Las manos llegaron a pesarle desacostumbradamente. Hizo un esfuerzo mucho menor de lo que pensaba, sin embargo, y cerró la carta. Una carta. Quién le iba a decir a él que tendría que recurrir a semejante procedimiento para resolver este asunto. Así le había salido, toda ella bañada de un falso sarcasmo repulsivo. En fin, estaba hecho, y si difícil resultaba escribir una, mucho más lo sería intentar ahora una segunda.

En el estudio se estaba bien porque era todavía temprano. Luego el sol comenzaría a desplomarse sobre la claraboya de grandes vidrios azulados y, hacia el mediodía, a pesar de la lona, los botes de pintura empezaban a reblandecer sus viejas costras multicolores. Una cierta angustia poblaba invisiblemente aquel

rectángulo deshabitado. No pisaba en él desde hacía años. Realmente, salvo la estufa, el sofá y las dos o tres sillas polvorientas, nada hacía bulto; los caballetes reposaban en desenfadada postura apoyados contra la pared, y las tres o cuatro telas colgadas parecían más bien haber nacido allí espontáneamente.

Ignacio se puso en pie y volvió uno de los cuadros amontonados en el suelo. Comenzado apenas, el retrato de Marga con Pape sobre las rodillas —un Pape casi desconocido, mofletudo e inexpresivo como una enorme naranja— se había quedado en ese momento justo en que el cuadro se nos revela imposible. No obstante, estaban bien claras las huellas diferentes, distanciadas, repetidas, de una voluntad en lucha quizá contra el sentimiento. Ni una sola vez pudo el pintor privar a la *pose* de Marga de aquella vaga expresividad de modelo profesional o, siquiera, de persona muchas veces retratada. Los ojos, como siempre, anunciaban una calma infinita, casi mineral; esa calma eterna de que solemos revestir la iconografía religiosa. Es algo así como la seguridad que irradian algunas personas de haber vivido, de haber estado siempre ahí presentes con su mirada sin sorpresa, con su sonrisa imperturbable, con sus manos descansando infatigablemente en un punto incommovible. Los labios de Marga eran llenos y los del niño delgados como los de él mismo, pero ni unos ni otros justificaban aquel tono candente apoyado en extremo.

Ignacio dejó el cuadro en su sitio, tomó el sombrero y salió del estudio. Según iba bajando la escalera, sentía cómo los pulmones funcionaban más libremente y sus miembros recobraban la gozosa elasticidad que sucede al anquilosamiento imaginario. Por la calle fué mirando a la gente con su antiguo y simpático descaro de hombre sin prejuicios. La mañana era radiante, de todos modos, y resultaba imposible dejar de reprochar a cuantas muchachas se cruzaban el hecho de que no fuesen vestidas de color de rosa. En las mañanas estivales suele agradecerse ese

color, precisamente en las mujeres que pasan, porque sólo aquellas que lo resisten graciosamente nos parecen dignas como flores de que nuestros ojos se pierdan un instante tras de ellas.

Repentinamente, Ignacio recordó la carta que llevaba en el bolsillo y la echó en el buzón más próximo.

Aquello había empezado tontamente. Ella —Bel, condenada costumbre de reducir los nombres— leía en la playa. Hay una curiosidad que sólo muy difícilmente resulta infligible a los demás. Ignacio había hecho innumerables esfuerzos, en días sucesivos, por alcanzar el título del libro. La muchacha así, desde lejos, tumbada boca abajo sobre la arena, apenas hubiera podido distinguirse al principio de las incontables muchachas de la playa. Por fin, después de infructuosos paseos, cada vez más próximos, Ignacio logró leer lo que deseaba, y sintió esa alegría característica que nos invade cuando descubrimos que alguien lee con atención uno de los libros que nos merecen mejor recuerdo. Casi, eso había sido todo. Luego, detrás del libro se inclinaba una cabeza dorada, unos ojos obstinadamente verdes, una deliciosa boca fruncida cuyos dientes mordían, de vez en cuando, intensamente, la piel tirante de los labios.

Ignacio vivía entonces el instante más doloroso de su derrota. Marga hacía ganchillo bajo el toldo y Pape se arrastraba como un pequeño molusco sonrosado sobre la arena. Ella era completamente feliz. El, desde muy pronto, dejó de serlo. Desde su niñez había visto desfilan la vida como un tapiz que descorriese paulatinamente él mismo; ella, en cambio, dijérase que nació sentada, dispuesta a contemplar sin grandes complicaciones el espectáculo determinado que la vida le fuese sirviendo. Marga carecía de inquietud; Ignacio desconocía el reposo. Entre los dos, Pape significaba entonces lo irrenunciable. La chica del libro acababa de operar en Ignacio un fenómeno de fas-

cinación. Luego, poco a poco, fué conociendo a Bel, su temperamento exultante, su viveza, su inteligencia ávida y en perpetua vigilia. Cada vez más, Marga se le antojaba como algo incombustible. Empezó a vivir a ratos.

Bel —Isabel— comenzó a ser un horizonte nuevo no se sabe cuándo, no se sabe si más próximo o lejano que el otro. Ignacio abandonó en seguida los fáciles anestésicos que le servían para evadirse de la vida cuadrículada junto a Marga. Ahora podía resistirlo mejor, y durante un tiempo le poseyó la perplejidad de quien se cree sujeto a un proceso de alquimia: ¿era Bel el baño líquido en el cual se reactivaban todas sus facetas más brillantes, más puras, más inalterables?

Pape se llamaba Francisco José, en realidad. Este nombre le había sido impuesto a Ignacio en honor del más fiero, del más grande, del más famoso antepasado de Marga. En venganza, Ignacio llamó al niño Paco Pepe desde su nacimiento, y sólo a costa de grandes renunciaciones logró Marga forzarlo a reducir el nombre al actual Pape. Esta anécdota, contada a Bel tal vez en el momento más inoportuno, hizo imposible el retroceso. Llegó la confidencia, la ligadura del secreto y la comprensión y, paso a paso, como un ladrón, el amor. Recurso supremo, Ignacio hizo cotidianamente suya aquella tremenda oración: “Dame, oh Señor, la castidad.” Pero, como el fogoso Agustín de Tagaste, la completó después añadiendo: “Mas no ahora.”

II

Vivir a ratos puede ser una correcta frase; pero, en todo caso, puede también carecer de una interpretación fiel. Ignacio, que había comenzado a vivir así en la playa, continuó de igual modo al volver a la ciudad para el otoño. Bel había regresado también. La cosa estaba en marcha y, de otro lado, la

impavidez, la falta de curiosidad de Marga, continuaba idéntica a sí misma. Ignacio faltaba a la mesa sin motivos suficientemente admisibles; salía intempestivamente contra su costumbre, estaba más distraído que antes y, a veces, sufría unos alelamiento que no pasan inadvertidos ni siquiera ante la servidumbre. Dijérase que, de súbito, hubiera perdido la memoria. En realidad, Ignacio, decidido a vivir a ratos, rebasaba su primitivo programa. Los ratos eran cada vez más largos, más intensos y menos esquivables desde cualquier punto de vista. Ignacio reñía la fuerte batalla de la libertad del hombre. ¿No quería a Marga, ni siquiera al pequeño Pape? No era eso. ¿Era absolutamente imposible una aclimatación al ambiente? Quizá no hubiese hecho él nunca lo suficiente para comprender a Marga, a sus padres, a... Por otra parte, le gustaba Bel; le placía el descanso de su charla, de su silencio pleno de sugerencias; pero tampoco era cosa de perder con ella la escasa libertad que le restaba, la libertad —digamos— del trabajo, de la creación artística. ¿Y su arte? ¿Es verdad que, en definitiva, sólo se sienten libres los que no han medido lo largo de su cadena, como había leído en alguna parte?

Ignacio y Bel tenían un *appartement* en un hotel. Allí, a ratos, se veían. Dentro de Bel, como de cualquier otra mujer, por perversa que sea o le hagan ser las circunstancias, había una solemne y vulgarísima madre. El instinto maternal de Bel, como el de todas las mujeres sin hijos, se extendía en cierto modo al mundo representativo de las cosas. Había transportado allí sus muñecos, algunos de sus libros y algún brillante, nuevecito cacharro de cocina. (Bel no hubiera cocinado nunca sin el amor de Ignacio; pero ahora, a escondidas de sirvientes y empleados, solía hacer algún postre con que sorprender infantilmente al muchacho.) Sin embargo, la vida a ratos es difícil. Se precisa un esfuerzo portentoso para cambiarse de traje espiritualmente. Llega un instante en que no es posible seguir. La grisura del

ambiente hogareño, su terrible opacidad, que sólo serían capaces de trasparentar las rancias virtudes cristianas, daban a la casa de Ignacio, cada vez más, una hostil impresión de antiguos prejuicios anclados por todas partes, y que, al menor contacto, dejaban ver sus terribles dentaduras prevenidas. Por fin, Nacho —le llamaba ya como Marga— y Bel buscaron un piso. Un piso todo lo contrario del otro: pequeño, claro, luminoso. Había terminado la vida a ratos.

Los días de preparativos, de compras para el nuevo alojamiento fueron deliciosamente únicos para Bel, en tanto que para Ignacio dejaban filtrar indeciblemente el inevitable elemento agrio del recuerdo y, un tanto, del remordimiento. Las telas, los muebles, los cuadros, todo era claro, alegre, aéreo en la nueva casa. Les habían cedido, con el último piso, el ático del inmueble en el cual pensaba Ignacio instalar el estudio.

Con Bel todo era distinto, desde el mismo lenguaje a los colores, a los movimientos, a las ideas. Todo era tan distinto que casi era al revés. Desde entonces no había vuelto a su casa, ni había sabido nada de Marga. Había comenzado, pues, una nueva vida, y aquellos ratos gozados incómoda y subrepticamente se convertían en un solo rato que ahora, precisamente, no se presentaba tan fácil de llenar. Divertido en principio con el total cambio de costumbres, Ignacio dejaba hacer a Bel. Pero pronto, insensiblemente, fué imponiendo sus hábitos, y Bel admitiéndolos sin oposición. Ahora frecuentaban lugares distintos, y tanto él como ella habían echado mano de esa zona intermedia de amistades dudosas con las que nunca hubieran contado en el transcurso de una vida normal. La pasión del principio había penetrado ya en la amplia curva descendente de la comprensión y nunca como ahora, por supuesto, había entendido mejor Ignacio aquella frase romántica, de Novalis: “El agua es una llama mojada.”

Bel era más alta que Marga. Alguna vez Ignacio, separado

de la muchacha por una puerta tras de la cual alguno de ellos se arreglaba, vióse sorprendido por la desacostumbrada zona de la cual brotaba la voz. El contraste había llegado a ser tan violento en todo que apenas servía para algo que no fuese destacar de un modo deslumbrante su propia antítesis. Era como si en un concierto de piano sonase sólo la grave voz del acompañante poniendo más de relieve así la ausencia del cantable. Otra vez, Nacho no pudo evitar decirle a Bel:

—Oye, Marga...

Aquella noche, durante la comida, había ocurrido algo peor. La famosa compañía italiana de *ballets* se presentaba en un teatro de la ciudad. Bel estaba entusiasmada desde hacía tiempo con el anuncio del espectáculo y, al empezar la cena, había manifestado sus deseos de presenciarlo. Ignacio había salido por la tarde y sus pensamientos no se ordenaban en el reposo habitual. Entonces fué cuando pronunció la frase difícilmente reparable:

—Pero ¿no los vimos el año pasado?

Cuando se mordió los labios era ya demasiado tarde.

—¡Oh, perdona! —musitó gravemente.

Ninguno de los dos pudo evitar que se plantease una penosa revisión de los acontecimientos. Bel sostenía valerosamente el agolpamiento de las lágrimas. Ella, en fin de cuentas, se había entregado a él con el mayor desinterés imaginable; quizá tiraba su vida con plena consciencia. El, por su parte, se afanaba puerilmente en demostrar la equivocación de haber acentuado con exceso las diferencias. Quizá hubiese sido mejor un cambio paulatino... Tenía, en efecto, que reconocer que alguna vez le atormentaban los recuerdos. La nueva realidad, contra lo que se dice, no había limitado su imaginación.

Luego, con Bel dormida a su lado, se entregó con desnudo a un examen más prolijo de su situación. No podía por menos de pensar en que el puro recuerdo no le ofrecía ya una visión

refringente de su antiguo hogar. Y pensaba dolorosamente, mirando de vez en vez la bella imagen que a su lado se le antojaba una creación tan propia como la de cualquier otra obra, en que si es cierto que se está solo con lo que se ama, él nunca había podido desterrar del todo a Marga de su corazón. ¿Amaba a las dos? ¿Qué nueva monstruosidad se avecinaba, Dios mío? Encendió un cigarrillo. Ello le sirvió, al menos, para cambiar la placa imaginativa. La fresca presencia del pequeño Pape acudió como otras veces, alegre e insegura sobre las cortas piernas, a soplarle la cerilla con sus mofletes inflados inverosímilmente. Pero la realidad —otra vez la realidad apoyando a la imaginación— le sacudió los nervios súbitamente cuando la breve llama del fósforo le llegó a la piel. Nadie había soplado a tiempo, naturalmente.

Empero, podía afirmarse que sus conversaciones serias con el redondo Pape se habían limitado a cruzarse en solo dos o tres ocasiones. Recordaba perfectamente que en una de ellas se había referido oscuramente al debido empleo de los lapiceros. Con cierta vaguedad recordaba haber intentado infructuosamente introducir en la conciencia del chico la desatinada idea de que los lapiceros no se comían, y que, en todo caso, servían para pintar en el papel y no en la puerta del cuarto de baño. Otra vez, la conversación había sido centrada por Ignacio, ante un Pape jubiloso y obstinado en arrancarle una oreja, en la perfecta exposición didáctica de la preciosa utilidad de estos apéndices auditivos. En fin, acabado el pitillo, Ignacio apagó la luz y se quedó dudando de si había cerrado o no los ojos al propio tiempo. Lo que era seguro, de todos modos, es que se había vuelto sin mirar una última vez a Bel dormida. Pape, habría que reconocerlo finalmente, resultaba delicioso evocado así en la penumbra. Su carita se recortaba diáfananamente sobre el fondo negro, con sus cabellos furiosamente alborotados. La luz de su pequeño rostro iluminaba algunas manchas imprecisas so-

bre el babero; pero era, en definitiva, una luz que trascendía y llegaba hasta una condenada profundidad del corazón paterno.

En aquel instante, Bel tuvo un sobresalto y se movió en el lecho agitadamente. La mano de Ignacio se posó con suavidad en la frente de la muchacha. Era una frente fresca, carnosa, ligeramente abombada con una delicada curva. Sin embargo, Ignacio acababa de sentir aquella inconfundible sensación de cuando se palpan las estatuas: es el frío de lo que no es o, en otro ángulo, de lo que en algún sentido ha dejado de ser una cosa, aquella, precisamente, que deseaba ser. Dijérase que, de alguna caprichosa manera, lo no sucedido acababa de ingresar, una vez más, en la oscura órbita de lo que había de suceder.

III

Hasta un determinado límite, pudiera asegurarse que para Ignacio había recommenzado, pocos meses después, la famosa vida a ratos. Ahora eran las noches. Y es que, evidentemente, muchas veces por la noche el hombre se vuelve niño en el silencio y la soledad propicios al sueño. Entonces... El silencio puede ser un accidente puramente externo; pero la soledad nace de uno mismo, aunque se esté acompañado. Por la noche, Bel se duerme pronto: ha vivido con toda la intensidad posible, un poco desesperadamente, como si cada día fuese a ser para ella el último. Entonces es cuando Ignacio consume más cigarrillos que durante todo el día. Los enciende con cuidado y rapidez, y aleja el humo cuanto le es posible. Sin embargo, es cuando no fuma ya, cuando ya cree haberlo pensado todo, cuando, precisamente, las cosas se complican. ¿No habéis oído nunca ese enorme latido que suele resonar bajo vuestra almohada? Uno quiere sincronizarlo con el del propio corazón y, no obstante,

siempre se comprueba que no se corresponden el uno al otro. Es el eco de los corazones en vigilia por nosotros.

Marga. Es entonces cuando Ignacio la ve más cerca, más increíblemente cerca. Nunca lo ha estado tanto: divisa con una claridad microscópica todos los detalles de su rostro. Aquel hoyo es en realidad una pequeña cicatriz. El finísimo vello de sus mejillas se mueve suavemente al impulso de la respiración de Nacho. “¿Te acuerdas, Marga, de cuando empezábamos a sentirnos enamorados sin saberlo y nos enseñábamos las cosas de los bolsillos, sin perdonar una sola? No es posible que te acuerdes absolutamente de todo como yo.”

Bel duerme, duerme siempre. Su respiración es ahora rítmica, normal. Vive de la inquietud y se duerme de fatiga, cada día, deliciosamente. Ella vivirá siempre así, ocurra lo que ocurra. Esto le tranquiliza un tanto. Apurará cada día con él, con otro, sin ninguno, con un libro, con la huella de un concierto, consigo misma, y luego dormirá siempre así, como un hermoso animal fatigado de buscárselo todo él mismo difícil y, sin embargo, alegremente.

¿Será él un plástico extremado? ¿Lo verá todo demasiado sensual, externamente? ¿Habrà en Marga todo un mundo poco hollado por él? La calma, un tanto anacrónica de su mujer, ¿será el síntoma indiscutible de su seguridad en la misión de su vida? Hay una real importancia exclusiva que transpira de las cosas estables, fundamentales. Hay una piedad que sólo puede manar de la fortaleza. ¿Es Marga, concretamente, la religión, la tradición, la moral, el hogar, la maternidad? ¿Empezará él a verlo de un modo distinto a como se lo hacían ver las imágenes impertinentes de su crítica? El hogar era antes para él algo con aspirina, con ganchillo, con horribles e interminables rosarios de palabras usadas, de frases tan hechas que sueñan a ecos de otros tiempos. En todo caso, ¿y la familia? Ya presente la tempestad de adjetivos: “depravación”, “ultraje”.

“impudicia”, “abyección”, “cinismo”. ¿Podría volver a resistir el énfasis abominable de la familia otra vez? Su acción, en efecto, es reprehensible, pero ¡si pudiera, al menos, salvarla de la posible conflagración que promueve en su ánimo la ponzoñosa literatura de esa gente!

Por fin, Ignacio traspone el límite borroso del sueño. Durmiéndose materialmente, ve aún cómo se introduce subrepticiamente en el hueco que ahora dejan sus antiguas, ingenuas oraciones, la frase angélica que le repite dulce, insistente, gravemente: “El hombre es doble, ya sabes: por la parte inferior cae en la animalidad; por la superior, participa de alguna manera en la Divinidad. Salva en ti el resto de esa parte superior.”

Ahora mismo diría, si no estuviese tan dormido ya, que la voz ha ido cambiando paulatinamente desde el comienzo. Ya al final era la voz persistente de la madre, de su madre lejana; Ignacio siente una vaga sensación, casi ajena, de llanto. Y la voz de su madre, resonando en una oscura profundidad insondable ya, le anima, le sacude como una mano, como aquella dulce mano materna cuando acompañaba a la frase dirigida al pequeño: “¡Ponte derecho, hombre!”

Sucede, a las noches tormentosas del pensamiento, una fuerte conspiración de sentimientos y decisiones que juraríamos no haber llegado jamás a tomar en cuenta. Son como decisiones de otro, de un otro particularmente voluntarioso e irrevocable. Por el contrario, cuando los propósitos han sido elaborados pacientemente por nosotros mismos, suelen presentarse a la mañana siguiente revestidos de una tal palidez repulsiva que pronto nos empuja a darlos por inadmisibles e impracticables.

Hoy se ha levantado Ignacio mucho antes que de costumbre, sin saber en absoluto por qué. Al salir del cuarto de baño,

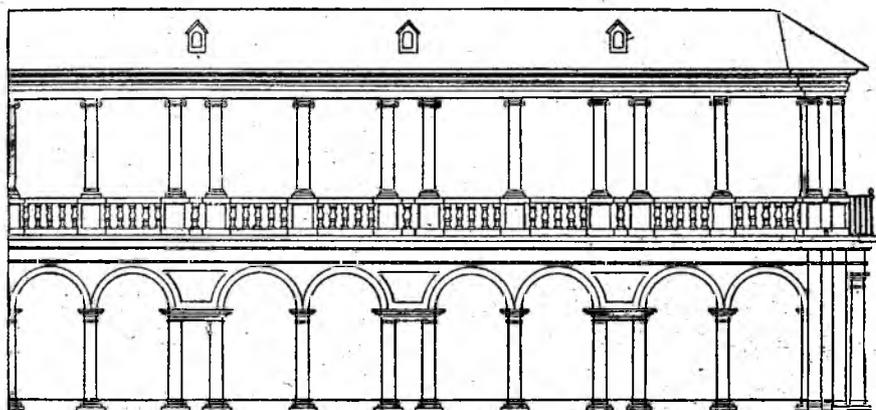
ha reparado en que Bel duerme todavía. Una luz se le filtra directamente hasta el rostro —¿por qué no habrá podido pintar la nunca?—, y le arranca del marco de la cabellera rubia y de la blanca luminosidad de la cara valores inciertos de cornucopia: es el espejo que duerme sin imágenes, por fin. Ignacio se ha vestido en silencio y ha salido cuidando de no hacer ruido. Pasito a paso, ha llegado al portal recién abierto a la sucia muchedumbre del servicio cotidiano, extrañándose de no salir con una maleta. ¿Por qué? La calle está como él hace mucho no la ha visto: despeinada, desordenada, medio desnuda como una vieja mujer en vela mucho tiempo.

Con una serenidad absoluta, Ignacio se ha dirigido hacia su antigua casa. La nobleza de la piedra del edificio no ha logrado imponerle, aunque si pudiera, hubiese observado cómo ella reforzaba un tanto sus indeterminadas decisiones. (Marga suele madrugar: le gusta bañarse temprano, con la ventana abierta a las primeras luces de la mañana y preparar luego el desayuno de Pape, que es tan excesivamente madrugador, por otra parte, como cualquier animalejo.) Ignacio ha apretado el timbre de la puerta con una absoluta calma. Marga ha tardado unos segundos en abrir, como si en realidad hubiese estado esperando siempre esta llamada. Y, sin saber cómo, ha caído en los brazos abiertos de la mujer. (¿Había estado ella siempre así, con los brazos tan abiertos?) El *hall* está en penumbra y Marga ha encendido rápidamente la luz. Ninguno pronuncia una palabra. Marga se le aproxima y le examina con cuidado minucioso la cara, el peinado, las solapas, las manos. Dijérase que le cree volver de un peligro casi físico, de un peligro bélico. En realidad, no viene herido, al parecer; por fuera está tan ileso como siempre. Entonces Ignacio pronuncia una sola palabra: “Pape”. A la que ella responde con una sílaba única:

—Ven.

Avanzan juntos por el pasillo. ¡Tantas veces han avanzado así o más juntos sin estar, sin embargo, tan próximos!

Pape duerme en su cuna grande de madera. Marga entreabre la ventana bajo cuyo alféizar se adivina el beso fiel de la copa del árbol del jardín. Ignacio alcanza a oír el piar sorprendido de algún pajarillo súbitamente despertado. Pero él, en realidad, no hace sino observar fijamente a Pape. Duerme casi de bruce, con los cabellos aplastados bajo la cabecita redonda. Pronto se intranquiliza bajo la muda y persistente mirada de los dos. Pape tiene un despertar singular: abre los ojos y, en seguida, de un salto alegre, se pone en pie sobre la cuna gritando, canturriando o silabeando alguna de sus mejores frases sin sentido. Esta vez Pape ha visto primero a su padre y, sin ninguna extrañeza, después de alzarse, le ha extendido los dos brazos como siempre. Le ha reconocido instantáneamente, a pesar de los meses transcurridos. Ignacio lo ha levantado de la cuna estrechándolo contra sí. El calorcillo grato que despide el pequeño cuerpo le penetra por instantes. Es el calor de las cosas vivas eternamente, el calor del sol o de la sangre. Un calor antiguo, materno, creador como el calor de la misma tierra. Cuando Ignacio ha recordado a Marga, y la ha mirado, Marga lo ha mirado a él, a ellos, también. Tiene los ojos extrañamente agrandados y cristalinos. Son las lágrimas; pero no unas lágrimas cualesquiera, de hoy, de ahora. No. Son las lágrimas de la Marga de siempre, de la Marga niña, joven, vieja. De la Marga madre, que es como decir incapaz de volver a empezar, porque, a mayor semejanza de su Criador, nunca podrá dejar de ser lo que es.



Notas y Libros

NOTAS: *Etopeya de Baltasar Gracián*, por E. Correa Calderón; *Sobre una poética de la sangre*, por J. Romo Arregui; *Memorias de A. de Tocqueville*, por A. M.; *José Suárez Carreño: «La tierra amenazada»*, por José Luis Cano. – LIBROS: *Iribarren y las tradiciones populares de Navarra*, por Dámaso Alonso; *Da Filosofía*, de Delfim Santos, por Faustino de la Vallina; *Mistral en la memoria*, por J. L. Gómez Tello.

Novo y...

N O T A S

ETOPEYA DE BALTASAR GRACIAN

LA defectuosa transcripción del apellido Gracián por *Galacián*, ha dado lugar a que el profesor Díaz Plaja, con una interpretación sutil en exceso, suponga origen judaico en el escritor, en su afán de establecer con la máxima urgencia la ecuación *barroquismo-judaísmo*, tomando como base para su tesis el hecho de que, “en el bajo Aragón, de donde procede, abundan los judíos conversos de apellido *jen* (gracia), llamados Gracián al cristianizarse” (1). Según él, la confusión del apellido —que parece frecuente entre la gente del pueblo aragonés, como indican Liñán (2) y Coster (3), “pudo ser la deformación consciente de un apellido sospechoso”. Hay que suponer que de esta “deformación consciente” fué autor el bueno de D. Domingo Pascual, el sacerdote que le bautiza, porque Gracián, en cuanto tiene uso de razón, no utiliza jamás, ni una sola vez, el apellido que pudiera disimular su origen, y sí, a mucha honra, el que podría parecer sospechoso.

Tal hallazgo debió complacer mucho al inteligente ensayista, porque varios años después (4) renueva la cuestión con más amplio vuelo y trascendencia desarrollando sobre esta débil hipótesis y sobre la “actitud espiritual” de Gracián, que cree observar a través de una breve selección de sentencias suyas, espigadas intencionadamente, al objeto que persigue, toda una teoría del barroco, como consecuencia del fermento judío que existe en Góngora y Gracián, que consi-

(1) Díaz-Plaja. *La poesía lírica española*, Barcelona, 1936, pág. 171 nota.

(2) Narciso de Liñán y Heredia. *Baltasar Gracián*, Madrid, 1902, pág. 97.

(3) Adolphe Coster. *Baltasar Cracián*, en *Revue Hispanique*, 1913, XXIX, página 357 y sig.

(4) Díaz-Plaja, *El espíritu del barroco*, Barcelona, 1940, pág. 86 y sigs.

dera escritores representativos de esta modalidad de estilo y pensamiento, generalizada en el siglo XVII.

No es esta la ocasión para que derivemos por nuestra parte hacia una interpretación del barroco, justificándolo, para bien o para mal, como forma natural de expresión de la gente española, que se intensifica en determinadas personalidades señeras de las épocas de madurez, asimilables a decadencia, y en regiones más dadas al adorno y arrequives retóricos en el habla. Es barroco el siglo I, final de una literatura áurea; lo son el XV, en el que culmina todo el saber de la Edad Media, y el XVII, en el que alcanza su máximo logro el Renacimiento. Y refiriéndonos a lo geográfico, la Bética tiene más propensión a la expresión suntuosa que la Tarraconense, por ejemplo. Córdoba, ella sola, nos ofrece desde la Antigüedad una serie de escritores que podríamos considerar barrocos por naturaleza: Porcio Latrón y los demás declamadores cordobeses (5), Lucano; más tarde, entre los mozárabes, Alvaro Cordobés, cuyo linaje judaico nos dirá Menéndez Pelayo (6), "dista mucho de ser indiscutible", y Juan de Mena, antes de que apareciese el sospecho Góngora.

No consideramos necesario recurrir, por tanto, a un supuesto origen judío de determinados escritores a fin de exponer toda una ingeniosa teoría sobre el barroco. Y, sobre todo, cuando el fundamento comprobable es tan tenue o no existe. Ha sido siempre, por otra parte, la actitud más cómoda en España, donde, desde el pueblo hasta los más altos escritores (recuérdense las invectivas de Quevedo), se ha recurrido alegremente a este fácil vejamen, del que no se libraron las clases más selectas (7), difícil de desmentir, porque ello exigiría un minucioso análisis de sangre de todos y cada uno de esos claros varones y honestas damas cuyos nombres aparecen inscritos en las hojillas de los frondosos árboles genealógicos.

En el caso de Gracián varios datos de interés pueden servirnos para contradecir esta ascendencia que se le atribuye, que, por el contrario, nada confirma. Latassa (8) nos dice que el escritor procedía

(5) PP. Mohedanos. *Historia literaria de España*, V.

(6) Menéndez Pelayo. *Historia de las Ideas Estéticas*, ed. 1940, I, pág. 333 y siguientes, nota.

(7) Prueba de ello, *El Tizón de la Nobleza o máculas y sambenitos de sus linajes*, atribuido a D. Francisco Mendoza y Bobadilla.

(8) Félix de Latassa. *Biblioteca nueva de autores aragoneses*, III, pág. 267.

"de una casa y familia infanzona". El propio Gracián firma varias de sus obras con el seudónimo de *Lorenzo Gracián* —que hizo pensar en la posible existencia de un hermano así llamado (9)—, agregando la palabra *Infanzón*, ya como apellido materno, ya como título de hidalguía. Que esto último fuese posible, que su familia procediese de la honrada hidalguía aragonesa no está comprobado. Genealogistas tiene Aragón que podrán discriminarlo en los legajos de las Chancillerías. Porque el dato de que usen el mismo apellido cristianos nuevos de Aragón, e incluso "doctos rabinos", nada significaría en definitiva, ya que lo lleva también una noble familia, la de los Gracián, que constituye una verdadera dinastía en la Secretaría de Interpretación de Lenguas de la Corte, y en la que destacan miembros importantes como Diego Gracián de Alderete, armero de los Reyes Católicos —el momento álgido de la depuración semítica—, y que más tarde es secretario de Carlos I y Felipe II; Jerónimo Gracián de la Madre de Dios (10), el discípulo predilecto de Santa Teresa; Lucas Gracián Dantisco, el autor de *El Galateo Español*, cuyo nieto, Antonio Gracián y García de Solórzano, ingresa en la Orden de Santiago en 1652, tras pruebas de pureza de sangre rigurosas.

Ningún sedimento de la raza mosaica se hace visible en el ambiente familiar del escritor. Todos sus hermanos, sin excepción conocida, profesan en distintas Ordenes religiosas. Su hermana Magdalena entra en las Carmelitas Descalzas, en la cual llega a ser priora del Convento de San Alberto. Su hermano, el Padre Felipe Gracián, profesor de Teología, predicador sutil, es una figura destacada en la Orden de los Clérigos Menores; su hermano Fray Pedro, pertenece a la de los Trinitarios; su hermano Fray Raimundo ingresa en los Carmelitas Descalzos.

Dos veces alude Gracián tan sólo a los judíos en toda su obra: "Y ganó más Fernando el Católico con haber echado de España a los judíos que con haberse hecho señora de tantas naciones" (11). "Y, si no, decidme, aquel nuestro inmortal héroe, el Rey Católico Don Fer-

(9) M. Romera Navarro, *Un hermano imaginario de Gracián*, en *Hispanic Review*, 1935, III, págs. 64-66, refundido luego en su Introducción a la edición de *El Crítico*, Londres, 1938-1940, págs. 11-14.

(10) Vid. *Jerónimo Gracián*. Prólogo de LUIS ROSALES. Madrid, 1942, pág. 5 y sig.

(11) *El Político*.

nando, ¿no purificó a España de moros y judíos, siendo hoy el Reino más católico que reconoce la Iglesia?" (12). Habla sin conmiseración, lo que no se compadece con la ascendencia que se le atribuye, que él no dejaría de conocer, y que en el caso de tener fundamento, respetaría con piadoso silencio.

El Profesor Díaz-Plaja sabe que edifica sobre livianos cimientos y retuerce la cuestión diciéndonos que, al igual que en Góngora, "la genealogía importa menos que su actitud espiritual. Es ahí donde hay que buscar el rastro posible de su ascendencia" (13). A este propósito, espiga una serie de máximas del escritor para terminar deduciendo que "Gracián muestra ante la vida un guiño inicial de recelo y un gesto póstero de rencor", que "la doctrina de Gracián es la teoría del egoísmo más desenfrenado", que "todo el arte de Gracián consiste en eludir la franqueza"; ve en él un "afán de sabotaje" y otros juicios tan apresurados como estos.

Es verdad que Gracián es un profesor de energía, un inductor a la victoria del héroe, del prudente, del discreto, sobre los demás hombres, que no son perfectos, que son sus enemigos naturales —"milita es la vida del hombre contra la malicia del hombre"— (14), y para lograrla aconseja la máxima cautela y cordura en la pugna diaria, en la vida difícil, que él concibe como un batallar sin reposo ni tregua, aunque no siempre el combatiente haya de valerse de armas de doblez y recelo. En su densa obra pueden escogerse numerosas frases de signo contrario. Limitémonos a recordar tan sólo algunas del *Oráculo*, libro en el que se condensa el pensamiento del jesuita aragonés: "Un bel portarse es la gala del vivir." "¡Infeliz eminencia la que se emplea en la ruindad!" El *hombre de entereza* debe estar "siempre de parte de la razón, con tal tesón de su propósito que ni la pasión vulgar, ni la violencia tirana le obliguen a pisar jamás la raya de la razón" (15). "El constante varón juzga por especie de trai-

(12) *El Criticón*, II, cr. II.

(13) *El espíritu del barroco*, pág. 86 y sigs.

(14) *Oráculo*, máx. XIII.

(15) Aquí aparece el tesón aragonés, que tan bien definía un familiar suyo: «Ponderaba el licenciado Antonio Cracián, mi tío, con quien yo me crié en Toledo, que en los aragoneses no nace de vicio el ser arrimados a un dictamen, sino que como siempre se hacen de parte de la razón, siempre les está haciendo gran fuerza». *Agudeza*, XXV.

ción el disimulo; préciase más de la tenacidad que de la sagacidad; hállase donde la verdad se halla..." "Esta sola es la ventaja del mandar: poder hacer más bien que todos." "Requíerese, pues, para la benevolencia. la beneficencia; hacer bien a todas manos; buenas palabras y mejores obras, amar para ser amado." "Dos cosas acaban presto con la vida: la necesidad o la ruindad." "Todo lo natural fué siempre más grato que lo artificial." "Señal de tener gastada la fama propia es cuidar de la infamia ajena." "Tienen su bizarría las almas, gallardía del espíritu, con cuyos galantes actos queda muy airoso el corazón; no cabe en todos porque supone magnanimidad; primer asunto suyo es hablar bien del enemigo y obrar mejor." "Topar luego con lo bueno en cada cosa. Es dicha del buen gusto." "Siempre fué superioridad la generosidad; el hombre de bien nunca se vale de armas vedadas." "Nunca regirse por lo que el enemigo había de hacer." "Hase de hablar lo muy bueno y obrar lo muy honroso." "Saber jugar de la verdad. Es peligroso, pero el hombre de bien no puede dejar de decirla."

Podría ser ilimitado el número de todos y cada uno de los aforismos que, interpolados en su obra, nos muestran la altísima entidad moral de Gracián, que podría contrarrestar con creces aquellas otras fórmulas que recomienda poner en práctica a quienes tengan que luchar denodadamente por la vida, y en especial en ciertos medios en que el engaño se disfraza con sonrisas de disimulo. "No ser tenido por hombre de artificio —recomienda con convencimiento, pero advierte asimismo—, aunque no se pueda ya vivir sin él." Y se lamenta luego: "Los sinceros son amados, pero engañados." Son tiempos duros y hay que estar alerta: "Floreció en el Siglo de Oro la llaneza; en este de Hierro, la malicia." Contra ella van sus advertencias y prevenciones.

Gracián exige una lectura reposada para su comprensión integral. No sólo por lo que se refiere propiamente a la expresión, en la que cada palabra tiene doble y hasta triple sentido, en un continuado juego de sus varias acepciones y equívocos, sino también por lo que atañe a su complicada elucubración doctrinal. No basta quedarse con una afirmación de sus máximas, sino que ésta ha de enlazarse con el contexto, con su continuidad lógica. Juzgarle por la enunciación de un tema es anticiparse demasiado, pues con su pensamiento puede suceder, y sucede en muchos casos, que las premisas tengan, como acon-

tece en la colocación de los números romanos, valor positivo o negativo con relación a lo que sigue. Romera Navarro, que tan sutil disección hace de su pensamiento, ha acertado a dar en el quid cuando afirma: "Para juzgar la moralidad del autor, más importante que el consejo —que tiene que acomodarse en cierto modo al calibre moral de los presuntos lectores— es el comentario que suele acompañarle. Aconseja cierta vez la cuerda audacia para dar alcance a la ventura, y luego hace este comento: "Pero bien filosofado, no hay otro arbitrio sino el de la virtud y atención" (*Orác.*). De esta manera procede constantemente el consejo inspirado en la experiencia del mundo y el comentario en la impecable moral" (16).

Y no sólo puede observarse este procedimiento estilístico en el caso particular de cada una de las máximas, sino que este bordón ético y aleccionador se percibirá asimismo al final de cada uno de sus libros profanos, como si fuese su corona y consecuencia.

Que no se nos diga que en el caso Gracián pueden ser estas fáciles concesiones con que quiere encubrir su estado eclesiástico o disimular los temas mundanos en que se complace con una de cal y otra de arena, como si fuese un maquiavélico vergonzante. Son demasiado reiteradas e insistentes estas conclusiones para que no sean hondamente sinceras.

Gracián no rehuye, no puede rehuir la evidente realidad, y de ella toma pretexto para su didáctica trascendente. Nos lo dirá Vossler, con su visión zahorí del fenómeno español, que tan bien comprende y analiza: "Consideraba Gracián la vida terrenal como una híbrida y transitoria mezcla de valores falsos y verdaderos, como una especie de teatro de farsa tragicómica, que traía su cabal sentido y su verdadera realidad de los ultraterrenales estratos del puro y eterno ser, y cuya existencia era algo por completo ambiguo, como lo era la mundanal gloria, que Gracián apetecía y desdeñaba, al mismo tiempo, como falsa imagen y auténtica sombra de la vida eterna" (17).

Hay en su obra una arquitectura, una estructura tan firmes que, a poco que se observe a lo largo y a lo hondo de sus páginas, se percibirá cómo el escritor desarrolla su pensamiento, no en un dualismo si-

(16) M. Romera Navarro. Edición de *El Criticón*. Introducción, I, pág. 24.

(17) Karl Vossler. *Introducción a Gracián*, en *Revista de Occidente*, 1935, CXLVII, página 347.

multáneo de idealismo y realidad, que viene a ser la fórmula más constante de nuestra poesía, sino en dos planos yuxtapuestos que, sin contradecirse, se complementan, al modo de *El entierro del Conde de Orgaz*, del Greco, en el cual lo eterno gravita sobre lo mortal y perecedero. Gracián parte, pues, de lo humano, que sería lo particular, lo anecdótico, hacia lo abstracto, lo divino, la categoría, que es lo que a él justamente le llega al alma y le conmueve. "No es éste el dechado que os propongo —parece decirnos cuando nos muestra la humanidad pululante, encenagada en sus bajas pasiones—, sino esta apoteosis de lo alto, en la cual las almas ya se han liberado de tanta miseria." Es el suyo este debatirse tan hispánico del Ángel y el Enemigo, esta colisión tan entrañable que trasciende a las letras españolas desde sus balbucesos, tiéndolas de un severo, de un angustioso claroscuro. En Mateo Alemán, pongamos por ejemplo, al alegre antruevo del pícaro seguirá la cruz de ceniza en la frente, la coda meditabunda.

Gracián siente por el mundo y lo humano un profundo desprecio, aunque le tienta con sus frescos racimos. "El mundo es un cero", dirá, y quien lea tan sólo esta tremenda negación quedará aterrado por su irremediable pesimismo. Pero él continuará luego, terciando el sentido de las palabras, como si pretendiese lograr el ritmo del versículo paralelístico con las antítesis que siguen: "A solas, vale nada; juntándolo con el cielo, mucho." Esta es la clave de su reflexión. Nada, y todo. A la negación de lo terreno y transitorio seguirá la afirmación de lo infinito y eterno. "La posición de Gracián —podrá sintetizar Romera Navarro— es clara; ve el mundo tal como es, y no se hace ilusiones sobre la naturaleza humana. Levantando algo el plano de observación, diré que tiene el pesimismo y el optimismo del cristianismo: pesimismo en la vida; optimismo en el fin de la vida" (18).

Pero aun suponiendo que algunos de sus avisos de cautela, de reserva, de astucia, de prudencia, con que trata de preservar al hombre contra las garras y navajas de su antagonista, que es el propio hombre, más temeroso que las mismas fieras, no se hallasen sobrepasados por la ejemplaridad que se extrae de la consecuencia moral, no sería, en todo caso, sino uno de tantos aspectos del complejísimo pensa-

(18) *Ibid*, pág. 21.

miento de Gracián, que tiende su mirada insaciable hacia todas las vertientes de la vida, porque nada de lo humano le es ajeno. Verlo como un pensador rencoroso, que guarda sus espaldas, que se repliega en sí mismo, contra todo y contra todos, sería interpretarlo parcial y venalmente, y, si acaso, en una de sus mínimas facetas, que son ilimitadas. La simplificación, la generalización es en este, y en otros muchos casos, inaplicable.

¿Se puede decir, por ejemplo, que “el alma gracianesca lo conoce todo menos la efusión; sabe todas las cosas, pero ignora el arte de derramarse sobre los hombres” (19), si no es por imperdonable precipitación y desconocimiento de su vida y de su obra? Es precisamente Gracián el escritor español que acaso haya puesto en más alto lugar las excelencias de la amistad, el que sintió con más embriagadora intensidad el dulce placer de la convivencia y del coloquio, el que escribió estas conmovedoras palabras, en las que pone su corazón en la mano: “El más poderoso hechizo para ser amado es amar” (20). El es, asimismo, quien escribe estas rendidas loanzas de la amistad: “No hay desierto como vivir sin amigos; la amistad multiplica los bienes y reparte los males; es único remedio contra la adversa fortuna y un desahogo del alma” (21). No es vana literatura, sino reflejo de su alma cálida y cordial, sedienta de afectos, insaciable de compañía. Dígasenos qué escritor español, entre nuestros clásicos, alaba tan reiterada, tan emocionadamente los valores de la amistad como lo hace Gracián en los pasajes que siguen: “*Tener amigos. Es el segundo ser. Todo amigo es bueno y sabio para el amigo. Entre ellos todo sale bien. Tanto valdrá uno, cuanto quisieren los demás; y para que quieran, se les ha de ganar la boca por el corazón. No hay hechizo como el buen servicio, y para ganar amistades el mejor medio es hacerlas*” (22). “Que el que tiene amigos buenos y verdaderos, tantos entendimientos logra. Sabe por muchos, obra por todos, conoce y discurre con los entendimientos de todos. Ve por tantos ojos, oye por tantos oídos, obra por tantas manos y diligencia por tantos pies. Tantos pasos da en su conveniencia como dan los

(19) *El espíritu del barroco*, pág. 89.

(20) *El Héroe*, XII.

(21) *Oráculo*.

(22) *Ibid.*

otros. Mas, entre todos, sólo un querer tenemos, que la amistad es un alma con muchos cuerpos. El que no tiene amigos no tiene pies ni manos. Manco vive, a ciegas camina" (23).

Concebía el sumo bien de la vida agradable como una reducida asamblea de amigos cordiales e inteligentes, que discurriesen sobre temas eruditos e ingeniosos: "Fruición es el conversable rato y felicidad la discreta comunicación" (24); "es la noble conversación hija del discurso, madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contento y ocupación de personas" (25); "la dulce conversación, el mejor viático de la vida" (26). Y todavía: "Sea el amigable trato escuela de erudición, y la conversación enseñanza culta; un hacer de los amigos maestros, penetrando el sutil del aprender con el gusto de conversar... Hay señores acreditados de discretos que, a más de ser ellos escuela de toda grandeza con su ejemplo y con su trato, el cortejo de los que los asisten es una cortesana academia de toda buena y galante discreción" (27). Con todo, el número de interlocutores habría de ser limitado a escasos amigos dilectos: "Recréase el oído con la suave música, los ojos con las cosas hermosas, el olfato con las flores, el gusto en un convite; pero el entendimiento con la erudita y discreta conversación entre tres o cuatro amigos entendidos, y no más porque en pasando de ahí es bulla y confusión" (28).

Parece como si quisiera señalar con el dedo al grupo de sus amigos de Huesca: Lastanosa, Uztarroz, a los que le une amistad constante e inquebrantable, y al mismo canónigo Salinas, con el cual tiene una tardía ruptura por pelillos de latinidad, avivada por elementos malévolos, ajenos a los dos.

Pero su reacción ante la amistad no quedaría suficientemente manifiesta si nos limitáramos a recordar al grupo de sus amigos de Huesca, que le halagaban con sus homenajes, que admiraban en él su poderosa genialidad de creador. La lógica actitud de Gracián sería de

(23) *El Criticón*, II, cr. III.

(24) *El Discreto*, I.

(25) *El Criticón*, I, cr. I.

(26) *Ibid.*, cr. XI.

(27) *Oráculo*.

(28) *El Criticón*, III, cr. XII.

jarse querer, aunque lo agradeciese con la correspondencia de su afecto, de su cordial ternura, como así lo hace recordando nominalmente a cada uno en numerosas ocasiones, incluso presentándolos como prototipos de perfección. Es preferible que le veamos frente a grandes personalidades, observando cómo se produce en distintas y varias circunstancias.

En uno de sus escasos viajes a Madrid conoce al poeta Antonio Hurtado de Mendoza, al que elogia repetidamente en su *Agudeza y Arte de Ingenio*. Mendoza, llamado "el discreto de Palacio", era poeta de cámara y secretario íntimo de Felipe IV, lo que podría dar lugar a que se pensase que Gracián lo hacía por halago a quien ocupaba tan alto puesto. ¿Para qué habría de hacerlo? ¿Qué podría pretender con ello? Era demasiado altanero, con la virtud aragonesa de la entereza, para humillarse con quien no fuese su amigo. Desde la Corte le escribe a Lastanosa (28 de abril de 1640) refiriéndose a la impertinencia de los servidores que rodean a los grandes y ministros: "Yo no los he menester a estos sujetos; ellos a mí, no sé. Me volvería con mucho gusto al estudio de Vm.; todo es embeleco, mentiras, gente soberbia y vana, que les parece que no hay hombres en el mundo sino ellos. Yo soy poco humilde y zalamero, y así los dejo estar" (29). Que quien con tal altivez hablaba no elogiaba a Mendoza por halago, sino por puro afecto, por haber hallado acaso en el poeta palatino una amistad recíproca, nos lo muestra el hecho de que lo siga haciendo después que el poeta ha muerto, en 1644, al decir (30): "Este —ponderó— solía hacer un tan regalado son, que los mismos reyes se dignaban de escucharle, y aunque no ha salido a luz en estampa (31), luce tanto, que de él se puede decir: *El alba es que sale*."

Otros ejemplos de su constancia en la amistad los tendríamos en el elogio póstumo que hace del Conde de Aguilar y Marqués de la Hinojosa, en los testimonios de admiración y continuidad de afecto

(29) R. del Arco. *Don Vincencio Jusu de Lastanosa. Apuntes bio-bibliográficos*. Huesca, 1911, pág. 47.

(30) *El Crítico*, II, cr. IV. Vid. Romera Nnvarro. *Una página curiosa del «Crítico»*, en *Hisp. Rev.*, 1936, IV, págs. 367 y 371, refundido en notas de la ed. cit., páginas 135-139.

(31) En efecto, sus *Obras líricas y cómicas, divinas y humanas* no se publican hasta 1690.

que tributa en sus libros al valeroso militar portugués D. Pablo de Parada, su entrañable amigo, desde que le acompañó en el sitio de Lérida. Pero, entre todos, el que nos muestra de modo más patente la grandeza moral del escritor, es la adhesión que manifiesta a D. Francisco María de Carrafa, Duque de Nocera, magnate italiano al servicio de España. Cuando le dedica *El Político* (1640) estaba el Duque en su auge, como Virrey de Aragón. "Protesto que no alienta mi pluma el favonio de la lisonja", podrá decir Gracián muy alto (32). Debió establecerse una íntima relación entre ambos, porque el jesuita asiste al Duque en una enfermedad durante este mismo año. Pero la inestabilidad de las glorias humanas hace que este gran personaje descienda de su apogeo con estrépito. Es procesado y encarcelado un año después por su fracaso de Valls, y muere en la prisión en 1642. Nada importa para que Gracián, consecuente en su fidelísimo recuerdo, siga elogiando al amigo cuantas veces le viene su nombre a la memoria. Y así, en 1648, le considera "plausible en entrambas naciones por sus grandes prendas, de superior entendimiento, indecible agrado, humano trato, galantería con que hechizaba las gentes, y, en una palabra, él era universal héroe" (33); en 1646 recordará que "aunque le faltó al fin la dicha, no la fama" (34), y todavía once años después de muerto le llamará "aquel amigo de sus amigos y que tan bien lo sabía ser" (35).

Lo mismo podríamos decir del propio Gracián al comprobar su adhesión apasionada por aquellos que fueron sus amigos, aun después de muertos, cuando ya nada podían favorecerle; su temple intergerrimo para proclamar paladinamente, con la cabeza muy alta, su amistad por aquellos a quienes la adversidad había derribado, aunque ello le perjudicase. Era todo un hombre de corazón, amigo de sus amigos, en la vida y en la muerte, en su próspera y adversa fortuna.

Y, sin embargo, la vida de relación y el trato cordial, que constituían para él un indecible placer cuando se limitaba a gentes diletas y seres de excepción, fué también la causa de la mayor parte de

(32) *El Político* «Dedicatoria».

(33) *Agudeza*, LV.

(34) *El Discreto*, XV.

(35) *El Crítico*n, II, cr. III.

sus males en la última etapa de su vida. Más que de su altanería, espíritu de independencia y difícil humor con los necios, provienen de su excesiva complacencia con gentes mediocres; ¡él, que con tal insistencia recomendaba rehuirlas! Su aptitud para la generosidad le llevó a incluir en su *Agudeza*, frecuentemente con magnánimos elogios, composiciones de poetas menores, de tercero o cuarto orden, quizá tan sólo por el hecho de ser amigos suyos y aun de algunos que quizá no lo fuesen demasiado, como el Padre San José o su hermano en religión el Padre Rajas, acaso el inductor del virulento e injusto ataque que le dirigieron de Valencia en la *Crítica de reflexión*.

A partir de su publicación va asediándole la insidia de estas gentes en apretado y sutil cerco contra el que se rebela. Solamente cuando el eco de la conspiración llega a las altas jerarquías de la Compañía, y se le invoca el sagrado deber de la rigurosa obediencia, se rinde y acata.

¡Gran figura moral la de Gracián, con todas las virtudes inflexibles de la estirpe pura! Entre todas las regiones de España, Aragón sintetiza, mejor que ninguna, el carácter indomable, fuerte e independiente de los españoles”, dirá *Azorín*, al referirse a otro aragonés representativo, Mor de Fuentes. Pues bien, aunque esta región sin flaqueza haya dado vida a tantos hombres enterizos, acaso ninguno lo sea tanto ni tan ejemplar como Gracián, que es nada menos que todo un hombre, sin claudicaciones ni blanduras, de vida rectilínea como el dardo en el aire, que da a lo humano lo que le pertenece y a Dios lo que es de Dios.

“Esta mi entereza me pierde” (36), dirá un personaje suyo, al que hace hablar así, como si en esta dolorosa confidencia se hallase todo el meollo de su carácter, pero también esta entereza le salva, porque es lo que le da a su obra ese vigor y frescura inmarcesibles.

Que los demás, aquellos que aspiren a la victoria efímera, al triunfo humano y a la fama, pongan en práctica las reglas de prudencia o de astucia en el trato con el mundo y en su debatirse contra los malvados, aunque siempre templadas por una reserva moral.

Para sí mismo, tales fórmulas no cuentan. Su firmísima actitud ética ante la vida no admitirá transacciones, ni simulaciones, ni conatus, ni venalidades. Se sabe en posesión de la razón, de la jus-

(36) *El Criticón*, II, cr. I.

ticia, y combatirá a diestro y siniestro contra toda ignominia y pondrá en la picota a cuantos se desvíen del verdadero camino. Varón virtuoso, sabe que, en última instancia, al hombre —peregrino por la vida— sólo cabe la elección entre el Bien y el Mal, y así proclamará “que no hay otra honra sino la que se apoya en la virtud, que en el vicio no puede haber cosa grande” (37), y él, como Critilo, el personaje que ha creado a su imagen y semejanza, tomará por la senda más difícil.—E. CORREA CALDERÓN.

SOBRE UNA POETICA DE LA SANGRE

LA obra de arte no puede sublimar más que los hechos cotidianos, las costumbres, las manías, en una palabra, la manera de ser íntima del poeta. La fuerza del genio consiste en elevar a genérico lo más ajeno a lo genérico. El poeta cree a su obra hechura de un modelo ideal, cuando, en verdad, no es otra cosa que imagen y semejanza suya; producto de la osmosis y endosmosis de su yo y el mundo circundante.

Ahora bien, para el crítico es, precisamente, lo externo —expresión o lenguaje—, el espejo donde se refleja ese mundo misterioso que Taine, ayudándose del tiempo, del espacio, de la raza y del medio ambiente, proponía en coordenadas, casi cósmicas, para explicar el milagro de la obra de arte. Pero el crítico no debe considerar el lenguaje por lo que es voluntariamente para el poeta, sino por lo que tiene de reflejo oculto e inconsciente de su yo. No está el problema en las bellas palabras que copuladas felizmente bajan en río espontáneo, caudaloso, de belleza. Su corriente es fácil y engañadora. Hay que remontarla hasta la adusta roca donde nace el manantial difícil y alejado que el poeta gusta de huir abandonándose a la fácil pendiente y al gozoso viaje. Busquemos las palabras punto de partida, las palabras clave, las palabras instintivas en las que el poeta nos abandona su verdad.

Ante la poesía española contemporánea poco hay que inquirir en una búsqueda de esta clase. Podríamos exclamar con el Alighieri: *Chi*

(37) *Ibid*, cr. XII.

poria mai dicer del sangue appiero ch'iora vidi. ¡Cuanta sangre! Esta palabra, algo más que una moda o un tópico, abre ante nosotros un panorama de encendidos resplandores y nos sume en una sorprendente meditación. Porque no es la sangre considerada como una de esas palabras fatalmente poéticas que tienen que ser empleadas a menudo, y que lo han sido en todo tiempo y por todos los poetas, no; la proliferación casi milagrosa de esta palabra en la poesía contemporánea si ha degenerado en tópico no deja por eso de significar algo más hondo, una raíz oculta de misterioso símbolo o un signo de expresión del subconsciente.

La palabra sangre, igual que amor, alma, corazón, etc., pertenece al rango de las palabras necesarias en poesía. Es la sangre heroica, la “negra sangre” de los héroes homéricos, o la de los vikingos, la vengadora del centauro Neso o la encantada del dragón en que se baña Sigfrido. Es la que la cólera del turco, por boca de Herrera, quiere derramar cuando pide: “hagamos de su sangre un grande lago” en aquel “antiguo tiempo sanguino”, que decía Garcilaso. Sangre es casi siempre símbolo de guerra, de lucha o de crueldad. La idea culmina en el fogoso Quintana:

de arena y sangre y de sudor cubierto

en ecos el horror: corre la sangre

sangrienta encadenada, te arrancaron.

Lope, profundamente humano, llama al amor “conformidad de la sangre”, simbolizando en ella, tal vez, todo ese oscuro mundo de instintos e inclinaciones que Goethe proclama en *Las afinidades electivas*, y adelantándose a la concepción spengleriana de la circulación de la sangre como órgano de la existencia cósmica, como símbolo de vida, como trazo de unión entre nosotros y las generaciones de los antepasados, uniéndonos en un ingente conjunto sometido al *sino* —Lope añade también, muy justamente, en su definición, “y las estrellas”— al ritmo y al tiempo.

Punto de partida puede ser éste en la *sed de sangre* de la poesía española contemporánea, y, rara, fatal o sabia coincidencia la de nuestra poesía con la de otros países, especialmente la de Francia, donde

sin duda hallamos el origen próximo de nuestro ensangrentado panorama.

¿Quién dió esta inclinación a los poetas franceses? Hay que remontarse a Bretón y a los surrealistas militantes, y sobre todo a Pierre Jean Jouve, que en los títulos de sus obras es característico: *Sueur de sang*, *Histoires sanglantes*, y hasta en su último libro *Gloire* la sangre corre en abundancia. Detrás de Jouve no hay que buscar demasiado para tropezarnos con Freud (1).

Examinando la poesía contemporánea francesa encontramos que todas las metáforas o imágenes de sangre son puramente visuales:

les tiges du sang mort

(AUDISIO.)

les branches mûres du sang

(LUC. DECAUNES.)

le buisson des veines

(P. EMMANUEL.)

votre sang qui crie dans les corolles

(AMROUCHE.)

les longues roses de sang

(GAILLARD.)

En esta especie de botánica de la sangre, los vegetales no tienen vigor ni movimiento, son siluetas estilizadas. Algo como la representación esquemática de la circulación sanguínea en aquel árbol de ramas finas y coloreadas que nos extasiaba en nuestros días escolares.

Refiriéndose a la boga de este vocablo en Francia, Audisio sostiene que la sonoridad del monosílabo *sang* favorece su empleo. Pero tanto en francés, y aun más en español, hay palabras superiores en sonoridad y sugerencia. En español, sobre todo, son inadmisibles teorías de esta clase, ya que desde el punto de vista fonético, con su nasalización de la primera sílaba, sangre no es una bella palabra atendiendo a su musicalidad.

(1) Audisio, G.: *Cahiers du Sud*, Fev., 1943.

Bachelard, en *L'Eau et les Rêves*, habla de una poética de la sangre, y cita a propósito de ella una frase de Edgar Poe: "Cómo caía esta sílaba vaga, helada y grave." La sílaba es *flood*; pero la fonética de esta palabra inglesa, si dista mucho de la francesa *sang* aun está más lejos de la española *sangre*.

Hay algo, tiene que haber algo más hondo que meras condiciones externas en la determinación de esta agonía sangrienta en que se debaten los jóvenes poetas de hoy.

El valor intrínseco de la palabra sangre es indudablemente fundamental. Sin acudir a Spengler apreciamos en ella todo el hondo sentido de *fatum*, todo lo amplio que su significación, como símbolo vital y eterno, encierra.

Los poetas que emplearon esta palabra hasta nuestros días tenían motivos claros y precisos para hacerlo, y leyendo a cualquiera de ellos se advierte que la palabra sangre aparece veinte veces menos que cualquiera de las otras consagradas como necesarias en poesía. Hoy es justamente todo lo contrario: se emplea diez, veinte veces más. Ventaja de este abuso, más que uso, es la floración de un espléndido juego de metáforas e imágenes en que triunfa la originalidad y la potencia creadora de cada poeta al ofrecernos su sangre. Y no son los tiempos de guerra y de lucha los culpables de este símbolo; tampoco lo es el cuadro sanguinario y lujurioso de la obra d'anunziana del *San Sebastián* a la *Pisanella*, de la *Leda senza cigno* hasta el mismo *Notturmo*. No, los poemas más ajenos al tema bélico, los motivos más alejados del encendido ardor, van marcados indefectiblemente con la roja huella.

Pierre Jean Jouve, y detrás Freud, o Freud y en su seguimiento el surrealismo; he aquí los más ciertos orígenes de su concepto actual. ¡Surrealismo, mágica palabra que explica tantas cosas! Con Freud el mundo inconsciente se nos presenta al análisis como terreno no sólo de poesía, sino de creación; el mundo inconsciente y el mundo de los sueños no necesitan de la elaboración intelectual. Sólo la sangre sigue su ritmo sucesivo o sincopado; la sangre reina y permanece alerta, mientras el cerebro está lejos de la coordinación o sumido en el sueño.

Triunfó la verdad y el absurdo del surrealismo en Francia; Jules Supervielle es traducido por nuestros más destacados poetas, ante sus ojos:

Altos llanos de sangre

(Asir: "Corazón".)

*Que tu sangre se apacigüe
por favorecer la noche*

(Idem.)

¿Adónde están...

.....

*mi sangre y su itinerario
premeditado en mis venas?*

(Aparición.)

Se advierten voces de fuera mágicamente enjauladas en la prisión poderosa de un Alberti o de un García Lorca, y, por último, viene a España Pablo Neruda, el poeta de la energía subceleste hecha canto, el dominador de un monstruo de dos caras: el surrealismo y la infra-realidad. Con él el rito sangriento que se había iniciado antes se yergue plenamente hacia el triunfo.

Es Neruda quien retrata a García Lorca con la

boca de sangre sumergida

(Oda a García Lorca.)

y mientras Alberti adivina el ritmo de

La sincopada sangre ya intranquila

proclama el momento de

...el hallazgo de sangre.

(El mal minuto: "Los ángeles sonámbulos".)

Una vez en su poder el hallazgo lo prodiga en sus versos:

*Ve su pecho encendido en dos arroyos
de agua y sangre...*

Y con la paradoja que encontramos en todos los poetas de la *sangre*, la suya es contenida y contención.

*cien puertas de siglos
tapiaron mi sangre*

(“El Angel mentiroso”.)

Son puertas de sangre

(“El Angel rabioso”.)

las que detienen la eternidad.
O son los ángeles que

*bajan a la garganta
a los sótanos lentos de la sangre*

(“Los ángeles sonámbulos”.)

Sin duda porque el hombre, en su más hondo sentido, lleva en sí la roja significación de este signo, y a su contaminación vemos

*...yedras que al contacto de un hombro
se incendian y llueven sangre*

(“El Angel falso”.)

En todas partes la sangre. Lorca la encuentra:

*Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato;
debajo de las divisiones
hay una gota de sangre de marinero;
debajo de las sumas, un río de sangre tierna.*

(New-York: “Oficina y denuncia”.)

Y ésta es la primera y auténtica sangre surrealista, una sangre invasora de caminos absurdos y de audaces fantasmagorías que no tiene relación ninguna con Juan Ramón cuando nos dice:

*Y mi última sangre será el puro
primer color de tu ascensión gloriosa*

(Muro con rosa: "Sonetos espirituales".)

La sangre del novecentismo, lo mismo que su antecesora la de los poetas modernistas, es ajena a la simbolización actual del mito. Nada tienen que ver estos versos de Villaespesa:

se desangra la fuente como por una herida

y estos otros de Manuel Machado:

*Pintaré la preciosa
gota de sangre, roja como guinda,
en el pétalo rosa del dedo de Lucinda
al coger una rosa.*

(Música di camera.)

con el concepto de sangre y sus complicadas metáforas actuales.

Jóvenes poetas, entre los que se encontraban los que hoy forman el grupo de ESCORIAL, han sido los autores o artífices de este collar de rojas gemas que la poesía contemporánea ostenta.

Para Luis Rosales la sangre es todo lo hondo y todo lo alto; lo grave y lo leve:

Jardín donde la sangre vuela y pesa

(De cómo fué gozoso el Nacimiento de Dios N. S.)

y así el vuelo

de sangre en asunción junto a la rosa

(De cómo vino al mundo la oración.)

o lo subterráneo:

Ay, tenías que cavar la hondura de mi sangre

(Asunción y bienaventuranza: "Abril".)

Ay, busca tú la sangre tierra adentro

(Soneto 4: "Abril".)

*y cuando la sangre sea la luz más
interna de todas las luces*

(Elegía: "Abril".)

y sólo el amor es para este poeta más arcano:

con presencia de amor anterior a la sangre

y triunfa en él la idea spengleriana de la sangre de los antepasados:

la sangre es unidad derramada en el tiempo

(Cántico del destino: "Abril".)

y en bellas expresiones es barco y mar a la vez

sobre la sangre anclada del corazón del mundo

(Idem: Id.)

y la paciencia intacta naufragará en la sangre

(Ascensión hacia el reposo: "Abril".)

Hasta proclamar definitivamente su triunfo

Una gota de sangre colma la primavera

(Anunciación y bienaventuranza: "Abril".)

Para Juan Panero, el malogrado poeta, la sangre es solamente la
suya propia, sin metáforas que la disfracen:

Con el sueño en la sangre y el corazón tranquilo

(Presentimiento de la ausencia.)

que me cuaja la sangre de agonías

(Sonetos amorosos.)

*porque el cielo ha de ser quien confirme en mi sangre...
la gloria de tu nombre.*

(Tu dulcísimo nombre.)

y su hermano Leopoldo, aunque no es poeta de la sangre, nos afirma:

La historia de mi sangre es verdad y es leyenda.

Otros poetas abandonan el pronombre posesivo, y de nuevo nos la encontramos más imprecisa, envuelta en adjetivos de sugestiva visión poética, como son estos de Luis Felipe Vivanco:

y la preferencia de la sangre enamorada

(Balada de la vida profunda.)

Como la sangre altiva que no olvida su más bella ilusión adolescente

(Balada de la palabra en el campo.)

Canto será la sangre levantada y unida

(Salmo de elevación.)

Con José María Alfaro adquiere personalidad, ya duerme, ya grita:

*¡Ay, la sangre se duerme debajo de los árboles
sin sombra y sin calor, soñando con la aurora!*

(Otoño.)

no sé si es sangre la que grita en torno

(Confesión con lluvia.)

Es Germán Bleiberg el poeta que da a la sangre una amplitud universal, para él es cuerpo y alma; y algo aún más allá de lo humano y lo incorpóreo, así dice:

*Como los lirios que nacen bebiendo sangre de la tierra
tú, mi amada, ni cuerpo ni alma
tan sólo sangre penetrándome de vida*

(Elegía I.)

*¡Convertid, ángeles, oh ángeles, estas lágrimas porvenir de nieve en
sangre unitiva!*

(Idem.)

*Tú vuelves en forma de lágrima
florecida entre mi sangre.*

(El amor y el paisaje.)

*Y sólo yo, sin nombre
vivo tu sangre...*

(Meditación del Alba.)

A veces, parece apagar su rumboreo para hacerse silencio:

Amanecer de sangre silenciosa

(Elegía II.)

Mi sangre entre mis labios sin sonido

(Idem.)

y otras, por el contrario,

*Las primaveras
de tu sangre sonora*

(Meditación del Alba.)

o compenetrada con la naturaleza toda, está en las formas vegetales,
en la lluvia, en el mar, en el aire, en los pequeños seres:

*En mi sangre perfumes
de almendro solo*

(Meditación del Alba.)

Como la sangre convertida en rosa

(Elegía II.)

Mas la sangre de espigas infinitas

(Elegía III.)

*Era la lluvia fértil
como sangre que riega
lirios enamorados*

(Aria de la lluvia.)

Una mariposa que sangre
(El amor y el paisaje.)

¡Oh sangre de la mar enloquecida
(Elegía II.)

¡Oh Virgen del Henar, aire sangrando!
(Idem.)

Y yendo más lejos el sentido universal que para este poeta tiene la sangre llega a lo pasado, a la tenue lejanía de la añoranza:

Por la sangre brotando del recuerdo
(Elegía II.)

Siguiendo a Bleiberg, Dionisio Ridruejo lleva a su apogeo la metáfora sangrienta.

Como Juan Panero, emplea frecuentemente el posesivo e incurre en las contradicciones de todos los poetas en su adjetivación, y unas veces la siente hervidora

mi sangre asciende a ti cálida y pura
(Soneto: "Primer libro de amor".)

a ser floridos por mi sangre ardiente
(Idem.)

Mírala arder aquí donde se cierra
el hervor de la sangre que me mueve
(Idem.)

o se hiela hondamente:

a esta mi sangre dolorosa y fría
(Idem.)

y se hace tromba la callada y fría
sangre que recordaba del pasado
(Poemas breves: "Primer libro de amor".)

El sentido mineral, casi inerte de la poesía de Ridruejo, se transmite también a su manera de interpretar la sangre. Hasta la hiedra adquiere una definición de mármoleo plinto:

Mi sangre se hace hiedra retorcida

(Soneto: "Primer libro de amor".)

Y este pesado rodar que es la vida

*Muela que mueve amor, presente vida
con la sangre arrastrada por pinceles*

(Elegía a un retrato: Idem.)

¿Adónde lleva el mito de la sangre a este poeta?: al amor; él nos lo dice así:

*Quisiera congregar las puras sendas
de mi sangre en tus labios donde aspiro*

(El bosque arrancado: Idem.)

En Alfonsa de la Torre tiene esta palabra, aunque la emplea raramente, un sentido hondo, no sólo de fuerza vital, sino anímica; que puede sentirse desfallecer:

*Habla, que hasta en los párpados escrita
tengo tu voz, antigua resonancia
que mi cansada sangre necesita*

(Soneto I: "Egloga".)

y aquí un auténtico fervor de holocausto:

*Oh, la paz del silencio, paz bendita
glorifico tu origen con mi sangre*

(Oda al silencio: "Egloga".)

Los poetas de estos últimos tiempos sienten verdadero entusiasmo por la palabra. Las metáforas siguen a las metáforas, las comparaciones más o menos originales suceden a los hallazgos felices. Como este de Salvador Pérez Valiente, que llama al buey

Sangre deshabitada

(El Buey: "El corazón en su sitio".)

pero su sangre es la auténtica y roja sangre sin surrealismos,

*por el cristal viene y va
sangre sin velocidad
aséptica banderilla*

(Quirófano.)

y he aquí dos raros adjetivos de Pablo Cabañas:

esta sangre anhelante y embozada

y otro más:

para mi corazón de sangre erguida

El mundo taurico de Rafael Morales tiene que ir necesariamente proclamado por la sangre, a veces completamente oculta por la metáfora:

Este fuego que habita tu osamenta

(A un toro blanco: "Poemas del toro".)

o tiene trasmutaciones poéticas:

y la sangre se ha vuelto largo lloro

(Pasión: Idem.)

y en seca flor tu sangre convertida

(A un toro viejo: Idem.)

Pero la generalidad de los actuales poetas la envuelven en brumas surrealistas como José García Nieto:

sobre la sangre inédita del celo

(Soneto.)

Sangre parada en trance de latido

(Al bailarín de un tiovivo.)

Y así toda la joven poesía de hoy se anega en su propia sangre o la retuerce en las volutas y espirales de un afán metafórico ilimitado que se mueve entre lo absurdo y lo imposible (1).

Meditemos: ¿Qué significación puede atribuirse a lo que, empezando con la fuerza de una raíz antigua hundida en ese oscuro mundo de lo inconsciente, deviene a pasos agigantados tópico y uno de los de menos crédito?

Siempre ha habido en poesía modos y aun mejor palabras que definen a un autor o representan una época. No confundamos las segundas con las primeras. Estas representan algo personal que nadie puede tocar como la rosa de Juan Ramón, el azur o la púrpura de Rubén, los nardos de García Lorca y los ángeles albertianos. Las otras están más a la mano de los poetas, representan una época tanto como una moda, tal vez hasta una contraseña que abre la entrada al santuario secreto de la poesía.

Contraseñas y no otra cosa son, sin duda, en la poesía actual, determinado número de palabras cuya posesión hace presumir al profano el acceso al misterioso recinto de la consagración.

En breve resumen podemos citar algunas: Los adverbios en *mente*: "heridamente" —herencia nerudiana—; los superlativos en *ísimo*; el panorama blanco: *nieve, albura, azucenas* —reminiscencia simbolista—; la geometría lineal y del espacio: *ángulo, horizontal, vertical, esfera, prisma*; con afán intangible: *lo exento, lo intacto*; o con ansia de inercia: *mineral y piedra*; campeando sobre todas ellas, como individualizando al poeta, la *voz* e hiriéndole con rito de sacrificio antiguo la *sangre*.

Avisemos el peligro. Hay poetas, excelentes poetas que se están encerrando en el estrecho círculo del tópico, y hay otros, falsos poetas, arribistas de la poesía, que han podido penetrar en su sagrado templo manejando osadamente con desgarrada audacia esas palabras-clave, santo y seña del incógnito jardín de las musas. Después de logrado el acceso, y recibido por su mixtificación el espaldarazo, se desenvuelven lo mejor que pueden. Estos falsos sacerdotes son los culpables del des crédito de un culto.

Contraseñas, consignas, todo es válido en poesía; pero, atención, es

(1) Podría continuar citando indefinidamente, pasan de mil las fichas que poseo sólo de la poesía más reciente.

inútil tanto engaño; el que no entre en estado de gracia poético, luchará en balde contra la secreta desesperación de la impotencia, sus huesos no harán fecundo el campo del arte y su flor no será cortada por las generaciones futuras.—J. ROMO ARREGUI,

MEMORIAS DE A. DE TOCQUEVILLE

EL Conde Alejo de Tocqueville era casi únicamente conocido por dos libros: *El Antiguo Régimen* y *La Democracia en América*; dos obras que se habían hecho clásicas, al modo de *La Ciudad Antigua*, de Fustel de Coulanges, y más notorias que leídas ya en nuestros días. Pero a Tocqueville le ha dado nueva actualidad el haber sido, en cierto modo, un precursor de aquellos que, posteriormente, iban a mostrar el auge y la preponderancia social de las masas.

El año 1939 se publicó en Inglaterra un libro de Mayer titulado precisamente *Un Profeta de la Era de las Masas: Alexis de Tocqueville*. Pero las páginas que han visto la luz en Francia recientemente (1942) tienen más de diario íntimo que de tratado doctrinal, y la experiencia que ellas reflejan es, quizá, la que ha determinado, luego, las teorías formadas en la mente de su autor y formuladas en las obras antedichas.

Este libro, por ser un recuerdo minucioso de jornadas políticas del siglo XIX francés, puede tener un interés muy relativo para la mayoría de los lectores, pues que son pocos los especializados en tan difuso tema.

Pero el mayor atractivo, o el más general al menos, que se desprende de él, está en su aportación psicológica. En estas memorias, por lo que tienen justamente de diario íntimo, vemos a Tocqueville tal y como era: con su elevación de sentimientos y de miras y con la repugnancia que le causaba este laboreo en los ingratos campos de la política a que se creía moralmente obligado y que le alejaba totalmente de su verdadera vocación: la investigación histórica. Se nos aparece, al modo de otro Maine de Biran, incapaz de adaptarse a la realidad ambiente: son dos tenuous fantasmas, mezclados entre la muchedumbre del siglo XIX. Ni Lamartine ni Chateaubriand —pese a su genio lírico y a su auténtico aristocratismo— tienen la perdurable distinción de estos dos hom-

bres. Hay en aquéllos más poder de ambición, y por consiguiente, mayor arribismo. Dice Luc Monnier, en el prólogo de este libro, que: "Leyendo estas memorias se comprenderá mejor lo que fué el liberalismo de Tocqueville, tan traído y llevado, y que es más bien una actitud moral que una doctrina política. Tocqueville no pronuncia la palabra libertad sin añadir la de dignidad. Lo uno es complemento indispensable de lo otro, pues sin dignidad, ¿qué libertad hay que valga?"

En cuanto al hombre, una anécdota, como siempre, reflejará mejor, en esas páginas, la viva sensibilidad que le distinguía: "Había llevado—refiere—aquella mañana, a la Asamblea, un bastón-estoque y lo había dejado en el hueco interior de la puerta. Iba a recogerlo, cuando oí el redoble de los tambores, y ya no lo encontré. Un instante después, la ola humana me condujo cerca de un muchacho que tenía en una mano un sable desnudo y en la otra mi bastón, y que gritaba con todas sus fuerzas: ¡Viva la Asamblea Nacional! —Un momento, le dije, ese bastón es mío. —Me pertenece, me respondió. —Tan sé que es mío, repuse, que lleva un estoque dentro. —Ya lo creo, replicaba, como que lo hice poner yo mismo hace dos días; pero, ¿quién es usted?, añadió. Le di mi nombre. Acto seguido se quitó el sombrero y, ofreciéndome el bastón respetuosamente, me dijo: —Señor, el bastón es mío, pero tengo mucho gusto en prestárselo, pues, acaso, pueda necesitarlo más que yo; iré a recogerlo a casa de usted... Al día siguiente yo encontraba mi bastón en un rincón de la Asamblea. Se parecía tan perfectamente al de mi ladrón que me fué imposible distinguirlos, después de haberlos barajado, y no supe jamás si era el mío o el suyo el que le devolví cuando, en efecto, vino a mi casa."—A. M.

JOSE SUAREZ CARREÑO: "LA TIERRA AMENAZADA"

EL nombre de José Suárez Carreño no es enteramente desconocido para quienes siguen con alguna atención el desarrollo de nuestra poesía contemporánea. La serie de sonetos publicados en las páginas de esta Revista, más la lectura que dió en el ciclo organizado por la Delegación Provincial de Educación Nacional, en su aula de Cultura, nos lo dieron a conocer como un poeta de voz honda y grave, delicada

y ardiente, con la que era necesario contar. Aquella promesa, fruto seguro para muchos, la vemos hoy plenamente realizada con la publicación de su primer libro, *La tierra amenazada* (1), aparecido con bastante retraso en cuanto a la fecha de su composición, que hay que remontar, según consigna el propio poeta, a los años 1937-1939. Estas fechas, así como su contenido, nos indican que es un libro vivido y escrito durante nuestra guerra civil, en sus campos y en sus frentes. Pero los años que han pasado desde que se compuso no estorban para nada a sus valores líricos y humanos, porque estos valores, aunque creados en los campos de la lucha, tienen muy poco que ver con ésta, y mucho más con las cosas eternas del hombre y de la naturaleza, del espíritu y del paisaje.

El gozo que nos proporciona la aparición de este primer libro de José Suárez Carreño parece más justificado si nos paramos a considerar la pobreza que, en general, informa la poesía inspirada en aquella guerra. No muy abundante (al menos del lado nacional, que es del único que puedo hablar con algún conocimiento de causa), y aunque cuenta ya con alguna mediana antología, era sobre todo su pobre calidad, su bajo tono medio, lo que nos hacía desear un libro como éste, cuya poesía, tan desnuda de retórica como de tópicos bélicos, se sostiene a sí misma en gracia a la impresionante evocación del paisaje de la guerra, de los elementos naturales que sirven de fondo a la soledad y al tiempo del soldado: los campos desiertos, la tormenta, la sierra, el viento, la muerte...

Ya el poema inicial del libro, "Campos del frente", logra esta evocación con una sobriedad de trazo insuperable:

*No pasa nadie por ellos.
De vez en cuando se quedan
como ajenos a las balas
que en el aire van secretas.*

En este primer poema, a pesar de su breve y sobria estructura, se siente ya toda la dramática, angustiosa vida que toman de pronto los campos y los cielos de la guerra, espectadores desolados, y sólo en apa-

(1) *La tierra amenazada*, vol. V de la colección «Adonais», Editorial Hispánica, Madrid, 1943.

riencia indiferentes de la lucha del hombre. La eternidad e inmutabilidad de la naturaleza pesando gravemente en los ojos del soldado, en las lentas pausas de la guerra, están evocadas en éste y otros poemas del libro —“Las horas de la noche”, “La chabola”, “Recuerdo de los muertos”— con un soneto verdadero y patético.

Pero es la constante de la soledad la que señala, a través de este libro, los mejores aciertos líricos de su autor. Si el conocido libro de Vossler sobre la soledad en la poesía española tuviese una continuación hasta la lírica de nuestros días, estos poemas de *La tierra amenazada* habrían de servir de singulares ejemplos. El soldado —un soldado cualquiera— está presente en estos poemas como hombre, y como hombre en soledad: el centinela, el desaparecido, el enlace, el soldado en la tormenta, en la sierra, en la noche, en la muerte. “El soldado solitario” es el título que el poeta pone a uno de sus poemas. No hace falta decir que el soldado evocado en ellos es el mismo poeta que los escribe, el mismo que usó la tierra presente en esos versos, la tierra amenazada. Pero este soldado, que así canta su soledad y su angustia, la sierra y el cielo que le rodean, no reacciona como un intelectual solitario, nostálgico de ciudad y de arte, sino como un hombre cuyas reacciones frente al paisaje y al viento del combate son elementales, pura y desnudamente humanas. Elementalidad que tiene, sin embargo, en la guerra acentos de un patetismo a veces impresionante dentro de su sencillez, y que está expresada en algunos de los poemas de este libro con toda la justicia y la fuerza necesarias. Véase, dentro de este aspecto, uno de los poemas más breves, pero no menos conseguidos, el que lleva el título “Centinela al oscurecer”:

*Siento frío. Es el viento
desnudo y grande.
Hora oscura, y la cima
—peñas—, sin nadie.*

*Yo solo. Sobre un mundo
hostil, de piedra.
Yo solo, alto y sereno,
de centinela.*

Esta constante de la soledad, que es una de las características más

importantes del libro, lo enlaza con la magnífica tradición española de poesía de soledad, y especialmente con la poesía de Antonio Machado, a la que recuerda en más de un momento. Influencia visible, sobre todo en algunos poemas —“Recuerdo de los muertos”, “En la espera”, “Presentimiento”—, en los que la técnica —cuartetas de endecasílabos, rizando en asonante el segundo y cuarto versos, e introducción de un elemento asimétrico con la mezcla de algún eneasílabo— recuerda también a Machado. Así en el comienzo del primero de los poemas que acabo de citar, uno de los más hermosos del libro:

*Está la encina solitaria y triste
en la parda quietud de aquel terreno.
En el campo de peña miserable
es un árbol desnudo, gris, tremendo.*

*La única voz de los peñascos mudos
que ponen su dolor junto a los cielos.
La única voz que nace de esta tierra
es su tronco desierto, adusto, ciego.*

En otros poemas pueden destacarse endecasílabos en que hay también ecos visibles de Machado. Así éste de “Presentimiento”:

La adusta soledad de mi silencio

O este otro de “En la espera”:

En la oscura quietud de la arboleda

Estos pocos ecos machadescos no quitan un ápice de originalidad y de personalidad a este libro, que posee una voz propia y un acento de madura y verdadera poesía. En la poesía de Suárez Carreño hay siempre una nota dramática del paisaje y del hombre, cuya violencia suele suavizarse en Machado por un halo de resignación, que inútilmente se buscará en Suárez.

Enlazado con el tema de la soledad del hombre en la guerra, debe destacarse el tema de la sierra, dramáticamente visto. Una serie de poemas —entre los cuales “La sierra resonante”, “La tormenta”, “Paisaje

en forma de pinar”, “Canción junto a los pinos” y “Hacia la tormenta” son los más característicos— tienen como protagonista a los pinares de la sierra —la Sierra de Guadarrama, en cuyo frente vivió la guerra su autor—, a la madera combatida por el huracán en las cimas más altas, dolida humanamente por los embates del viento desencadenado. Así en “La sierra resonante”:

*¡Oh, pinos del Guadarrama!
Se mezclan con las estrellas
y suenan vagos, lejanos,
mar levantado, madera
que pugna por separarse
de lo oscuro de la piedra.*

En forma de breves canciones, de versos generalmente cortos —cinco, siete y ocho sílabas— aciertan estos poemas en la evocación, casi siempre dramática, del paisaje de sierra y de la fría soledad en que se debaten sus elementos.

Otros temas aislados —el barro, el vino, el enlace, el paredón de piedra— contribuyen también en no poca escala a darnos la mejor impresión de esta poesía desnuda, adusta, viril, hermosamente ibera, como la propia tierra en que nació. Poesía en la que sólo la inquietud y la nostalgia amorosa, en muy pocos poemas apuntada, asoma con un acento fuertemente romántico, muy personal y apasionado.

No dudamos en estimar *La tierra amenazada* como un primer libro excelente de un verdadero poeta, libro llamado por tanto a ser algún día mejor estudiado y apreciado, y a vivir perennemente en la historia de nuestra mejor poesía.—JOSÉ LUIS CANO.

LIBROS

IRIBARREN Y LAS TRADICIONES POPULARES DE NAVARRA

¿C OMO recomendar con bastante encarecimiento las obras navarras de José M.^a Iribarren? Andaba yo estos días algo revuelto por cierta puñaladita... Me subía la náusea... Bah, gajes de la literatura. Pero empecé a leer estos dos libros de Iribarren, el *Retablo de Curiosidades* y el *Batiburrillo Navarro* (1), y olvidé toda vileza. Tres días felices. Familiares y amigos me veían con el libro en las manos reír a mandíbula batiente, a reventones, con picazón de lágrimas en los ojos. Me veían, y movían piadosamente la cabeza. ¡Ya les tocará la hora de leer: ya les llegará la de reventar de risa! Pero no es de lo jocundo de estas obras de lo que quería hablar.

No son estos sólo libros para reír, ni su autor un vulgar colector de chascarrillos, sino, por el contrario, hombre muy enterado de la erudición impresa sobre temas de su Navarra y que ha sabido recoger la tradición popular en su veta misma. Iribarren narra sin retórica, con un desgaire norteño, quizá algo barojiano, pero con intuición de artista y en un castellano que, entreverado de algún navarrismo, resulta expresivo y gustoso. Los títulos de ambas obras indican bien la índole de su contenido: mezclando lo histórico y lo actual, el autor nos va presentando una serie de curiosidades de su provincia, personajes y hechos, leyendas y sucedidos, bromas y veras. De este "batiburrillo" lo que sobresale es su fuerte y a veces acre sabor popular, su densa concentración hispánica. Pasan en breves capítulos ante nosotros, brujas y curanderos, toros y capeas, una chistosísima selección de epigrafía popular, tipos célebres, locos e inventores estrañalarios, coplas y canciones, refranes, peculiaridades de lenguaje, reacciones populares ante la introducción del ferrocarril, del velocípedo, de los automóviles, de la luz

(1) Zaragoza, 1940 y 1943, respectivamente.

eléctrica, de los globos, del aeroplano... Enumerarlo todo sería cuento interminable.

Si he querido hablar de estas obras es como ejemplo. Porque yo las veo como sillares de una tarea española apenas comenzada: la de la recogida, registro y archivo de nuestras tradiciones populares. En algunos sentidos cierto que se ha trabajado bien, por ejemplo, en la recogida de canciones populares. Algo se ha hecho en lo lingüístico, desde el siglo pasado, con la publicación de vocabularios regionales. Pero la empresa más general y útil (el "Atlas Lingüístico de la Península") está aún, infelizmente, inacabada. En cualquier dirección hay tajo abierto. En algunas apenas si se puede citar un nombre español. Es vergonzoso que para el conocimiento de la cultura material de una gran parte de nuestros campos haya que acudir a los minuciosísimos libros de Krüger o a las obras de otros extranjeros, y que ni siquiera tengamos algo semejante a lo que para Portugal representa su vasto y desordenado, pero útil archivo de cultura popular: la *Revista Lusitana*, que fundó y dirigió Leite de Vasconcelos. Claro está que los libros de Iribarren no son ni han querido ser metódicos ni persiguen un fin científico, pero indican posibles pistas, son un buen índice de algunos temas a los que deberá extenderse la investigación, y contienen ya en sí mismos valiosos elementos para el estudioso. ¡Si cada región española tuviese un Iribarren! ¡Qué cuadro tan coloreado, tan vario y siempre tan profundamente español podríamos obtener! ¡Qué buenos puntos de partida para la investigación sistemática!

No todos tendrán la erudición y el talento literario de Iribarren. Pero yo estoy seguro de que algunas vidas que tal vez se consumen en el tedio de un pueblo podrían tener un aliciente y una esperanza si se consagraran a colaborar —con más o menos rigor científico— en esta generosa obra: la de registrar y conservar para siempre una imagen lo más completa posible del estado en que hemos recibido los hombres de hoy toda la tradición popular de España.—D. A.

Da Filosofia, por Delfim Santos. Porto, 1939; 108 págs.

La obra del Catedrático de la Universidad de Lisboa, Delfim Santos, es hoy casi desconocida en España. El pensamiento de este joven profesor, en el que se evidencian manifiestamente las influencias de las más recientes directrices de la filosofía alemana actual, merece, sin duda, atención. Con esta nota reseñamos uno de sus más recientes ensayos en el que aparecen con nitidez bastantes rasgos de su actitud filosófica (1).

Nos advierte el autor al principio del trabajo que: "el camino seguido no tiene nada de sistemático ni de reflexivo; pretende preferentemente considerar algunas perplejidades del pensamiento en relación con la realidad" (pág. 7). Las últimas palabras retratan el trabajo en el que se quiere hacer problema la mismidad de la Filosofía. Se nos anuncia que el presente estudio, con otros dos que llevarán por títulos *Do Homen* y *Da Metafísica*, completará una trilogía.

En un primer momento parece como si el autor se propusiese dar a esta publicación un carácter, en cierto modo divulgativo queriendo prescindir de toda sistemática, usando además la expresión "nem de reflexivo" chocante en un estudio de carácter filosófico. Parece que se atisba nos vamos a hallar ante algo desprovisto de la debida seriedad filosófica, pero ocurre todo lo contrario: en pocas páginas, y apretadamente, se lanzan una serie de consideraciones sobre la misma esencia de la Filosofía, que vienen a patentizar el talento y la formación filosófica de su autor. Delfim Santos, en plena madurez de pensamiento, después de haber dado a la publicidad un buen número de obras, se pregunta por "que é essencialmente a Filosofia". Las respuestas serán, en muchos casos, semejantes en algo a las que ya fueron dadas a tan acuciante pregunta hecha desde que el hombre reflexiona sobre el hecho mismo de la Filosofía, pero el engarce total de las cuestiones y la perspectiva histórica de un nuevo autor, que se hace la ya secular pregunta con seriedad y profundidad, es muy digna de tenerse en cuenta.

(1) Lleva publicados el autor hasta la fecha los siguientes estudios: «Da nova Universidade», Lisboa, 1934, «Situação valorativa do positivismo», Berlín, 1938, «Heidegger e Hölderlin» (sep.), Pôrto, 1938, «El IX Congresso de Filosofia» (sep.), México, 1938, «Das regiões da realidade» (sep.), Pôrto, 1939, «Sistema e método» (sep.), Pôrto, 1940, y «Conhecimento e realidade», Lisboa, 1940.

Estamos de acuerdo con Santos cuando afirma que la Filosofía parece que trata de captar algo que está fuera de sus posibilidades; resultado de esto son las distintas actitudes que cada pensador toma frente a la realidad que se le presenta con una profunda huella de enigmas y problemas. En el fondo del hecho de filosofar radica siempre lo problemático; pero admitiendo esto y considerando la actitud de un dogmatismo axiomático como impropia del filósofo no podemos decir tajantemente: "que la Filosofía, cuando procura soluciones, deja *eo ipso* de ser filosofía, y mucho más cuando se cree haberlas encontrado" (pág. 51). Pues aunque el filosofar venga caracterizado por una constante actitud inquisitiva no podemos conformarnos con una filosofía que quede reducida a pura y simple inquisición, pues el hombre, en su inquirir, aun cuando sus posibilidades cognitivas encuentren obstáculos más o menos insuperables, puede llegar a algo firme lejos de una postura dubitativa (2).

Al considerar esto hay que advertir que la actitud filosófica de Delfim Santos no está, pudiésemos decir, definida de un modo completo, y el presente ensayo requiere, para su cabal interpretación, la aparición de los otros dos que se nos anuncian. Sin embargo, algunas modalidades del pensar del autor son ya bien claras y definidas: la palabra filosofía respondería, para él, tan sólo a la actitud que adopta el hombre cuando inquiere, cuando bajo la opresión de los problemas trata de buscar su solución; de este modo, dicha palabra vendría a designar para el profesor portugués tan sólo el acceso a las honduras de lo especulativo respondiendo a algo puro y estrictamente gnoseológico. Estas palabras comprueban la dicho: "la Filosofía, como conocimiento de los *primeros principios*, es fundamentalmente la ciencia de las categorías o de los principios de conocimiento propios de cada sector de la realidad" (pág. 67). Sin embargo, contradiciéndose un tanto con la anterior afirmación, parece que Santos no está, según manifiesta en otra ocasión, muy conforme con una reducción de la Filosofía a pura gnoseología, así dice, hablando sobre el dicho de Platón de que la Filosofía debería ser el saber del no saber: "con este aspecto, la Filosofía dejaría de ser saber acerca de las cosas para ser saber acerca del saber; sería, simplemente, epistemología" (pág. 17). A pesar de esto, al separar, como lo hace Santos, Me-

(2) La presente cuestión requeriría un amplio desarrollo que no es del caso.

tafísica de Filosofía, haciendo que estos nombres respondan a conceptos distintos, nos vemos abocados a entender por el último algo puramente gnoseológico, y como tal, previo a la Metafísica. El desarrollo que a esta cuestión dé el autor, en las otras dos partes de la trilogía que nos anuncia, nos permitirá quizá pormenorizar más en la presente cuestión.

En la parte fundamental del ensayo se pregunta el profesor portugués acerca de algo que nos ayuda ciertamente a notar cómo entiende de la esencia de la Filosofía; se trata de examinar el método y el objeto de la Filosofía un poco profundamente. Para el autor es éste un asunto arduo. ¿Cómo salir de esta perplejidad tantas veces experimentada?, se pregunta. La Filosofía no puede ser un saber acerca de todo, su objeto no puede ser todo, pues entonces tomaría un carácter de saber enciclopédico, pero tampoco podemos negar rotundamente que tenga objeto, dado que “la Filosofía no es una actividad descuidada que camina amando la vida, sin saber para dónde va” (pág. 15). Se trata de solucionar la cuestión de llegar a determinar el “ser esencialmente” de la Filosofía, siguiendo el método fenomenológico propugnado por Husserl, lo que se realiza, como se nos anunció al declarar la índole del trabajo de una manera asistemática. Y se llega, en conclusión, a decir estas palabras que concuerdan perfectamente con lo que decíamos antes: “Sin la investigación y sin la clara formulación de las categorías correspondientes a cada sector de la realidad no es posible el establecimiento, en bases más o menos firmes, de una teoría del conocimiento en general” (pág. 72); con la teoría del conocimiento, y dándole una gran importancia, viene a identificar Santos, como decíamos, lo que entiende por la palabra filosofía. Para la feliz marcha del filosofar es preciso, se nos dice tajantemente, una adecuación plena de los principios del conocimiento —*ratio cognoscendi*— a los del ser —*ratio essendi*—, cada esfera de la realidad tendrá como apropiados y privativos ciertos conceptos o modos de aprehensión, que son intransferibles a otras regiones o esferas. Pensando así se concluye que no es lícita ninguna concepción monista del mundo, pues aunque las distintas esferas de la realidad se compenetren en ciertos casos, sin embargo, es clara la independencia de cada una de ellas (3).

(3) Este punto lo desarrolla con amplitud en su obra: «Das regiões da realidade».

Al estudiar la admiración como principio del filosofar, se afirma que la personalidad viene dada por la determinación de los límites que nuestro mundo tiene de común con el mundo que nos es independiente. Al tratar de conocer éste insiste Santos en que no se requiere la generalización, sino precisamente una limitación y corrección de la misma (4).

A lo largo del trabajo, y de pasada, adopta el autor algunas posturas de crítica con respecto a maneras de concebir la Filosofía. Con claridad de criterio se opone, por ejemplo, a la concepción de las últimas corrientes del idealismo, relativa a la conciencia general extrasubjetiva, siguiendo, empero, otras formas de idealismo: el “espíritu objetivo”, de Hegel, y la doctrina de Nikolai Hartmann, de estructura semejante, sobre el “espíritu personal”, el “espíritu objetivo” y el “espíritu objetivado”.—FAUSTINO DE LA VALLINA.

MISTRAL EN LA MEMORIA (1)

PROVENZA es una tierra del Ródano que tiene alto el sol, un eterno calendal de poesía y ritos agrarios en los claros valles, al pie de los Alpilles. Aquí, en esta tierra donde el dístico es labor de felibrige, las gentes campesinas lo que hacen es cantar y reír. La conseja de la avena, que sacude con carcajadas homéricas a Maurras ante los aldeanos, corre todavía entre la Saint Baúme y Marsella, donde las adelfas son azules cada abril bajo las abejas. Mistral decía: “entre nosotros se muere riendo porque somos de raza inocente”. Pero la frase de Mistral sólo es verdad a medias. Debe referirse a los aldeanos

(4) Este problema es tratado con detención en el ensayo «Conhecimento e realidade», una de las más fecundas obras de Santos en la que, a la vista de soluciones dadas por M. Heidegger y N. Hartmann, se tratan admirablemente distintas cuestiones de plena actualidad adoptando, en casos, posturas que difieren de las de los pensadores alemanes citados. En este mismo ensayo se desarrolla con amplitud algo que solamente es tratado de pasada en el estudio objeto de la presente nota: la distinción entre idea y concepto, y entre explicar y conocer sobre lo que no nos detenemos dado que es ajeno a la parte central del estudio que nos ocupa y habrá de ser objeto de nota aparte.

(1) *Mistral*, por Charles Maurras, ed. Barcelona,

más que a sí mismo. El era de otra raza antigua y vieja, y cuando Lamartine habla de Homero ya lo ha dicho todo.

Las tierras de la Provenza dan los hombres de Coudrieir, los más bellos bateleros del Ródano, que viene del Fierka, al pie de los glaciares suizos, y entra después en un país de abadías con armas de vizcondes legitimistas, como los Premostenses de San Michel de Frigolet, donde las golondrinas vuelan entre papeles eruditos. Da también las hijas de la Rouquette, que llevan en la mano una flor y son las herederas del Imperio Romano. Y las de Hauteur, nacidas de Palas, y las de Arelas, que son las primeras pobladoras. Las de Istres, de Graus de Mirama... Mouries, Maussanne. Las de Baux, las de Paradou.

Mistral las enumera en sus estrofas, donde las brisas paradas de la orilla del río se levantan. Cuando saca de la mano a Henriette, que por las romerías de ruedas de cohetes llamaban Riette y era la más bonita de Argeuse a Combes y Domazan, un rumor de alas entenece la estrofa:

Sus le Rose silabin s'enana li lahut

Y de aquí era también la Reina Juana, que tenía palacio en Aviñón, entre torres e iglesias, cielo pontificio y morado. Y en Aviñón está la posadera, a la que los viajeros que venían por el Ródano a la feria de Durance saludaban: "¡Dios está contigo, bella posadera!" Y es Anglose, por la que muere el Príncipe de Orange, junto al puente de Saint Esprit. Y era Nicolette, por la que los mozos del Mas, llevando brazadas de espigas en julio, decían abriendo los ojos: "Una Nicolette que era de Beaucaire." Y Madame Laura, de redondos hombros que todavía al recordarla biselada en un ventanal antiguo cree uno enamorarse del viento. Y son esas de Provenza que aman día y noche. Las de Fontvielle están hermoseedas por un rayo de Magali:

*Ta lindo mar toujours risento,
Dieu l'escampé de son claurun,
come la cendro trelusénto
que deúliga tu pople brun.*

Las tarasconesas son damas de castillo, mientras que las de Barbentan llevan su cesto sobre la cabeza. Desde Tarnégue, Saint Esteve y Lausa

hasta Vernegue las muchachitas tienen risas de cerezas y saben adornarse.

Como las aguas antiguas del Ródano, fluyen en las poesías mistralianas los nombres y los adjetivos. No, Mistral, tu raza, tu "raco", no es inocente, si la inocencia quiere decir gañanía. Un perfume homérica yerra por la Provenza, y nombrándote recuerdo el viejo aquél que esperó para morirte tu llegada con los ojos llenos de lágrimas.

En tus libros están las genealogías fabulosas por las que un pueblo puede descender de los rayos de sol, de los ríos y del viento.

*Mai, o Magali,
Douco Magali,
gaio Magali
es tu que m'as fe trefouli.*

La que hace estremecer al poeta del Mas, que descubrió Dumas, es Mirella. Ella es la poesía artesana y sencilla, dulce otoño que admiran los campesinos de Maillane. Todas las tardes, hacia 1890, se la veía pasar por Segonnaux, país de las hadas, hoy una fea estación de ferrocarril. Decían que hacía versos maravillosos, cuyos protagonistas eran ellos mismos, sus campos y las azules colinas que se ven desde el campanario de la iglesia. Un día aquel señor compró una casa: 200.000 francos. Era un palacio en el que vinieron a habitar las musas mistralianas, damas de las odas lemosinas y provenzales.

Allí vino a morir el poeta, en una vida hogareña y sencilla. Cuentan los campesinos y no acaban. También su padre había sido un patriarca, el último patriarca de la Provenza. El día de su muerte llovía y había un arco iris sobre las delgadas colinas. Con que el viejo antes de morirte guiña un ojo a los parientes y les dice: "¡Buen tiempo para la siembra!"

En realidad, la poesía mistraliana —a la que en estos días Francia invoca— es una poesía virgiliana, tocada con esta unción aldeana por la semilla, con ritmo hesiódico; poesía de la propiedad, el arado y los santos de madera en católicos caminos. Vais por la Creu y allí están las tres Santas de Provenza. Y en San Trófimo, en las fachadas de piedra y luna, se alinean los Reyes santos de Arlés con coronas de oro. En Ermitage está la Mesa del Rey, donde comió San Luis en la Cruzada; y las campanas de Valence lanzan a la noche el nombre de San Apoli-

nar. Todavía, todavía ante el San Nicolás de piedra de Saint Beneret los campesinos, camino de la feria de Beaucaire, medio borrachos, se quitan el sombrero.

Queda indicado el segundo elemento religioso de lo mistraliano. Hay también un gusto de cosa maravillosa, que es el mismo que llevaba a Mistral a profesar una confianza absoluta en el número siete. La estrella de los felibres tenía siete rayos, siete eran los jefes de Font-Segogno y *L'Aioli* salía los 7, 17 y 27 de cada mes. Se va por los senderos a la romería, bajo una gorda luna amarilla cantando, "bien la casaremos a la bella Francisca", y cuando el vino se ha subido a la cabeza ya parece que alguien guiña entre los olivos. ¿Y hay algo más bonito que las leyendas de estos provenzales? Se cree a pie juntillas en el Dragón del Ródano. La Tarasca estaba en un bosque negro y Santa Marta vino a apresarla y se la llevó a la ciudad atada con un hilo de seda.

Por los recodos de la Provenza, los Reyes de Francia iban y venían a la Cruzada: Clodoveo y San Luis, y Francisco I y su hermana Margarita de Navarra —la de los versos perfumados de Ronsard—, y Carlos IX y Ana de Austria, y, la última, la Duquesa de Berry, en 1831.

Los ángeles bajaban del cielo al poeta las claras estrofas que hacían dorada, lejana homérica y maravillosa, la tierra del Ródano:

*Mai Diana e morto e figgidesse a reire
deus lo mouvent tableau de co que passo
autour ai mai, que vou caime d'augueto!*

En los surcos de los arados campesinos se descubrían resurrectas las desnudas diosas clásicas por los mismos días que Mistral resucitaba la lengua *d'oc*. No sé quién, creo que André Francois Poucet, se empeñaba, a pesar de esto, en convertir a Mistral nada menos que en un romántico y a sus musas en neuróticas protagonistas de las novelas a lo Bovary. Pero el propio Mistral recusó toda sospecha. Sus canciones venían del pueblo y él se la devolvía al pueblo en versos amorosos y lisamente sencillos. Los había oído —¿dónde?— viniendo de la romería, escuchando a las mocitas que tienen el corpiño prieto y los ojos claros para bordar pañuelos. Son *El Tesoro*, *La Reina Juana*, *El poema del Ródano*.

Oyéndolas, los aldeanos de la Provenza quedaban extasiados por-

que el arco iris de las estrofas del felibre aparecía a la hora del *Angelus*, sobre los arados de Givoss, de Vienne y de Coudrieu.

La poesía mistraliana resonaba en el hondo corazón del pueblo y en el concilio poético de los maestros de Aviñón. En Aviñón, el aire ha parado los relojes y hecho las horas amarillas. Oyendo la estrofa de los *troubaudours*, un rapaz, en el Colegio Royal, un día sintió que se le hinchaba el pecho, y de la santa colina de su frente volaba la alada estrofa de Mirella.

Y esto, ¿es una égloga aldeana? —preguntaban por los cafés de París, sucios de romanticismo delirante—.

—Pues, señor, les responde Lamartine, esto es nada menos que un Virgilio.

Todo estaba dicho en este elogio. Estos días, en Francia, alguien lo ha recordado:

*E l'amour de la Patrio
eso douco languisoun.*

Pero esa estrofa de Mistral, ¿quién la recuerda en Francia?—J. L. GÓMEZ TELLO.